IMPRIMIR

CLOVIS DARDENTOR

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

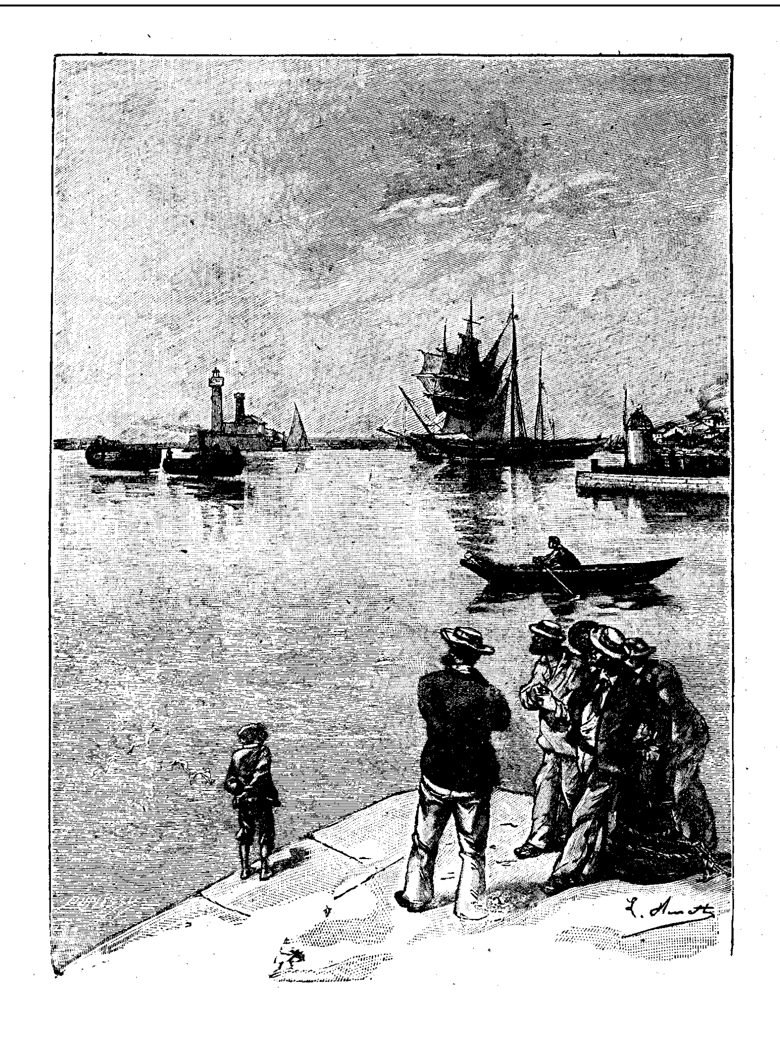
VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON 45 GRABADOS



MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
EDITORES

Editado por
el**aleph**.com



I

EN EL QUE EL PRINCIPAL PERSONAJE DE ESTA OBRA NO ES PRESENTADO AL LECTOR.

Cuando los dos se apearon en la estación de Cette, del tren de París al Mediterráneo, Marcel Lornans, dirigiéndose a Juan Taconnat, le dijo:

-¿Qué vamos a hacer mientras esperamos la partida del paquebote?

-Nada- respondió Juan Taconnat.

-Sin embargo, según la *Guía del viajero*, Cette, aunque no antigua, es una ciudad curiosa. Es posterior a la creación de su puerto, el término del canal Languedoc, debido a Luis XIV.

-¡Y tal vez lo más útil que Luis XIV ha hecho durante su reinado!- respondió Juan Taconnat.- Sin duda el Gran Rey preveía que acudiríamos a embarcarnos aquí hoy 27 de Abril de 1895.

-Ten formalidad, y no olvides que el Mediodía puede oírnos. Me parece lo más sabio que visitemos a Cette, puesto que en Cette estamos, sus canales, su estación marítima, sus doce kilómetros de muelles, su paseo regado por las límpidas aguas de un acueducto...

-¿Has concluido?...

-Una ciudad- continuó Marcel Lornans- que hubiera podido ser otra Venecia.

-¡Y que se ha contentado con ser una Marsella en pequeño!- respondió Juan Taconnat.

-Como tú dices, mi querido Juan, la rival de la soberbia ciudad provenzal; después de ella, el primer puerto franco del Mediterráneo que exporta vinos, sal, aguardientes, aceites, productos químicos...

-Y que importa pesados como tú- respondió Juan Taconnat volviendo la cabeza.

-Y también pieles, lanas de la Plata, harinas, frutas, bacalao, maderas, metales...

-¡Basta! ¡Basta!- exclamó el joven, deseoso de escapar a aquella catarata de detalles que caía de los labios de su amigo.

-Doscientas setenta y tres mil toneladas de entrada y doscientas treinta y cinco mil de salida- añadió el despiadado Marcel Lornans-, sin hablar de sus talleres de salazón de anchoas y sardinas; de sus salinas, que producen anualmente, de doce a catorce mil toneladas; de su fábrica de toneles, tan importante que ocupa a dos mil obreros y fabrica doscientos mil barriles.

-En los que yo desearía fueses doscientas mil veces encerrado, amigo parlanchín. Y hablando en serio, Marcel, ¿qué puede interesar esa superioridad industrial y comercial a dos jóvenes que se dirigen a Orán con la intención de incorporarse al 5º de cazadores de África?

-Todo es interesante en viaje- afirmó Marcel Lornans.

-¿Y hay en Cette bastante algodón para que pueda uno taparse las orejas?

- Paseando lo preguntaremos.

-El *Argelés* parte dentro de dos horas- dijo Juan Taconnat-, y en mi opinión lo mejor es ir directamente a bordo del *Argelés.*

Y tal vez tenía razón. ¿Cómo visitar con algún provecho en dos horas aquella ciudad siempre en auge? Preciso hubiera sido ir a la balsa de Thau junto al canal, al fin del cual está construida; subir por la montaña calcárea, solitaria entre la balsa y el mar, ese pilar de Santa Clara, ese flanco en el que la ciudad está dispuesta en forma de anfiteatro, y que las plantaciones de pino convertirán en bosque en un próximo porvenir. ¿No merece detener al turista durante algunos días aquella capital marítima sud-occidental que comunica con el Océano por el canal del Mediodía, con el interior por el canal de Beaucaire, y a la que dos líneas férreas, la una por Burdeos, la otra por el centro, unen al corazón de Francia?

Marcel Lornans, sin embargo, no insistió más, y siguió dócilmente a Juan Taconnat, al que precedía un mozo empujando la carretilla de los equipajes.

Tras corto trayecto llegaron al antiguo dique. Los viajeros del tren, que se dirigían hacia el mismo sitio que los dos jóvenes, estaban ya reunidos. Gran número do los curiosos, a los que siempre atrae la marcha de un barco, esperaban en

el muelle, y no sería exagerado calcular el número en unos ciento para una población de 36.000 habitantes.

Ésta posee un servicio regular de paquebotes para Argel, Orán, Marsella, Niza, Génova y Barcelona. Los pasajeros nos parecen muy avisados dando la preferencia a una travesía que favorece el abrigo de la costa de España y del archipiélago de las Baleares en el Oeste del Mediterráneo. Aquel día unos cincuenta iban a tomar pasaje en el *Argelés,* navío de dimensiones modestas- de ochocientas a novecientas toneladas-, que, dirigido por el capitán Bugarach, ofrecía todas las garantías deseables.

El *Argelés* con sus primeros fuegos encendidos, y lanzando por su chimenea un turbión de humazo negro, estaba amarrado en el interior de la vieja dársena, a lo largo del muelle de Frontignan. Al Norte se dibuja, con su forma triangular, la nueva balsa, en la que termina el canal marítimo. En el opuesto está la batería circular que defiende el puerto y embarcadero de San Luis. Entre éste y la llave del dique de Frontignan, un paso fácil da acceso a la antigua dársena.

Los pasajeros embarcaban por el muelle, en tanto que el capitán Bugarach vigilaba la colocación de los fardos bajo el puente. La cala, llena, no ofrecía un lugar vacío con su cargamento de aceite, de madera, de carbón, de salazones y de los vinos que Cette fabrica en sus almacenes, fuente de una exportación considerable.

Algunos viejos marinos, con los rostros curtidos por la brisa, los ojos brillantes bajo espesas cejas, gruesas orejas orladas de rojo, balanceándose como si estuvieran sacudidos por constante vaivén, hablaban y fumaban en el muelle. Lo que decían era agradable para los pasajeros, a los que una travesía de treinta a treinta y seis horas no deja de emocionar.

-Buen tiempo- afirmaba uno.

-Brisa del Noroeste, que se mantendrá según parece- decía otro.

-Debe de hacer buen fresco en las Baleares- concluía un tercero sacudiendo la ceniza de su pipa.

-Con este viento el *Argelés* andará sus once nudos por hora- dijo el piloto, que acababa de tomar posesión de su puesto a bordo del paquebote.- Además, con el capitán Bugarach no hay nada que temer. El viento favorable está en su sombrero, y no tiene más que descubrirse para lograrle.

Aquellos lobos del mar mostraban mucha seguridad.

Pero ¿quién no conoce el refrán marítimo que dice:

Quien quiera mentir que hable del tiempo?

Si los dos jóvenes no prestaban mas que mediana atención a estos pronósticos o si el estado del mar no les causaba inquietud alguna, la mayor parte de los pasajeros se mostraba menos indiferente o menos filósofa. Algunos sentían perturbados el estómago y el cerebro aun antes de haber puesto el pie a bordo.

Entre estos últimos, Juan Taconnat hizo fijarse a Marcel Lornans en una familia que sin duda iba a debutar sobre la escena un poco movida del teatro mediterráneo, frase metafórica del más jovial de los dos amigos. Esta familia constaba de padre, madre e hijo. El padre era un hombre de cincuenta y cinco años, de cara de magistrado, por más que no pertenecía a la magistratura, patillas en forma de chuleta, la frente poco desarrollada, baja la estatura, unos cinco pies y dos pulgadas gracias a los zapatos de alto tacón; en una palabra, uno de esos hombres gruesos y pequeños, comúnmente designados con el nombre de "tapones de alcuza". Vestía un terno de gruesa tela con diagonal dibujo, una gorra con orejeras cubría su cabeza canosa, y en una de sus manos llevaba un paraguas metido en su luciente funda, y en la otra la manta de viaje de atigrado color, rodeada por una doble correa.

La madre tenía sobre su marido la ventaja de dominarle en algunos centímetros: era una mujer alta, delgada, de amarillo rostro, aire altivo, sin duda a cansa de su elevada estatura; los cabellos peinados en bandas, de un negro sospechoso cuando la mujer se acerca a los cuarenta; la boca delgada, las mejillas manchadas de un ligero humor herpético, y toda su importante persona envuelta en una capa de lana obscura forrada de *petit gris*. Un saco con cerradura de acero pendía de su brazo derecho, y un manguito de piel imitación de marta de su brazo izquierdo. El hijo era un joven insignificante, llegado a la mayor edad hacía seis meses,

rostro inexpresivo, cuello largo, lo que, junto a lo demás, es frecuentemente indicio de estupidez nativa; bigote rubio que apuntaba; ojos sin vida, con anteojos de gruesos cristales de miope; cuerpo descuajaringado, sin saber qué hacer de sus brazos y piernas, por más que hubiera recibido lecciones de buenos modales; en una palabra: uno de esos seres nulos o inútiles que, para emplear una locución algebraica, llevan en sí el signo «menos»

Tal era aquella familia de vulgares burgueses. Vivían de una docena de miles de francos de renta proveniente de una doble herencia, no habiendo, por lo demás, hecho nunca nada para aumentarla, ni tampoco para disminuirla. Naturales de Perpignan, habitaban una antigua casa sobre la Popinière, que alarga la ribera de Tet. Cuando eran anunciados en alguno de los salones de la Prefectura o de la Tesorería general, se hacía de este modo: «El señor y la señora de Desirandelle, y el señor Agatocles Desirandelle»

Llegada al muelle ante el puentecillo que daba acceso al *Argelés*, la familia se detuvo. ¿Embarcarían inmediatamente, o esperarían paseándose el momento de la partida? Gran cuestión en verdad.

-Hemos venido demasiado pronto, señor Desirandelle- dijo la señora con disgusto.- Siempre te pasa lo mismo.

-Y tú no dejas nunca de regañar, señora Desirandelle- respondió el caballero.

La pareja se llamaba siempre «señor y señora», lo mismo en público que en privado, lo que sin duda creía el colmo de la distinción.

-Vamos a bordo- propuso el señor Desirandelle.

-¡Una hora más- exclamó la señora-, cuando tenemos que permanecer tantas en ese barco, que ya se balancea como un columpio!

En efecto, aunque la mar estuviera, en calma, el *Argelés* experimentaba algún balanceo, debido al oleaje, del que la antigua balsa no está completamente libre por el rompeolas de quinientos metros construido a algunas encabladuras del paso.

-Si estando en el puerto sentimos el mareo- respondió el señor Desirandelle-, mejor hubiera sido no emprender este viaje.

-¿Cree, pues, el señor Desirandelle que, si no se tratase de Agatocles, hubiera yo consentido en él?

-Entonces, puesto que está decidido...

-Eso no es una razón para embarcarnos antes de tiempo.

-Pero- observó el señor Desirandelle- sólo tenemos el suficiente para colocar nuestro equipaje, tomar posesión de nuestro camarote y elegir nuestro sitio en el comedor.

-Bien; advierte- respondió la dama secamente- que el señor Dardentor no ha llegado aún.

Y se enderezaba, a fin de extender su campo visual recorriendo con la mirada el muelle de Frontignan. Pero el

personaje designado con el resplandeciente nombre de Dardentor no aparecía.

-¡Eh!- exclamó el señor Desirandelle.- Ya sabes que Dardentor no hace lo que los demás... No le veremos hasta el último momento... Siempre se expone que se parta sin él.

-¡Y si ahora ocurriese tal cosa!- exclamó la señora de Desirandelle.

-¡No sería la primera vez!

-¿Porqué ha abandonado la fonda antes que nosotros?

-Iba, querida, a visitar a Pigorin, un viejo tonelero amigo suyo, y ha prometido que se reuniría con nosotros en el barco. Así que llegue subirá a bordo, y estoy seguro que no tendrá tiempo de resfriarse en el muelle.

-Pero no ha llegado.

-No tardará- replicó el señor Desirandelle, que se dirigió hacia el puentecillo.

- ¿Qué piensas tú?- preguntó la señora de Desirandelle a su hijo.

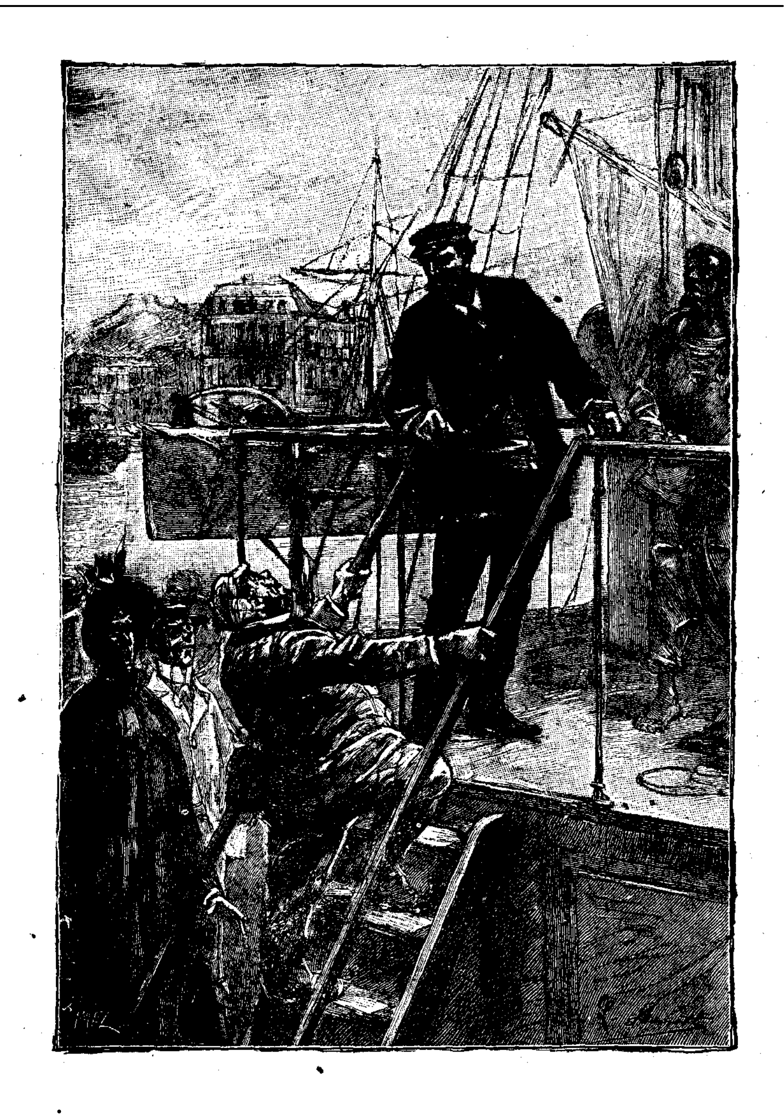
Agatocles no pensaba nada, por la sencilla razón de que nunca lo hacía. ¿Porqué había de interesarse en aquel movimiento marítimo y comercial, transporte de mercancías, embarque de pasajeros, en la agitación de a bordo que precede a la marcha de un paquebote? Emprender un viaje por mar, explorar un país nuevo, no provocaba en él esa alegre curiosidad, esa instintiva emoción tan natural en los jóvenes de su edad. Indiferente a todo, extraño a todo, apático, sin imaginación ni talento, se dejaba hacer. Su padre le había

dicho: «Vamos a partir para Orán», y él había respondido: «¡Ah!» Su madre le había dicho: «El señor Dardentor ha prometido acompañarnos», y él había respondido: «¡Ah!» Ambos le habían dicho: «Vamos a permanecer algunas semanas en casa de la señora Elissane y su hija, a las que tú has conocido en su último viaje a Perpignan», y él había respondido: «¡Ah!» Esta interjección sirve de ordinario para indicar la alegría, el dolor, la admiración, la lástima, la impaciencia; pero en boca de Agatocles hubiera sido difícil decir lo que indicaba, sino la nulidad en la estupidez y la estupidez en la nulidad.

Pero en el momento en que su madre acababa de preguntarle lo que pensaba sobre la oportunidad de subir a bordo, o de permanecer en el muelle, viendo que el señor Desirandelle ponía el pie en el puentecillo, Agatocles había seguido a su padre, con lo que la señora de Desirandelle se decidió a embarcarse.

Los dos jóvenes se habían ya instalado, en la toldilla de la embarcación. La agitación que allí reinaba les divertía. La aparición de tal o cual compañero de viaje hacía nacer en su espíritu esta o la otra reflexión, según el tipo de los individuos. La hora de la partida se aproximaba.

El silbido del vapor desgarraba el aire. El humo, más abundante, se aglomeraba en el final de la chimenea, muy cercana al palo mayor, que había sido cubierto con su funda amarillenta



La mayor parte de los pasajeros del *Argelés* eran de nacionalidad francesa, que regresaban a Argelia. Soldados que iban a unirse a su regimiento, algunos árabes y algunos ma-

rroquíes con destino a Orán. Estos últimos, desde que ponían el pie sobre el puente, se dirigían a la parte reservada a los viajeros de segunda clase. En la popa se reunían los de la primera, para los que estaban destinados exclusivamente la toldilla, el salón y el comedor, que ocupaban el interior, recibiendo luz por una elegante claraboya. Los camarotes la recibían por medio de tragaluces de gruesos cristales lenticulares. Evidentemente, el *Argelés* no ofrecía ni el lujo, ni la comodidad de los navíos de la Compañía Transatlántica o de las Mensajerías marítimas. Los vapores que parten de Marsella para Argelia son de más toneladas, de marcha más rápida, de más propia distribución. Pero cuando se trata de una travesía tan corta, no hay que mostrarse exigentes. Y en realidad, al servicio de Cette a Orán, que funcionaba a precios menos elevados, no le faltaban ni viajeros ni mercancías.

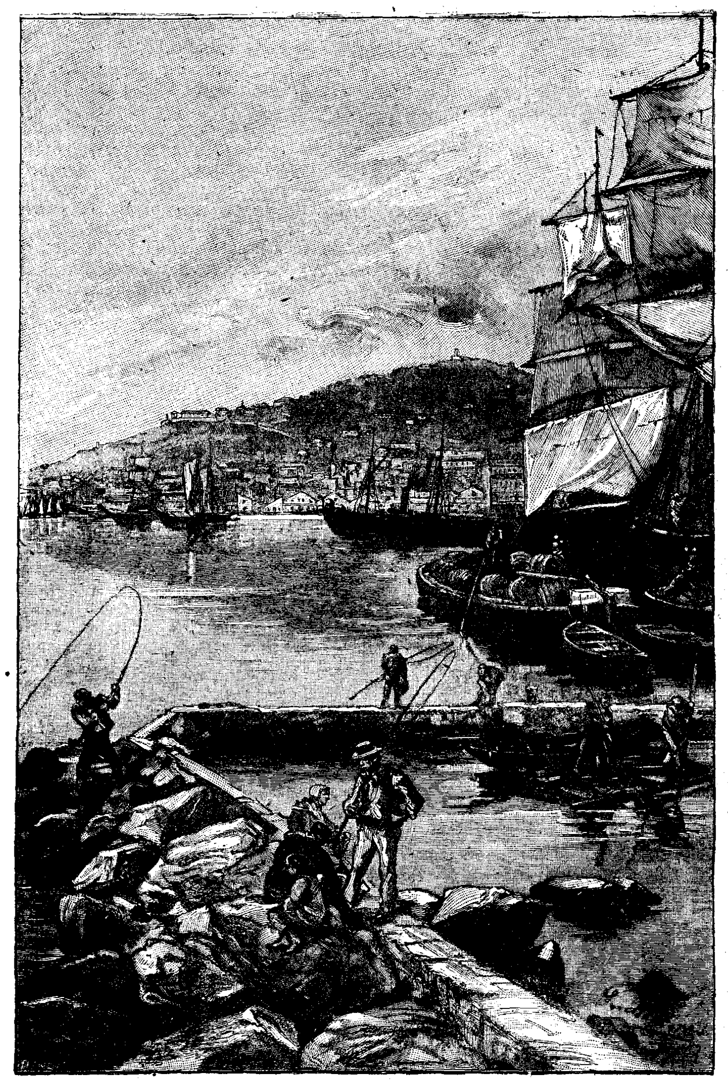
Aquel día, si bien había unos sesenta pasajeros en la proa, no parecía que los de popa debieran pasar de la cifra de treinta o cuarenta. Efectivamente; uno de los marineros acababa de señalar las dos y media a bordo. Dentro de media hora el *Argelés* largaría sus amarras, y los retrasados no son nunca muy numerosos en la partida de los paquebotes.

Desde que desembarcó la familia Desirandelle, se había dirigido hacia la puerta que daba acceso al comedor.

-¡Cómo se mueve ya este barco!- no pudo menos de decir la madre de Agatocles.

El padre no había respondido. No se preocupaba más que de elegir un camarote de tres camas y tres puestos en el comedor cerca de la repostería, sitio por el que llegaban los platos, con lo que se puede elegir los mejores trozos y no estar reducido a servirse lo que los demás dejan.

El camarote que obtuvo su preferencia llevaba el número 9. Colocado a estribor, era uno de los más cercanos al centro, donde las cabezadas de los barcos son menos sensibles. En cuanto al balanceo, no hay que pensar en evitarle. En la proa y en la popa resulta desagradable para los pasajeros que no gustan del encanto de estas mecedoras oscilaciones.



Escogido el camarote, colocado en él el equipaje de mano, el padre, dejando a la señora de Desirandelle colocar sus fardos, volvió al comedor con Agatocles. La repostería

estaba a babor, y a este sitio se dirigió a fin de señalar los tres puestos que deseaba al extremo de la mesa.

Un viajero estaba sentado en un extremo, en tanto que el jefe del comedor y los mozos se ocupaban en disponer los cubiertos para la comida de las cinco.

El mencionado viajero había ya tomado posesión de aquel sitio y colocado su tarjeta entre los pliegues de la servilleta puesta sobre el plato, que llevaba el escudo del *Argelés.* Y sin duda, en el temor de que algún intruso quisiera escamotearle tan buen sitio, permanecería sentado ante su cubierto hasta la partida del paquebote.

El señor Desirandelle le dirigió una mirada oblicua, a la que el otro contestó con una igual; al pasar, leyó estos dos nombres en la tarjeta: *Eustache Oriental;* señaló tres sitios frente a aquel personaje, y seguido de su hijo abandonó, el comedor para subir a la toldilla.

Faltaban unos doce minutos para partir, y los pasajeros retrasados sobre el muelle de Frontignan oirían los últimos silbidos. El capitán Bugarach paseaba por el puente. Desde el mástil de proa, el segundo del *Argelés* vigilaba los preparativos para desamarrar.

El señor Desirandelle sentía que aumentaba su inquietud. Se le oía repetir con impaciencia:

-¿Pero qué hace que no viene? ¡Sin embargo, sabe que la partida es a las tres en punto!... Va a faltar... ¡Agatocles!

-¿Qué?- respondió éste, al parecer sin saber la causa por la que su padre se entregaba a aquella agitación extraordinaria.

-¿No ves al señor Dardentor?

-¡Cómo!... ¿No ha llegado?

- No... no ha llegado! ¿Qué piensas de esto?

Agatocles no pensaba nada.

El señor Desirandelle iba y venía de un extremo a otro de la toldilla, paseando su mirada, ya por el puente de Frontignan, ya sobre el malecón, al opuesto lado de la antigua balsa. El retrasado podía, efectivamente, aparecer por este lado, y con algunos golpes de remo, un bote le hubiera conducido a bordo del paquebote.

¡Nadie! ¡Nadie!

- Qué va a decir la señora de Desirandelle!- exclamó su esposo.- ¡Ella, tan cuidadosa de sus intereses!... ¡Y, sin embargo, es preciso que yo la prevenga! Si ese diablo de Dardentor no está aquí dentro de cinco minutos... ¿qué hacer?

La desesperación de aquel hombre divertía a Marcel Lornans y a Juan Taconnat. Era evidente que el *Argelés* soltaría pronto sus amarras, y si no se prevenía al capitán, y si éste no concedía el tradicional cuarto de hora de cortesía- lo que no se hace cuando se trata de la partida de un paquebote- se partiría sin el señor Dardentor.

Además, la alta presión del vapor hacía ya mugir a las calderas, y el maquinista disponía su máquina y aseguraba el funcionamiento de la hélice.

En este momento, la señora de Desirandelle apareció sobre la toldilla.

Más seca que de ordinario, más pálida que de costumbre, hubiera permanecido en su camarote para no salir en toda la travesía, de no sentir el aguijón de una real inquietud. Presintiendo que el señor Dardentor no estaba a bordo, a despecho de sus angustias quería pedir al capitán Bugarach que esperase al pasajero retrasado.

-¿Y bien?- dijo a su marido.

-¡No ha llegado!- respondió éste.

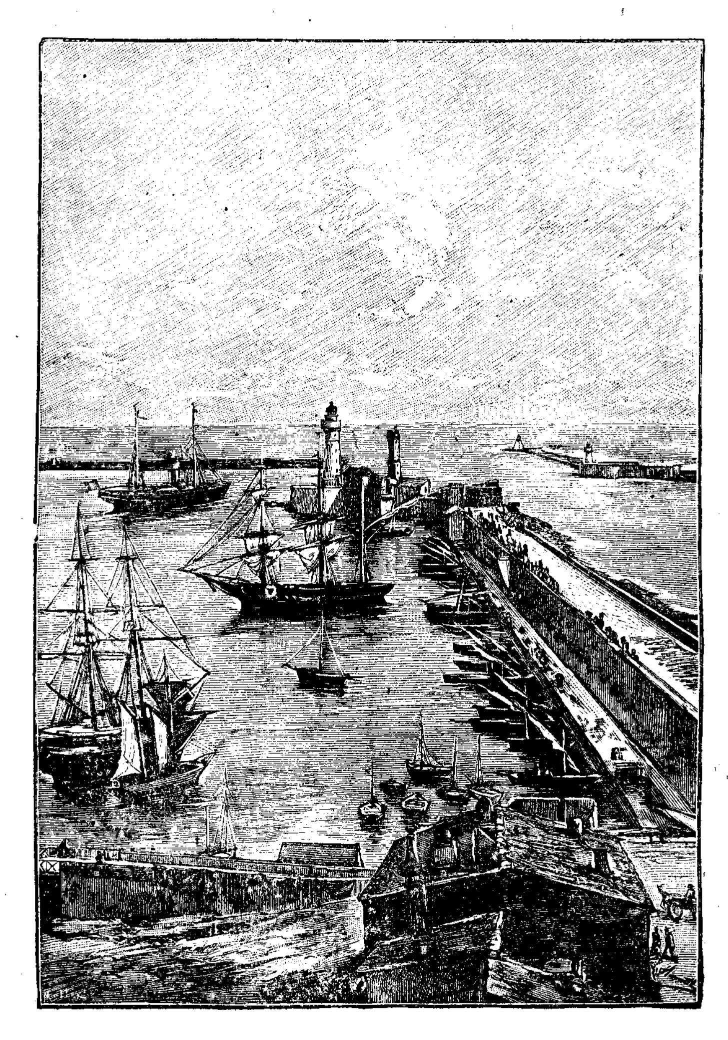
-No podemos partir antes que Dardentor.

-Sin embargo...

-Ve a hablar al capitán, señor Desirandelle. Ya ves que yo no tengo fuerzas para ir...

El capitán Bugarach, inspeccionándolo todo, dando órdenes a proa y a popa, parecía poco abordable. A su lado, en el puente, el timonel, con los puños sobre la rueda, esperaba una orden para mover el timón.

No era este momento propio para interpelarle, y, sin embargo, bajo el mandato de la señora de Desirandelle, después de haberse izado penosamente por la escalerilla de hierro, el señor Desirandelle se agarró a los montantes del puente cubierto de tela blanca.



-¿Capitán?- dijo.

-¿Qué quiere usted?- respondió bruscamente, el amo después de Dios, con voz de trueno.

-¿Piensa usted partir?

-A las tres en punto... Y no falta más que un minuto.

- Pero el caso es que un compañero nuestro de viaje se ha retrasado.

-Tanto peor para él...

-Pero ¿no podía usted esperar?...

-Ni un segundo.

-¡Pero se trata del señor Dardentor!

Y al pronunciar este nombre, el señor Desirandelle creía seguramente que el capitán Bugarach iba a descubrirse primero, a inclinarse en seguida.

-¿ Quién es ese Dardentor?... No le conozco...

-El señor Clovis Dardentor... de Perpignan...

-Pues bien, si el señor Clovis Dardentor, de Perpignan, no está a bordo dentro de cuarenta segundos, el *Argelés* partirá sin el señor Clovis Dardentor... ¡Arriad a proa!

El señor Desirandelle rodó más bien que bajó la escala, y fue a la toldilla.

-¿Se parte?- exclamó la señora de Desirandelle, mientras sus mejillas, ya pálidas, se enrojecían.

-¡El capitán es un ganso! ¡No quiere oír nada!... ¡No quiere esperar!...

-¡Desembarquemos al instante!

-Señora de Desirandelle, eso es imposible. Nuestro equipaje está en el fondo de la cala.

-¡Digo que desembarquemos!...

-Nuestros asientos están pagados.

Ante la idea de perder el importe de tres billetes de Cette a Orán, la señora de Desirandelle se puso lívida...

-¡La buena señora amaina su pabellón!- dijo Juan Taconnat.

-¡Entonces se va a rendir!- añadió Marcel Lornans.

Rendíase, en efecto; pero no sin lanzar tremendas recriminaciones.

-¡Ah! Ese Dardentor... Es incorregible... Jamás está en el sitio que debe... ¿Por qué ha ido a casa de ese Pigorin, en vez de venir directamente al barco?... Y allá... en Orán, ¿qué haremos nosotros sin él?...

-Le esperaremos en casa de la señora Elissane- respondió el señor Desirandelle-, y se reunirá con nosotros en el próximo paquebote, aunque tenga que ir a tomarle a Marsella.

-¡Ese Dardentor!... ¡Ese Dardentor!... - repetía, la señora, cuya palidez aumentó a las primeras oscilaciones del *Argelés*.- ¡Ah!... ¡Si no se tratase de nuestro hijo!... ¡De la dicha y del porvenir de Agatocles!...

¿Preocupaban su dicha y su porvenir aquel mozo tan nulo, a aquel *minus habens?* No había motivo para suponerlo viéndole tan indiferente a la agitación física de sus padres.

En cuanto a la señora Desirandelle, no tuvo más que la fuerza precisa para exhalar estas palabras, entrecortadas por los gemidos:

-¡Mi camarote!... ¡Mi camarote!...

El puente volante acababa de ser retirado al muelle por los mozos, y el paquebote hizo las evoluciones precisas para dirigirse al paso... La hélice se movió provocando un remolino blancuzco en la superficie de la antigua ensenada. El silbato lanzaba sus agudas notas a fin de anunciar la salida, en la previsión de encontrar fuera algún navío.

Por última vez el señor Desirandelle paseó una mirada desesperada por la gente que asistía a la marcha del paquebote, y después por el extremo del muelle de Perpignan por donde podía aparecer el retrasado... Con un bote aun tendría tiempo de llegar a bordo del *Argelés.*

-¡Mi camarote!... ¡Mi camarote!...- murmuraba la señora de Desirandelle con voz desfallecida.

El señor Desirandelle, muy disgustado por aquel contratiempo y por el alboroto, hubiera enviado con mucho gusto a todos los diablos al señor Dardentor y a la señora de Desirandelle. Pero lo más importante era llevarla al camarote, que no debió abandonar. Procuró levantarla del banco en que se había dejado caer. Hecho esto la cogió por la cintura, y ayudado por una de las camareras la hizo bajar de la toldilla al puente.

Después de haberla arrastrado por el comedor hasta su camarote, se la desnudó, se la acostó, se la envolvió en la manta con el objeto de darle el calor vital, casi extinguido.

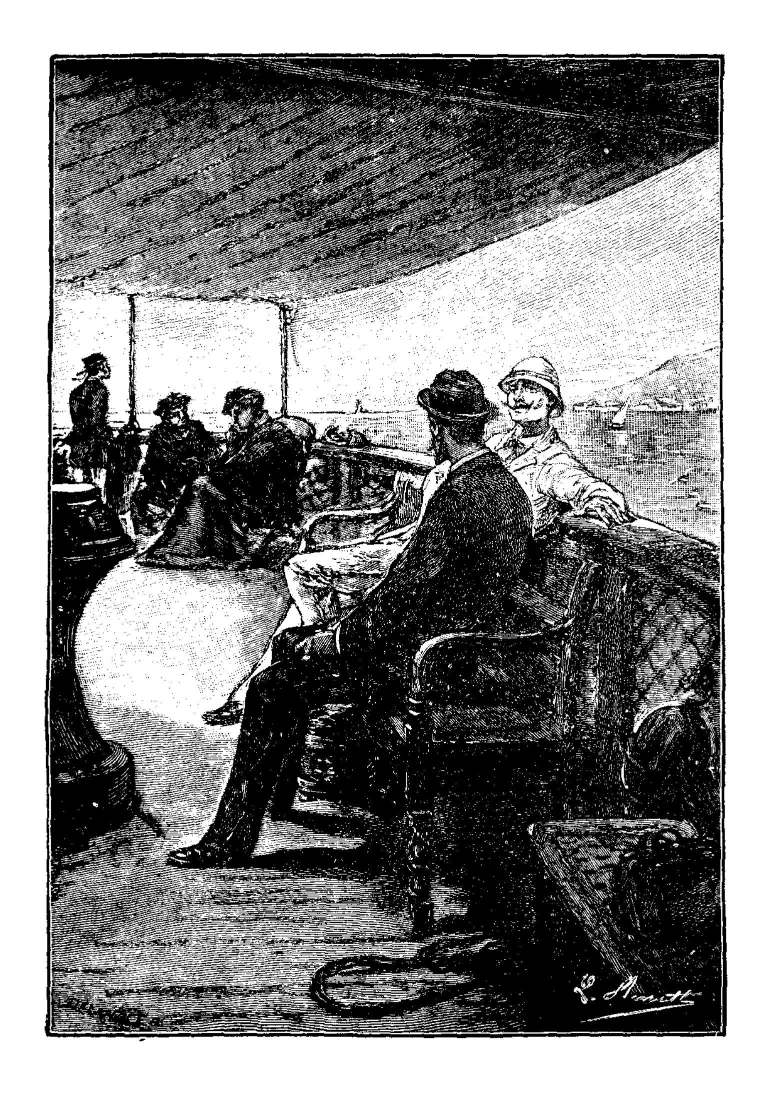
Acabada esta operación penosa, el señor Desirandelle subió de nuevo a la toldilla, desde la que sus miradas furio-

sas y amenazadoras recorrieron los muelles de la antigua balsa.

El retrasado no estaba allí... Y aunque hubiese estado, ¿qué podría hacer sino entonar el *mea culpa*, golpeándose el pecho?

En efecto, después de su evolución, el *Argelés* habíase dirigido por el centro del paso, y recibía los saludos de los curiosos apiñados, de una parte sobre el muelle, de otra en torno del embarcadero de San Luis.

Después modificó ligeramente su dirección sobre babor a fin de evitar una goleta, cuya última bordada se prolongaba al interior de la ensenada, y franqueando el paso, el capitán Bugarach maniobró de forma de dar vuelta al rompeolas por el Norte y doblar el cabo de Cette a pequeña velocidad.



II

EN EL QUE EL PRINCIPAL PERSONAJE DE ESTA HISTORIA ES DECIDIDAMENTE PRESENTADO AL LECTOR.

-Ya estamos en camino- dijo Marcel Lornans.- En camino para...

-Lo desconocido- respondió Juan Taconnat-, lo desconocido, que es preciso investigar para hallar lo nuevo, como ha dicho Baudelaire.

-¿Lo desconocido, Juan? ¿Es que esperas encontrarlo en una simple travesía de Francia a África, en un viaje de Cette a Orán?

-No niego que se trata de una navegación de treinta a cuarenta horas, de un simple viaje del que Orán debe ser la primera, y tal vez la única etapa. Pero cuando se parte, ¿sabe uno dónde va?

-Seguramente, Juan, cuando un paquebote te lleva adonde debes ir...; y a menos de algún accidente...

-¡Bah!... ¿Quién te habla de eso, Marcel?- respondió Juan desdeñosamente- ¡Los accidentes del mar, una colisión, un naufragio, una explosión de la máquina, hacer el Robinsón quince días en una isla desierta! ¡Linda cosa! No..., lo desconocido, de lo que, por otra parte, no me preocupo, es la X de la existencia, el secreto del destino,

que, en la antigüedad, los hombres grababan sobre la piel de la cabra Amaltea, es lo que está escrito en el Gran Libro de allá arriba, y que es imposible leer, es la urna en que están depositados los lotes de la vida que la mano del azar saca...

-Pon un dique a ese torrente de metáforas, o me vas a marear.

- Es la misteriosa decoración que el telón va a descubrir...

-¡Basta! ¡Basta! No caracolees sobre tus quimeras... No cabalgues con la brida suelta...

-¡Ah! Me parece, que tú también te vuelves metafórico.

-Tienes razón, Juan. Razonemos fríamente, y veamos las cosas como son. Lo que pretendemos hacer es muy sencillo. Hemos tomado en Cette pasaje para Orán con mil pesetas en el bolsillo cada uno, y vamos a unirnos al 5º de cazadores de África. No hay nada más sabio, ni más sencillo, y en todo esto lo desconocido no aparecerá con sus fantásticas perspectivas.

-¿Quién sabe?- respondió Juan Taconnat, trazando con su dedo índice un mayúsculo punto interrogativo.

Esta conversación, que marca con algunos rasgos distintivos el carácter de ambos jóvenes, se efectuaba en la popa de la toldilla. Desde el banco en que estaban sentados, su mirada, dirigida a proa, no era detenida más que por el puentecillo que dominaba el puente, entre el palo mayor y el palo de mesana del paquebote.

Unos veinte pasajeros ocupaban los bancos laterales y las sillas de tijera que el pabellón, suspendido de su driza, abrigaba contra los rayos del sol.

En el número de estos pasajeros figuraban el señor Desirandelle y su hijo. El primero recorría febrilmente el puente con las manos tan pronto a la espalda como levantadas hacia el cielo. Después poníase de codos en la barandilla y contemplaba la estela del *Argelés,* como si el señor Dardentor, transformado en marsuino, estuviera a punto de aparecer entre la blanca espuma.

Agatocles seguía demostrando la más absoluta indiferencia por el desengaño que tanto disgusto y sorpresa causaba a sus padres.

De los demás viajeros, los unos, los más insensibles al balanceo, que era débil, se paseaban, hablando, fumando, pasándose unos a otros el anteojo marino a fin de observar la costa que huía, accidentada en la parte Oeste por la soberbia cima de las montañas pirenaicas. Otros, menos seguros de soportar las oscilaciones del *Argelés*, estaban sentados en sillones de mimbre en el rincón que había obtenido su preferencia para mientras durase la travesía. Algunas viajeras, envueltas en chales, con aire de resignación y la cara triste, habían buscado abrigo en el sitio en que el movimiento es menos perceptible, o sea cerca del centro. Formaban grupos de madres con sus hijos, seguramente muy simpáticos, pero que lamentaban no tener treinta y seis horas más.

En torno de los pasajeros circulaban las camareras del paquebote; en torno de los pasajeros los grumetes, espiando un gesto, una señal para acudir a prestar sus servicios indispensables y fructuosos.

De aquellos diversos viajeros, ¿cuántos irían a sentarse a la mesa cuando sonara la campana transcurridas unas dos horas? Esta era la invariable pregunta que se hacía el médico del *Argelés*, y no se engañaba al calcular en un cincuenta o sesenta por ciento los que ordinariamente faltan a aquella primera comida.

Era el doctor un hombre pequeño y grueso, locuaz, de un buen humor inalterable; de una actividad sorprendente a despecho de sus cincuenta años; gran comedor, gran bebedor, y que poseía una inverosímil colección de fórmulas contra el mareo, a la eficacia de las cuales no prestaba fe alguna. Pero era tan pródigo en palabras consoladoras, persuadía tan delicadamente a su clientela de a bordo que las infortunadas víctimas de Neptuno le sonreían entre dos náuseas.

-Eso no será nada- repetía él.- Tenga usted cuidado de respirar cuando se sienta usted subir y de aspirar cuando se sienta usted bajar. En cuanto ponga usted el pie en tierra firme esto desaparecerá... Esto significa la salud para el porvenir, pues le evitará a usted enfermedades futuras. ¡Una travesía vale tanto como una temporada en Vichy o Uriage!

Los dos jóvenes se habían fijado en aquel hombre pequeño y vivo, que se llamaba el doctor Bruno, y Marcel Lornans había dicho a Juan Taconnat:

-¡He aquí un alegre médico, que no debe merecer el calificativo de *mortífero!*

-No- respondió Juan,- pero solamente porque cura de una enfermedad de la que nadie se muere.

¿Qué era del señor Eustache Oriental, que no había aparecido por el puente?

¿Acaso su estómago experimentaba rebeliones mortificantes, o, para emplear una frase del argot de los marinos, se ocupaba en «contar sus camisas»?

Hay desventurados que llevan docenas de ellas en su maleta.

¡No! El portador de aquel poético nombre no estaba enfermo. No lo había estado nunca en la mar, y jamás lo estaría. Penetrando en el comedor por el vestíbulo de la toldilla, se le hubiera visto al extremo de la mesa, sitio que había elegido y que no abandonaría antes de comer. ¿Cómo disputarle aquel sitio?

Por lo demás, la presencia del doctor Bruno hubiera bastado para dar animación a la toldilla. Entablar relaciones con todos los pasajeros era a la vez su placer y su deber. Ávido de saber de dónde venían, dónde iban, curioso como una hija de Eva, hablador como una pareja de urracas o mirlos, verdadero hurón introducido en una madriguera, iba del uno al otro, les felicitaba de haber tomado pasaje en el

Argelés, el mejor paquebote de las líneas argelinas, el mejor dispuesto, el más cómodo, un vapor mandado por el capitán Bugarach, y que poseía- él no lo decía, pero se adivinaba- un médico como el doctor Bruno, etc., etc.

Después, dirigiéndose a los viajeros, les daba toda clase de seguridades sobre los incidentes de la travesía. El *Argelés* no sabía aún lo que era una tempestad. Y ofrecía pastillas a los niños... que tomasen cuantas quisieran los querubines... La cala estaba llena, etc., etc.

Observando aquello, Marcel Lornans y Juan Taconnat sonreían; conocían aquel tipo de médico, que no es raro en el personal de los transportes por mar. Una verdadera gaceta marítima y colonial.

-Ea, caballeros- les dijo después de sentarse a su lado.- El médico de a bordo tiene obligación de entablar relaciones con los pasajeros... Ustedes, pues, me permitirán...

-Con mucho gusto- respondió Juan Taconnat- Puesto que estamos expuestos a pasar por manos de usted- a pasar y no a traspasar-, justo es que nos las estrechemos.

Y cambiaron un caluroso apretón de manos.

-Si no me engaño- dijo el doctor, tengo el gusto de hablar con parisienses.

-Sí, señor- respondió Marcel Lornans-, parisienses... de París...- De París... muy bien- exclamó el doctor; del mismo París, no de un distrito... ¿Tal vez del centro?

-Del barrio de la Banca- respondió Juan Taconnat; - y si quiere usted que precise mas, de la calle Montmartre, número 13, piso cuarto izquierda.

-Caballero- dijo el doctor.- Posible es que mis preguntas sean indiscretas, pero nacen de mi calidad de médico. Un médico tiene necesidad de saberlo todo, hasta lo que no le interesa... Ustedes, pues, me dispensarán.

-Está usted dispensado- respondió Marcel Lornans.

Entonces el doctor Bruno desató su lengua como una taravilla. ¡Qué gestos! ¡Qué frases al contar lo que ya sabía de unos y de otros, riéndose de la familia Desirandelle; de aquel señor Dardentor que no había aparecido; alabando por adelantado la comida, que sería excelente; asegurando que el *Argelés* estaría al día siguiente a la vista de las Baleares, donde debía esperar algunas horas, escala encantadora para los turistas; dando, en fin, libre curso a su natural verbosidad, o, para emplear palabra que pinte mejor aquel flujo de frases, a su logodiarrea crónica!

-Y antes de embarcarse, ¿han tenido ustedes tiempo de ver a Cette?- preguntó mientras se levantaba.

-No, doctor- respondió Marcel Lornans.

-¡Es lástima! ¡La ciudad vale la pena! ¿Y han visitado ustedes ya a Orán?

- ¡Ni por soñación!- respondió Juan Taconnat.

En aquel instante un grumete se acercó a prevenir al doctor que el capitán Bugarach le aguardaba. El doctor Bruno abandonó a los dos amigos, no sin nuevas protestas

de amistad y prometiéndose reanudar una conversación en la que tanto quedaba por saber.

Lo que él no había sabido respecto al pasado y presente de los dos jóvenes conviene resumirlo en algunas líneas.

Marcel Lornans y Juan Taconnat eran primos hermanos por parte de madre, dos hermanas nacidas en París. Desde su más tierna edad, faltos de padre, habían sido educados en condiciones de fortuna algo difíciles. Externos en el mismo liceo, al terminar sus clases siguieron, Juan Taconnat los cursos de los estudios superiores de comercio, y Marcel Lornans los de la Escuela de Derecho. Pertenecían a la burguesía del París comerciante, y su ambición era modesta. Tan unidos como dos hermanos en la casa común, sentían el uno por el otro el más profundo afecto; una amistad cuyos lazos no se romperían por nada, por más que entre los dos hubiera gran diferencia de carácter.

Marcel Lornans, reflexivo, atento, disciplinado, había tomado la vida por su lado serio, mientras Juan Taconnat, de una jovialidad continua, y tal vez algo más amante de los placeres que del trabajo, era el movimiento, el ruido de la casa. Si sus vivacidades intempestivas le atraían algunas veces reproches, tenía gran habilidad para hacerse perdonar. Por lo demás, lo mismo que su primo, mostraba cualidades que obscurecían sus defectos. Ambos poseían un corazón bueno, abierto, franco, honrado. Ambos sentían verdadera adoración por sus madres, y no es de extrañar que ellas les

amasen hasta la debilidad, puesto que ellos no abusaban de este cariño.

Cuando tuvieron veinte años llamóles el servicio militar en calidad de exentos, no teniendo que pasar más que un año en el servicio, tiempo que cumplieron en el regimiento de cazadores de una guarnición cercana a París. La buena suerte hizo que no tuvieran que separarse allí tampoco, ni de escuadrón ni en el cuarto. La vida del cuartel no les disgustó. Cumplieron su oficio con celo y buen humor. Eran excelentes sujetos, considerados por sus jefes, queridos por sus compañeros, y a los que el oficio militar no les hubiera disgustado si desde su infancia se hubieran dirigido sus ideas por tal senda. Aunque sufrieran algunos arrestos- está mal visto en una compañía no sufrirlos-, salieron del regimiento con buena nota.

De regreso a la casa materna, Marcel Lornans y Juan Taconnat, de veintiún años de edad, comprendieron que había llegado la hora de ponerse al trabajo. De acuerdo con sus madres, decidióse que ambos entraran en una casa de comercio de toda confianza. Allí se iniciarían en la práctica de los negocios y tendrían más tarde una participación en aquella casa.

Las señoras de Lornans y de Taconnat les animaban a que buscasen la fortuna por este camino. Era el porvenir asegurado para sus dos hijos, a los que amaban entrañablemente.

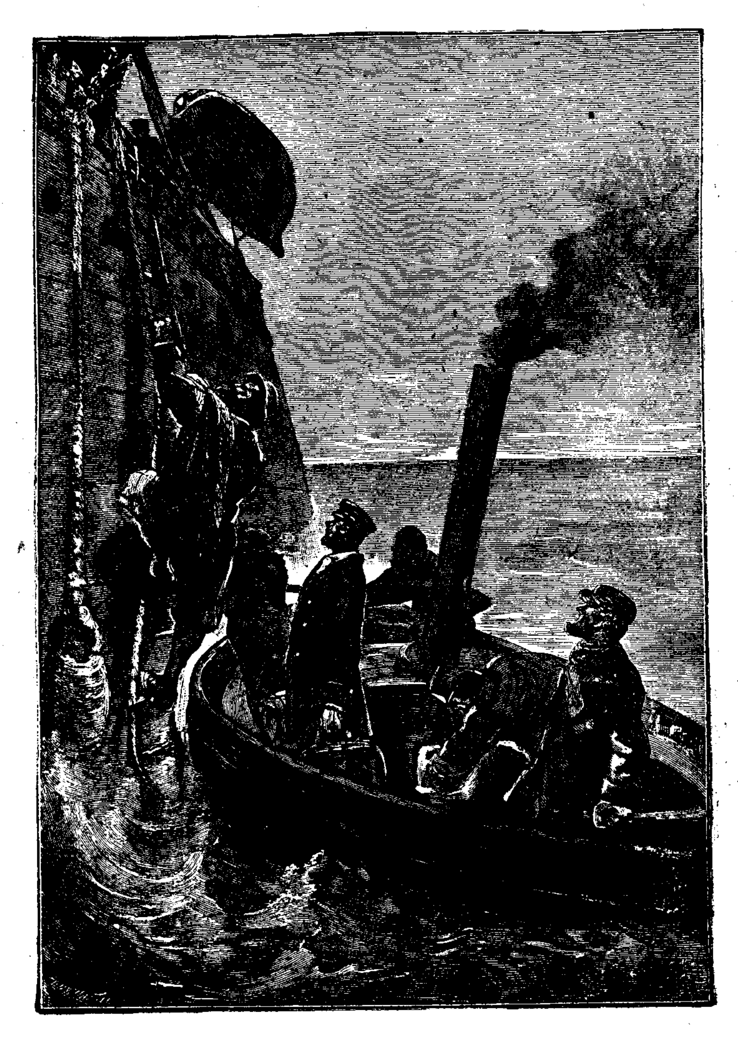
Alegrábales el pensamiento de que dentro de algunos años estarían establecidos; que se casarían convenientemente, y de simples empleados se convertirían en socios primero, en amos después, siendo aun jóvenes; de que el comercio prosperaría; de que el honrado nombre de los abuelos continuaría en los nietos, etc., etc. En fin, esos sueños que se forjan todas las madres y que les salen del corazón. Sueños que, por desgracia, no habían de realizarse. Algunos meses antes de la vuelta del regimiento, antes que ellos entrasen en la casa donde habían de comenzar su carrera, una doble desgracia hirió a los dos primos en su más profundo afecto.

Una enfermedad epidémica que azotó los barrios del centro de París, se llevó a las señoras de Lornans y de Taconnat con algunas semanas de intervalo.

¡Qué dolor para los jóvenes fue el encontrarse solos! Quedaron aterrados, sin poder convencerse de la realidad de tan inmensa desventura.

Sin embargo, era preciso pensar en el porvenir. La herencia de cada uno consistía en unas cien mil pesetas, que con la baja de la plata representaba una renta líquida de tres mil a tres mil quinientas pesetas, mediano ingreso que no permite permanecer ocioso, cosa que ellos tampoco hubieran hecho. Pero, ¿era conveniente aventurar su pequeña fortuna en negocios tan difíciles en aquella época, entregarla al azar de la industria o del comercio? En una palabra:

¿debían continuar los proyectos formados por sus madres faltando éstas?



Un amigo de la familia, un oficial retirado, antiguo jefe del escuadrón de cazadores de África, intervino en el asun-

to. El comandante Beauregard les expuso claramente su manera de ver las cosas; no debían exponer su herencia, sino colocarla en acciones de los caminos de hierro franceses, y alistarse, puesto que no conservaban malos recuerdos de su vida militar. Pronto alcanzarían el grado de suboficiales. Mediante un examen entrarían en la Escuela de Saumur. De ella saldrían con el grado de subtenientes. Una noble, hermosa e interesante carrera se abría ante ellos. Un oficial que sin contar su sueldo poseía tres mil libras de renta, estaba, en opinión del comandante Beauregard, en la situación más envidiable del mundo. Y además, los grados, la cruz, la gloria... En fin, todo lo que puede decir un viejo soldado del África.

¿Quedaron Marcel Lornans y Juan Taconnat muy convencidos de que la carrera militar basta para satisfacer todas las aspiraciones del corazón y del cerebro? ¿ Le respondieron con tanta franqueza como el anciano había hablado? ¿Cuándo trataron de ello se persuadieron de que era el único camino que debían seguir, y que marchando por él hallarían la felicidad?

-¿Qué arriesgamos con probar, Marcel?- dijo Taconnat.- Tal vez tiene razón. Nos ofrece recomendarnos al coronel del 5º de cazadores en Orán. Partamos para Orán. Tenemos tiempo de reflexionar durante el viaje. Y una vez en tierra argelina, nos alistaremos o no, según se presenten las cosas.

-Con lo que habremos hecho una travesía y un gasto inútil- dijo el juicioso Marcel Lornans.

-Conformes; pero por algunos centenares de pesetas habremos pisado el suelo de la otra Francia... Esta bella frase vale el gasto Además, ¿quién sabe?

-¿Qué quieren decir esas palabras?

-Lo que dicen de ordinario, y nada más.

Rindióse Marcel no sin trabajo. Convínose que los dos primos partirían para Orán, llevando las recomendaciones del antiguo jefe de escuadrón para su amigo el coronel del 5º de cazadores. Una vez en Orán se decidirían con conocimiento de causa, y el comandante no dudaba que de acuerdo con su opinión.

En resumen: si en el momento de hacer el enganche su resolución se modificaba, regresarían a París, donde buscarían otra carrera. También, aunque en este caso el viaje sería inútil, Juan Taconnat juzgó que el viaje debía ser circular. ¿ Qué entendía por esta palabra, cuya significación no comprendió al principio Marcel Lornans?

-Entiendo- dijo el otro- que debemos aprovechar esta ocasión de ver el país.

-¿Y cómo?

-Yendo por un camino y regresando por otro. Esto nos costará mucho más caro, pero será infinitamente más agradable. Por ejemplo, si embarcamos en Cette para Orán, después iríamos a Argel para tomar el barco de Marsella.

-Es una idea...

-Excelente, Marcel. Por mi boca te hablan Tales, Pittacos, Bías, Cleóbulo, Periandro, Chilón y Solón.

Marcel Lornans no se permitió discutir una resolución tan indudablemente dictada por los siete sabios de Grecia, y he aquí por qué el 27 de Abril los dos primos se encontraban a bordo del *Argelés.*

Marcel Lornans tenía veintidós años, y Juan Taconnat algunos meses menos. El primero, de estatura más que regular, era más alto que el segundo, diferencia de dos o tres centímetros solamente. Su aspecto era elegante, el rostro simpático, los ojos un poco velados, impregnados de profunda dulzura, la barba rubia; pero él estaba dispuesto a sacrificarla para conformarse con la Ordenanza.

Si Juan Taconnat no poseía las cualidades externas de su primo; si no representaba como él, lo que en el mundo burgués se llama, “un buen mozo”, era en extremo agradable; un moreno gracioso, de bigote retorcido, fisonomía astuta, ojos de singular viveza, actitud graciosa... y el aire de un buen muchacho.

Ya se les conoce en lo físico y en lo moral. Están en camino para un viaje que tiene poco de extraordinario. No poseen otra calidad que la de pasajeros de primera clase en aquel paquebote destinado a Orán. ¿La cambiarían a su llegada por la de caballeros de segunda en el 5º de cazadores de África?

-¿Quién sabe?- había dicho Juan Taconnat como hombre convencido de que el azar juega un papel importantísimo en el destino humano.

El *Argelés* llevaba unos veinticinco minutos de marcha, y no iba aun a toda velocidad. El rompeolas quedaba atrás a distancia de una milla, y el barco se preparaba a evolucionar en dirección SO.

En este momento, el doctor Bruno, que se encontraba en la toldilla, tomó el anteojo y le colocó en dirección del puerto a un objeto moviente coronado por volutas de humo negro y vapores blancos.

Mirar fijamente aquel objeto durante algunos segundos, lanzar una exclamación de sorpresa, subir al puentecillo, en el que se encontraba el capitán Bugarach, preguntarle con voz apresurada, ponerle el anteojo entre las manos... Todo ello fue para el doctor Bruno cosa de medio minuto.

-Capitán mire usted- dijo indicándole el objeto que se aproximaba.

Después de haberle observado el capitán dijo:

-Me parece que es una chalupa de vapor.

-Y es chalupa viene a nuestro encuentro- añadió el doctor Bruno.

-No es dudoso, pues en la proa hacen señales con un pabellón.

-Y bien... ¿dará usted orden de parar?

-No sé si debo. ¿Qué puede querernos esa chalupa?

-Lo sabremos cuando esté junto al barco.

-¡Phs!- dijo el capitán Bugarach, que no parecía sentir deseos de inmovilizar su hélice.

El doctor Bruno no abandonó la partida.

-¡Si fuera el viajero retrasado que corre tras el *Argelés*!...

-¿Ese señor Dardentor, que no ha llegado a tiempo?

-Y que se habrá arrojado en esa chalupa para venir a bordo.

Explicación lógica, pues era evidente que la chalupa, forzando su velocidad, procuraba reunirse al paquebote antes de que éste llegase a alta mar. Y realmente podía esto ser por cuenta del retrasado, cuya ausencia tan amargamente deploraba la familia Desirandelle.

No era el capitán Bugarach hombre para sacrificar el precio de un billete de primera al disgusto de detenerse durante algunos segundos. Lanzó tres o cuatro juramentos de una sonoridad meridional, pero envió al camarote de las máquinas la orden de detenerse.

La marcha disminuyó progresivamente; se detuvo. Sin embargo, como el oleaje le cogía de costado, su balanceo se acentuó, con gran disgusto de los viajeros y viajeras, víctimas ya del mareo.

Entretanto la chalupa se acercaba con velocidad tal, que el bajo de su branque salía del agua espumosa. Se comenzaba a distinguir a un hombre que desde la proa agitaba su sombrero.

En este momento el señor Desirandelle se atrevió a subir al puentecillo, y dirigiéndose al doctor Bruno, que no había abandonado al capitán, le dijo:

-¿Qué esperan ustedes?

-Esa chalupa- respondió el doctor.

-¿Y qué quiere?

-Dejarnos un pasajero más... Sin duda el que se ha retrasado.

-¡El señor Dardentor!

-El señor Dardentor, si es ése su nombre.

El señor Desirandelle cogió el anteojo que le presentaba el doctor, y después de gran numero de infructuosas tentativas, consiguió encuadrar la chalupa en el objetivo del movible aparato.

-¡Él!... ¡Es él!- exclamó.

Y apresuróse a ir a comunicar la buena noticia a la madre de Agatocles.

La chalupa no estaba más que a tres encabladuras del *Argelés*, al que balanceaba el oleaje, mientras que el vapor se escapaba de las válvulas con un ruido de ensordecedora carraca.

La chalupa llegó junto al paquebote en el momento en que el señor Desirandelle, un poco pálido por la visita hecha a su mujer, reaparecía en el puente.

En seguida una escala de cuerda con travesaños de madera cayó contra el flanco del paquebote.

El pasajero se ocupaba en pagar al patrón de la chalupa, y es de presumir que lo hizo a lo príncipe, pues, fue saludado con uno de esos «Gracias, Excelencia», del que los lazarones parecen poseer únicamente el secreto.

Algunos instantes después, el dicho personaje, seguido de su criado, que llevaba una maleta, trepaba por la escala, saltaba sobre el puente, y con el rostro alegre, sonriendo e inclinándose con gracia, saludaba a todos.

Después, viendo al señor Desirandelle que se acercaba para dirigirle reproches:

-¡Eh!... ¡Sí!... ¡Aquí estoy!- exclamó dándole un golpe en el vientre.

III

EN EL QUE EL SIMPÁTICO HÉROE DE ESTA HISTORIA EMPIEZA A COLOCARSE EN PRIMER LUGAR.

El señor Dardentor, Clovis de nombre, había nacido cuarenta y cinco años antes del comienzo de esta historia en la plaza de la Loge, número 4, en la antigua Ruscino, convertida en capital del Rosellón, hoy capital de los Pirineos Orientales, la célebre y patriótica Perpignan.

El tipo de Clovis Dardentor no era raro en aquella excelente capital de provincia.

Era hombre de estatura más que mediana, anchos hombros, el sistema muscular dominando al nervioso, en perfecta eustenia, es decir, para aquellos que han olvidado el griego, en completo equilibrio de sus fuerzas; la cabeza redonda, el pelo cortado al rape, la barba negra en forma de abanico, la mirada viva, la boca grande, la dentadura soberbia, el pie seguro, la mano diestra, bien templado física y moralmente, buen muchacho, aunque de naturaleza imperiosa, de buen humor, de inagotable facundia, muy francote, en fin, todo lo más meridional que puede serlo quien no es originario de esa Provenza, en la que se absorbe y resume todo el Mediodía francés.

Clovis Dardentor era soltero, y realmente no se le concebía sujeto a los lazos conyugales, y ni que jamás luna de miel alguna se hubiera levantado en su horizonte.

No quiere esto decir que fuera misógino, al contrario: la sociedad de las mujeres le agradaba; pero era misógamo en alto grado. Este enemigo del matrimonio no concebía que un hombre sano de alma y de cuerpo, lanzado en los negocios, tuviera tiempo de pensar en aquel.

¡El matrimonio! Dardentor no le admitía de inclinación, ni de conveniencia, ni de interés, ni de razón, ni bajo el régimen de la comunidad, ni bajo el régimen de la separación de bienes, ni en ninguna de las maneras usadas en este bajo mundo.

Por lo demás, de que este hombre permanezca soltero no se deduce que haya permanecido en la ociosidad. Esto no se podía decir de Clovis Dardentor.

Poseía una fortuna de dos millones, que no había adquirido ni de sus padres, ni por otra herencia. ¡No! La había ganado con su trabajo. Interesado en numerosas sociedades comerciales o industriales, en las tonelerías, fábricas de mármol, vinos de Rivesaltes, siempre había realizado beneficios considerables. Pero particularmente había consagrado la mayor parte de su inteligencia y de su tiempo a la industria tonelera, tan importante en aquella región. Retirado de los negocios a los cuarenta años, una vez hecha su fortuna, que le producía pingües rendimientos, no quiso ser uno de esos avaros cuidadosos de economizar sus rentas.

Desde que se retiró vivía bien, no desdeñando hacer viajes, a París principalmente, donde iba con frecuencia. Dotado de una salud a prueba de todo, poseía uno de esos estómagos que le hubiera envidiado el volátil tan renombrado por esta cualidad, colocado entre los corredores del África meridional.

La familia de nuestro héroe se reducía a él solo. La larga línea de sus antepasados se extinguía en él. Ni un ascendiente, ni un descendiente, ni un colateral, a no ser en el grado veintiséis o veintisiete, puesto que, según los estadistas, en tal grado son colaterales todos los franceses, con sólo remontarse a la época de Francisco I. Pero, como se comprende, estos colaterales no dan graves motivos de preocupación. Y además, todo hombre, remontándose al principio de la era cristiana, ¿no posee treinta y nueve cuatrillones de abuelos, ni uno más ni uno menos?

Clovis Dardentor no estaba orgulloso por esto. Encontrábase sin familia, en lo que no veía inconveniente alguno, puesto que no había pensado en creársela por los procedimientos que están al alcance de todo el mundo. Hele aquí embarcado para Orán, y tal vez desembarcaría sano y salvo en la capital de la gran provincia argelina.

Una de las razones por las que convenía que el *Argelés* fuese favorecido por una navegación soberbia, era por llevar a bordo a Dardentor. Hasta aquel día, cuando iba a Argel- un país que le gustaba mucho- partía de Marsella, y era aquella la primera vez que otorgaba su preferencia a la línea

de Cette. Habiendo hecho a uno de sus paquebotes el honor de confiarle el transporte de su persona, era importante que hiciera el viaje a gusto, o, en otros términos, que fuera conducido a buen puerto después de una travesía tan corta como feliz.

Al poner el pie en el puente, Clovis Dardentor se volvió a su criado.

-Patricio... Ve a asegurarte de que el camarote número 13 está dispuesto- le dijo.

Patricio respondió:

-El señor sabe que ha sido pedido por telegrama, y no debe tener inquietud alguna en este punto.

-Pues bien, baja mi maleta y elígeme un lugar en la mesa, el mejor posible..., cerca del capitán... Ya tengo el estómago en las patas.

Esta frase pareció sin duda a Patricio poco distinguida, y tal vez hubiera preferido que su amo dijera «en los talones», pues en sus labios dibujóse una mueca despreciativa. Fuera lo que fuera, se dirigió hacia la toldilla.

En este momento Clovis Dardentor notó la presencia del capitán, que acababa de abandonar el puentecillo, y le abordó en estos términos:

-¡Eh!... ¡Eh!... ¡Capitán! ¿Cómo no ha tenido usted paciencia para esperar a sus pasajeros? ¿Le picaba el cuerpo a la máquina del paquebote y le tardaba dar gusto a la hélice?

Esta metáfora no tenía nada de marítima; pero Clovis Dardentor no era marino, y en su figurado lenguaje decía

las cosas tal como se le ocurrían, en frases ya abominablemente pomposas, ya terriblemente vulgares.

-Caballero- respondió el capitán Bugarach-, nuestras partidas se efectúan a hora fija, y los reglamentos de la Compañía no nos permiten esperar...

-¡Oh..., no le reprocho a usted por eso!- respondió Clovis Dardentor tendiendo la mano al capitán.

-Ni yo a usted- dijo éste, aunque me haya visto en la necesidad de mandar parar.

-Muy bien- exclamó Clovis.

Y sacudió la mano del capitán Bugarach con el vigor de un antiguo tonelero que ha manejado el apretador y la doladera.

-Sepa usted- añadió- que si mi chalupa no hubiera podido atrapar al paquebote, hubiese seguido hasta Argel...; que de no haber encontrado la chalupa me hubiera arrojado al agua desde el muelle, siguiendo a ustedes a nado... Así soy yo, bravo capitán Bugarach.

Sí... Así era Clovis Dardentor, y los dos jóvenes, que escuchaban con gusto a aquel ente original, fueron honrados con un saludo, al que respondieron sonriendo.

-¡Buen tipo!- murmuró Juan Taconnat.

En aquel momento, el *Argelés* se puso en dirección del cabo Agde.

-A propósito, capitán, una pregunta de la mayor importancia- dijo el señor Dardentor.

-Hable usted.

-¿A qué hora se come?

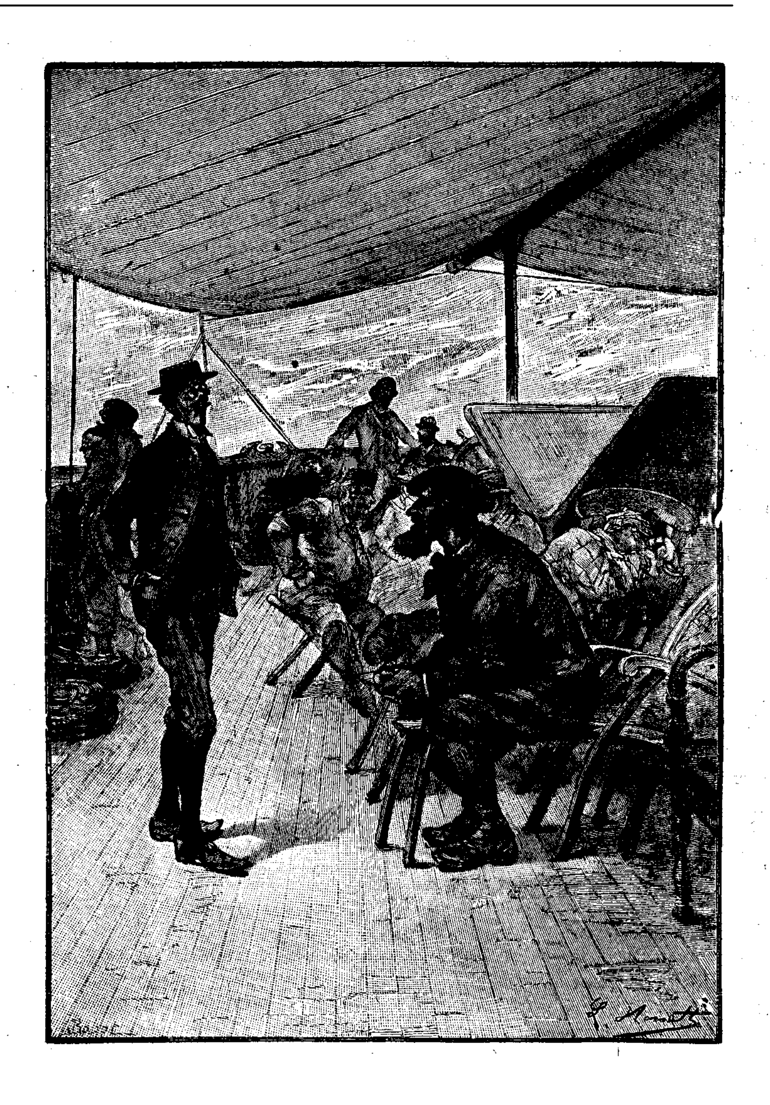
-A las cinco.

-Dentro de cuarenta y cinco minutos entonces... No más pronto..., pero no más tarde.

Y Dardentor hizo una pirueta después de haber consultado su magnífico reloj de repetición, que una gruesa cadena de oro sujetaba

al ojal de su chaleco de buena tela diagonal con tres gruesos botones de metal.

Ciertamente, para emplear una locución justificada por toda su persona, Dardentor tenía mucho *chic* con su sombrero inclinado sobre la oreja izquierda, su chaquetón a cuadros, su manta de viaje, cayendo de la espalda hasta la cintura, sus pantalones bombachos, sus polainas con hebillas de cobre y sus botas de caza de doble suela.



De nuevo, con su fuerte voz, dijo:

-Si he faltado a la partida, no faltaré a la comida, querido capitán, y por poco que el cocinero haya pensado su *menu*, me verá usted masticar como es debido.

De repente, aquel flujo de palabras, cambiando de curso, se dirigió a otro interlocutor.

El señor Desirandelle, que había ido a advertir a su señora la llegada del compañero de viaje, acababa de aparecer.

-¡Eh!¡Querido amigo!- exclamó Clovis Dardentor.- ¿Y la señora de Desirandelle? ¿Dónde está esa excelente señora? ¿Y el más hermoso de los Agatocles?

-No tema usted, Dardentor- respondió el señor Desirandelle-; no nos hemos retrasado, y el *Argelés* no se ha visto en la necesidad de partir sin nosotros.

-¿Reproches, eh?...

-A fe mía que los merece usted. ¡Qué inquietud nos ha causado!... ¡Nos veíamos desembarcando en Orán, en casa de la señora Elissane sin usted!

-¡No ha sido mía la culpa, Desirandelle, sino del animal de Pegorin! ¡Me ha detenido con sus muestras de viejo Rivesaltes!... Ha sido preciso probarlas todas, y cuando he aparecido en el extremo del muelle, el *Argelés* desembocaba el paso... Pero heme aquí, y las recriminaciones son inútiles..., ni hay que poner ojos de salmón a medio morir... Esto acabaría por aumentar el vaivén del barco... ¿Y su señora de usted?

-Está en su lecho... un poco...

-¿Ya?

-¡Ya!- suspiró Desirandelle, cuyos párpados temblaban.- Y yo mismo...

-¡Querido, un consejo de amigo! No abra usted la boca como lo hace... Téngala usted cerrada cuanto pueda... Otra cosa, es tentar al diablo.

-¡Caramba!- balbuceó el señor Desirandelle...- ¡Usted hable cuanto quiera!... ¡Ah! ¡Esta travesía hasta Orán!... Ni la señora de Desirandelle ni yo nos hubiéramos arriesgado a hacerla, a no tratarse del porvenir de Agatocles...

Tratábase, en efecto, del porvenir del único heredero de los Desirandelle. Todas las noches, Clovis Dardentor, antiguo amigo de esta familia, iba a jugar una partida de *bézigue o de piquet* a la casa de la calle de la Popinière. Había visto nacer a aquel niño, le había visto crecer, físicamente al menos, pues la inteligencia habíale estacionado en él. Agatocles hizo en el Liceo esos malos estudios que son lote ordinario de los perezosos y de los ineptos Vocación para algo, no la tenía. No hacer nada en la vida, le parecía el ideal de una criatura humana. Con lo que heredara de sus padres poseería un día unas diez mil pesetas de renta, lo que ya es algo; pero no hay que extrañar que los señores Desirandelle soñasen un porvenir mejor para su hijo. Conocían a la familia Elissane, que antes de vivir en Argel vivía en Perpignan. La señora Elissane, viuda de un antiguo negociante, de cincuenta años de edad entonces, disfrutaba de bienestar gracias a la fortuna que le había dejado su marido,

el que, después de retirarse de los negocios, fijó su residencia en Argel. La viuda no tenía más que una hija de veinte años... ¡Luisa Elissane era un buen partido!, se decía hasta en el Sud-Oranais, y también en los Pirineos occidentales, o por lo menos en la casa de la calle de la Popinière. ¿Qué cosa mejor se hubiera podido imaginar que un matrimonio entre Agatocles Desirandelle y Luisa Elissane?

Pero antes de casarse preciso es conocerse; y aunque Agatocles y Luisa se habían visto niños, no conservaban recuerdo el uno del otro. De forma que, puesto que Orán no venía a Perpignan, pues la señora Elissane no gustaba de viajes, Perpignan iba a Orán. De aquí este viaje, por más que la señora Desirandelle sentía los síntomas del mareo con sólo ver las olas extenderse en la playa, y por más que el señor Desirandelle, a pesar de sus pretensiones, no tuviera el estómago más sólido. Entonces se pensó en Clovis Dardentor. Éste estaba acostumbrado a viajar. No rehusaría acompañar a sus amigos. Tal vez no se hacía ilusiones sobre el valor del mozo, al que se quería casar; pero, en su opinión, para maridos valen todos lo hombres.

Si Agatocles gustaba a la joven heredera, la cosa iría como una seda. Verdad que Luisa Elissane era encantadora...

Cuando los Desirandelle desembarquen en Orán será oportuno momento para presentarla al lector, y éste quedará libre para ponerse sobre la pista y desbancar a Agatocles.

Ya se sabe, pues, la razón que había para que este grupo hubiera tomado pasaje en el *Argelés* y afrontase una travesía mediterránea.

Esperando la hora de la comida, Clovis Dardentor subió a la toldilla, donde se encontraban los viajeros de primera clase, los que el vaivén del barco no había aun enviado a sus camarotes. El señor Desirandelle, cada vez más pálido, le siguió y fue a echarse en un banco.

Agatocles se aproximó.

-¡Eh!... ¡Tú tienes mejor canilla que padre!- dijo Dardentor.- Esto arrulla, ¡eh!

Agatocles respondió que «aquello arrullaba»

-Más vale así, y procura llegar al fin: ¡No vayas a mostrar allá abajo una cara de papel mascado o de calabaza en conserva!

No. ¡No había que temer esto! La mar no producía malestar alguno al mozo.

Clovis Dardentor no había juzgado oportuno bajar al camarote de la señora de Desirandelle. La buena señora sabía que estaba a bordo: con esto bastaba. Los consuelos de Dardentor no hubieran producido efecto alguno, y, además, el señor Dardentor pertenecía a esa categoría de gentes abominables, siempre inclinado a burlarse de las víctimas del mareo. Bajo pretexto de que ellos no le sienten, no quieren admitir que se pueda sentir. ¡Se debiera colgarles a la punta del palo mayor!

Encontrábase el *Argelés* a la altura del cabo de Agde cuando la campana llamó a comer. Hasta entonces el balanceo del paquebote no había sido muy fuerte. La ola, aunque corta, no producía más que un movimiento muy soportable a la mayor parte de los pasajeros; pues el *Argelès* por recibirla casi por la popa, se movía con ella; era, pues, de esperar que los viajeros no faltarían al comedor. Los pasajeros, y hasta cinco o seis pasajeras, bajaron por la doble escalera de la toldilla ocuparon en la mesa los sitios designados de antemano.

El señor Eustache Oriental ocupaba el suyo, manifestando ya una viva impaciencia. ¡Hacía dos horas que estaba allí! Era de presumir que, terminada la comida, aquel acaparador de buenos sitios subiría al puente, y que no quedaría pegado a su silla hasta la llegada al puerto.

El capitán Bugarach y el doctor Bruno estaban en el fondo del comedor. Nunca faltaban al deber de hacer los honores a los pasajeros. Clovis Dardentor, y los señores de Desirandelle, padre e hijo, se dirigieron a la cabecera de la mesa. Marcel Lornans y Juan Taconnat, con el deseo de estudiar aquellos tipos, se colocaron junto a Dardentor. Los demás, que eran unos veinte, se instalaron a su gusto: algunos cerca del señor Oriental, próximos al sitio por donde venían los platos bajo las órdenes del jefe del comedor.

El señor Clovis Dardentor entabló en seguida relaciones con el doctor Bruno, y se puede tener la seguridad de que

con aquellos dos habladores sempiternos la conversación no languidecería en torno del capitán Bugarach,

-Doctor- dijo Dardentor; - tengo a gran dicha poder estrechar su mano aunque estuviere llena de microbios como las de sus colegas.

-No tema usted, señor Dardentor- respondió el doctor en el mismo tono de buen humor-, acabo de lavarme con agua boricada.

-¡Bah! Yo me río de los microbios- exclamó Dardentor.- Nunca he estado enfermo, ni un día, ni una hora, mi querido Esculapio. ¡Ni un mal constipado! Jamás he tomado ni una tisana, ni una píldora. Y usted me permitirá creer que no empezaré a medicinarme por orden de usted. ¡Oh! ¡La compañía de médicos me es muy agradable! ¡Son buenas personas, sin más que un defecto: el de echar a perder la salud nada más que con tomar el pulso o mirar la lengua! Dicho esto, estoy encantado de estar a su lado en la mesa, y si la comida es buena, la haré honor.

No se dio por vencido el doctor Bruno aunque hubiere encontrado otro más hablador que él. Replicó sin procurar defender el cuerpo médico contra un adversario tan bien armado. Después, y como sirvieran la sopa, nadie pensó en otra cosa que en satisfacer un apetito aguijoneado por el aire vivo de la mar.

Al principio, las oscilaciones del paquebote no eran tan rudas que molestaran a los pasajeros, hecha excepción del señor Desirandelle, que se puso blanco como su servilleta.

No se sentían ni esos movimientos de columpio que comprometen la horizontalidad, ni esas elevaciones y depresiones que desarreglan la postura vertical. Si este estado de cosas no se modificaba durante la comida, los diversos platos seguirían sin contratiempo hasta los postres.

Pero de repente la vajilla empieza a repitar. Las arañas del comedor se balancean sobre la cabeza de los pasajeros, con gran disgusto de éstos. Con el movimiento cada vez más acentuado, las sillas se tambalean. No hay más seguridad en el movimiento de los brazos y de las manos. Los vasos son llevados a la boca con grandes dificultades, y con gran frecuencia los tenedores pinchan en las mejillas o en la barbilla.

La mayor parte de los comensales no pudo resistir aquello. El señor Desirandelle fue el primero que abandonó la mesa con significativa precipitación, a fin de respirar el aire libre... Siguiéronle muchos: una verdadera desbandada a pesar de que el capitán Bugarach decía:

-Señores, esto no será nada... Esto durará poco.

Clovis Dardentor gritaba:

-¡Vea usted cómo huyen!...

-¡Siempre es así!- dijo el capitán guiñando el ojo.

-No comprendo- respondió Clovis que no se tenga más corazón en el estómago.

Admitiendo que esta expresión no sea contraria a las leyes del organismo humano, y si realmente el corazón puede cambiar de sitio como esta locución popular indica, el de

aquellas pobres gentes tendía más bien a subir a los labios que a bajar. En el momento en que el jefe de comedor hizo circular el segundo plato, en la mesa no había más que unos diez intrépidos comensales. Entre estos figuraban, sin hablar del capitán Bugarach, ni del doctor Bruno, acostumbrados a estos casos, Clovis Dardentor, fiel en su puesto; Agatocles, al que la huída de su padre dejó indiferente; los dos primos Marcel Lornans y Juan Taconnat, sin experimentar la menor turbación en sus funciones digestivas; y, en fin, en el extremo opuesto el señor Eustache Oriental, preguntando a los mozos, sin pensar en quejarse por las sacudidas del *Argelés*, puesto que tenía la elección de los mejores pedazos.

Después de la huída de los pasajeros, el capitán Bugarach arrojó una singular mirada al doctor Bruno, a la que respondió éste con extraña sonrisa. Mirada y sonrisa cuyo significado debió de comprender el jefe del comedor, puesto que en su rostro se reflejaron como en fidelísimo espejo.

Juan Taconnat dio a su primo con el codo y dijo:

-Este es un golpe preparado.

-Me es igual, Juan.

-Y a mí- respondió éste, sirviéndose un sabroso trozo de salmón, del que el señor Oriental no había podido aprovecharse.

La cosa consiste en lo siguiente: hay capitanes, no todos, que con un objeto bien comprensible modifican un poco la dirección del paquebote precisamente al comenzar la

comida. Un ligero cambio del timón, nada más. ¿Pudiera dirigírseles por esto algún reproche? ¿Está prohibido durante una media hora escasa ponerse de acuerdo con el balanceo para realizar una economía en los platos de la comida? Seguramente que no.

Por lo demás, aquello no se prolongó; verdad que los pasajeros no sintieron la tentación de volver a ocupar sus sitios en la mesa, aunque el paquebote tomase una marcha más calmosa.

La comida, servida sólo para algunos comensales, iba pues a continuar en excelentes condiciones, sin que nadie se inquietase por los desdichados arrojados del comedor, y agrupados en el puente en actitudes tan variadas como lamentables.

IV

EN QUE CLOVIS DARDENTOR DICE COSAS DE LAS QUE JUAN TACONNAT PIENSA APROVECHARSE.

-¡Cuántos sitios vacíos en la mesa, mi querido capitán!- exclamó Clovis Dardentor, mientras el jefe del comedor vigilaba el servicio sin perder su dignidad de costumbre.

-Y tal vez es de temer que haya más sitios vacíos si la mar se pone mala- observó Marcel Lornans.

-¿Mala? ¡Si es una balsa de aceite!- respondió el capitán Bugarach.- El *Argelés* ha caído en una contracorriente en que el oleaje es más duro. Algunas veces sucede esto.

-Y muy frecuentemente a las horas del almuerzo y de la comida- respondió Juan Taconnat lo más serio del mundo.

Efectivamente- añadió Clovis Dardentor con negligencia.- Lo he notado. Y si esas satánicas compañías marítimas se aprovechan de ello...

-¿Puede usted creer?...- exclamó el doctor

-No creo más que una cosa, y es que, en lo que a mí se refiere, jamás he perdido un bocado, y si no queda más que un pasajero en la mesa...

-¡Lo será usted!- dijo Taconnat.

-Usted lo ha dicho, señor Taconnat.

Dardentor le llamaba ya por su nombre, como si le conociera de dos días antes.

-Sin embargo- dijo entonces Marcel Lornans.- Es posible que algunos de nuestros compañeros vuelvan a la mesa. El balanceo ha disminuido.

-Lo repito- afirmó el capitán...- Esto era momentáneo. Ha bastado una distracción del timonel. Y dirigiéndose al jefe del comedor, añadió: Vea usted, pues, si entre los pasajeros...

-Entre otros tu pobre padre, Agatocles- recomendó Clovis.

Pero el joven Desirandelle movió la cabeza, pues tenía la seguridad de que el autor de sus días no se decidiría a volver al comedor, y no se movió.

En cuanto al jefe del comedor, se dirigió a la puerta convencido de lo inútil del paso que daba. Cuando un pasajero ha abandonado la mesa, aunque las circunstancias se modifiquen, es raro que consienta en volver. Los asientos vacíos no se ocuparon, por lo que el digno capitán y el excelente doctor aparentaron gran disgusto.

Un ligero golpe de timón había rectificado la dirección del paquebote; la ola no le cogía por la proa, y la tranquilidad estaba asegurada para los diez comensales que quedaron en sus puestos.

Por lo demás, vale más no ser muchos a la mesa, como decía Clovis Dardentor. El servicio gana con ello, la intimidad también, y la conversación puede generalizarse.

Así sucedió. El peso de ella llevóle, con gran gusto, el héroe de nuestra historia.

Por parlanchín que el doctor Bruno fuera, apenas si de tarde en tarde podía colocar alguna palabra. Lo mismo le sucedía a Juan Taconnat, al que la verbosidad de Dardentor divertía mucho. Marcel Lornans se contentaba con sonreír. Agatocles comía sin oír nada. Eustache Oriental saboreaba los mejores trozos, regándoles con una botella de pommard que el jefe del comedor le había llevado en una canastilla de una horizontalidad aseguradora. De los demás comensales no hay para que ocuparse.

La superioridad del Mediodía sobre el Norte; los indiscutibles méritos de la ciudad de Perpignan; el puesto que en ella ocupaba uno de sus hijos, Clovis Dardentor en persona; la consideración que le valía su fortuna, honradamente adquirida: los viajes que ya había hecho; los que pensaba hacer; su deseo de visitar a Orán, del que sin cesar le hablaban los Desirandelle; el proyecto que había formado de recorrer aquella hermosa provincia argelina... En fin, él había partido y no se preocupaba de la vuelta.

Sería error suponer que este flujo de palabras escapadas de los labios de Clovis Dardentor le impedía comer. No; la entrada del alimento y la salida de las palabras se ejecutaba simultáneamente con maravillosa facilidad.

Aquel asombroso tipo hablaba y comía a la vez, sin olvidarse de vaciar su copa a fin de facilitar la doble operación.

-¡Qué máquina humana!- pensaba Juan Taconnat.- ¡Cómo funciona! Dardentor es uno de los mejores ejemplares del Mediodía que he encontrado.

No le admiraba menos el doctor Bruno. ¡Qué admirable objeto de disección, y qué provecho sacaría la Fisiología escudriñando los misterios de tal organismo! Pero como la proposición de que se dejara abrir el vientre hubiera sido inoportuna, el doctor se limitó a preguntar a Clovis Dardentor si siempre había gozado de buena salud..

-¿La salud, mi querido doctor? ¿Qué entiende usted por esto?

-Entiendo lo que todo el mundo- respondió el doctor-, o sea, siguiendo la definición admitida, el ejercicio permanente, y fácil de todas las funciones de la economía.

-Y aceptando esa definición- hizo observar Marcel Lornans-, deseamos saber si en usted ese ejercicio es fácil.

-Y permanente- añadió Juan Taconnat.

-Permanente, puesto que jamás he estado enfermo- declaró Dardentor, golpeándose el pecho; - y fácil, puesto que se efectúa sin que yo lo note.

-Pues bien, querido amigo- preguntó el capitán Bugarach-, fijado ya lo que se entiende por la palabra salud, ¿permitirá usted que bebamos por la suya?

-En efecto, me parece llegada la hora de embocar el champagne, y sin esperar a los postres.

En el Mediodía, la expresión «embocar el champagne» es de uso corriente, y pronunciada por Clovis tomaba una magnífica redundancia.

Trajeron el champagne, llenaron las copas, coronándose de blanca espuma, y la conversación no se ahogó... Al contrario.

El doctor Bruno fue el primero que habló.

-¡Eh! ¡Señor Dardentor!- dijo- Le suplico a usted me responda a esta pregunta: para conservar ese estado de imperturbable salud, ¿se ha abstenido usted de todo exceso?

-¿Qué entiende usted por la palabra *exceso?*

-¡Ah!- preguntó Marcel Lornans sonriendo.- ¿Es desconocido en los Pirineos orientales el significado de la palabra «exceso», como el de la palabra «salud»?

-Desconocido... no, señor Lornans; pero, para hablar con propiedad, no sé muy bien lo que significa.

-Señor Dardentor- respondió el doctor-, cometer excesos es abusar de uno mismo; es usar el cuerpo y el alma de modo inconsiderado, intemperante e incontinente...; abandonándose, sobre todo a los placeres de la mesa; deplorable pasión que no tarda en destruir el estómago.

-¿Qué es el estómago?- preguntó Clovis Dardentor en tono serio.

-¿Qué es?- exclamó el doctor Bruno.- ¡Diablo! Una máquina que sirve para fabricar las gastralgias, las gastritis, las gastroenteritis, las endogastritis, las exogastritis.

Y al pronunciar este montón de palabras que tienen la raíz *gaster* por radical, parecía muy satisfecho de que el estómago hubiera hecho nacer tantas afecciones especiales.

Puesto que Clovis Dardentor persistía en sostener que todo lo que indicaba un deterioro en la salud le era desconocido; puesto que rehusaba admitir que aquellas palabras tuvieran una significación, Juan Taconnat, muy divertido, empleando la única locución que resume la intemperancia humana, dijo:

-En fin... y de otra manera..., ¿no se ha divertido usted?...

-No, puesto que no me he casado.

Y lanzó una carcajada tal, que los vasos titilaron en la mesa como si ésta fuera sacudida por un vaivén violento.

Se comprendió que sería imposible saber si aquel inverosímil Dardentor había o no sido el prototipo de la sobriedad, y si debía a su temperancia habitual la excelente salud de que gozaba, o si era esto efecto de una constitución de hierro, que ningún abuso había podido estropear.

-¡Vamos!... ¡Vamos!- dijo el capitán Bugarach.- Veo, señor Dardentor, que la Naturaleza le ha hecho a usted para ser uno de nuestros futuros centenarios...

-¿Por qué no, querido capitán?

-Sí..., ¿por qué no?- repitió Marcel Lornans.

-Cuando una máquina está sólidamente construida- añadió Clovis Dardentor,- bien engrasada, bien alimentada, no hay motivo para que no dure siempre.

-En efecto- concluyó Juan Taconnat;- y desde el momento en que no falte combustible.

-¡No es combustible lo que faltará- exclamó Clovis Dardentor, dando golpes en su chaleco, que devolvió un sonido metálico.- Y ahora, queridos señores- añadió riendo-, ¿han terminado ustedes de hacerme preguntas?

-No respondió el doctor Bruno.

Y empeñándose en poner a Clovis entre la espada y la pared, dijo:

-¡Error, caballero, error! No hay máquina tan buena que no se desgaste; no hay tan buen mecanismo que no se estropee algún día.

-Eso depende del maquinista- respondió Clovis Dardentor llenando su copa hasta los bordes.

-Pero, en fin- exclamó el doctor-, supongo que usted morirá.

-Y ¿por qué quiere usted que yo muera si jamás consulto a un médico?- ¡A la salud de ustedes, señores!

Y en medio de la general hilaridad levantó su copa, y después de chocarla alegremente con la de sus compañeros, la vació de un trago.

Hasta los postres continuó la conversación, cada vez más animada, ensordecedora realmente. Júzguese del efecto que aquel tumulto causaría en los desdichados pasajeros, extendidos en el lecho del dolor, y cuyo mareo crecía forzosamente con la vecindad de tan alegre conversación.

El señor Desirandelle había al fin aparecido en el umbral del comedor. Puesto que su comida y la de su mujer estaban comprendidas en el precio del billete, ¡qué disgusto no poder consumir su parte! Pero apenas abrió la puerta sintióse invadido por vértigos, y apresuradamente volvió al puente.

Su único consuelo consistía en decir:

-Por fortuna, Agatocles está en disposición de comer por tres, y realmente el joven trabajaba a conciencia, a fin de indemnizarse de los desembolsos paternales.

Entretanto, después de la última respuesta de Clovis Dardentor, la conversación se dirigió a otro punto. ¿No se podría encontrar el flaco de aquel vividor, buen bebedor y comedor? Indiscutible era que su constitución- fuese excelente, inalterable su salud, y su organismo de hierro. Mas ¿no acabaría por abandonar este bajo mundo como todos los mortales? (digamos casi todos para no desanimar a nadie). Y ¿a quién iría su gran fortuna cuando sonara la hora fatal? ¿Quién tomaría posesión de las casas, de los valores mobiliarios del antiguo tonelero de Perpignan, no habiéndole a éste dado la Naturaleza heredero directo ni indirecto, ni un solo colateral con derecho a heredarle?

Se le hizo la pregunta, añadiendo Marcel Lornans:

-¿Cómo no ha pensado usted en hacerse herederos?

-Y ¿cómo?

-¡Diablo! Como se hacen estas cosas exclamó Juan Taconnat:- casándose con una mujer joven, bonita, digna de usted.

-¿Yo casarme?

-Sin duda.

-Es idea que nunca he tenido.

-Pues debiera usted haberla tenido, señor Dardentor- dijo el capitán, y aun es tiempo...

-¿Es usted casado, mi querido capitán?

-No.

-¿Y usted, doctor?

-Tampoco.

-¿Y ustedes, señores?

-No- respondió Marcel Lornans-, y a nuestra edad nada tiene de extraño.

-Y bien, si ustedes no se han casado, ¿por qué quieren que yo lo haga?

-Por tener una familia- respondió Juan Taconnat.

-¡Y los cuidados que la familia trae consigo!

-Para tener hijos...

-¡Y con los hijos, los tormentos que causan!

-En fin, para tener descendientes naturales que se aflijan cuando usted muera...

-¡O que se alegren de ello!

-¿Supone usted- dijo Marcel Lornans- que el Estado no se alegrará si le hereda a usted?

-¡El Estado... heredero de mi fortuna, y que se la comerá como un disipador que es!

-Eso no es responder, señor Dardentor- dijo Marcel Lornans-, y el destino del hombre es formar una familia y perpetuarse en sus hijos.

-Conformes; pero el hombre puede tenerlos sin casarse...

-¿Cómo entiende usted esto?- preguntó el doctor.

-En el buen sentido..., y en lo que a mí atañe, preferiría los que uno busca...



-¿Hijos adoptivos ?- preguntó Juan.

-Seguramente. ¿No es cien veces mejor?... ¿No es lo más sabio? ¡Se les elige!… Se les puede buscar sanos de alma y cuerpo, cuando ya han pasado de la edad del sarampión y de la escarlatina. Se les elige rubios o morenos, bes-

tias o inteligentes; mujer o varón, según el sexo que se desee. ¡Se puede tener uno, dos, tres, cuatro y hasta una docena, según que está más o menos desarrollado el instinto de la paternidad adoptiva! ¡En fin, se tiene libertad para fabricarse una familia de herederos en condiciones excelentes de garantía física y moral, sin esperar que Dios se digne bendecir vuestra unión! ¡Se bendice uno mismo cuando quiere-, y a su gusto!

-¡Bravo, señor Dardentor, bravo!- exclamó Juan Taconnat.- ¡A la salud de sus hijos adoptivos!

Y una vez más chocaron los vasos.

¡Imposible formarse idea de lo que los comensales sentados a la mesa del *Argelés* hubieran perdido de no oír al expansivo Dardentor lanzar la última frase de su discurso! ¡Había estado magnífico!

-Sin embargo- añadió el capitán-, aunque el método de usted es excelente, si todo el mundo se conformara con él, si no hubiera más que padres adoptivos, bien pronto no habría niños que adoptar...

-¡No tanto, capitán, no tanto! Nunca faltará brava gente que se case... ¡Millares de millones!

-Lo que es una fortuna- concluyó el doctor-, pues sin eso el mundo no tardaría en acabarse.

Por este camino siguió la conversación, que no logró distraer al señor Eustache Oriental, que saboreaba su café en el otro extremo de la mesa; ni a Agatocles Desirandelle, que se servía de los distintos postres.

En el curso de ella, Marcel Lornans, recordando el título VII del Código civil, llevó la cuestión al terreno jurídico.

-Señor Dardentor- dijo-, cuando se quiere adoptar a alguno es indispensable tener ciertas condiciones.

-No lo ignoro, señor Lornans, y me parece que ya lleno algunas.

-Efectivamente- respondió Marcel Lornans; - en primer lugar, usted es francés y de uno u otro sexo.

-Más particularmente del sexo masculino si quieren ustedes creerlo...

-Le creemos a usted bajo su palabra afirmó Juan Tacon-nat-, y no nos sorprende.

-Además- añadió Marcel Lornans-, la ley obliga a la persona que quiera adoptar a no tener hijos ni descendientes legítimos.

-Que es precisamente mi caso, señor abogado- respondió Clovis Dardentor-, y añado que ni aun ascendientes tengo.

-El ascendiente no está interdicto por la ley.

-En fin, yo no los tengo.

-Pero hay algo que usted no tiene, señor Dardentor.

-¿El qué?

-¡Cincuenta años de edad! Es preciso haberlos cumplido- para que la ley permita adoptar.

-Los cumpliré dentro de cinco años si Dios me da vida... Y ¿por qué no ha de dármela?

-Haría mal en lo contrario- dijo Juan Taconnat-, pues no encontraría sitio mejor donde colocarla.

-Esa es mi opinión, señor Taconnat. Así es que esperaré a cumplir mis cincuenta años para hacer el acto de adopción, caso que se presente una ocasión, una buena ocasión, como se dice hablando de negocios.

-Con la condición- añadió Marcel Lornans- de que el adoptado no tenga más de treinta y cinco años; pues la ley exige que el adoptante tenga por lo menos quince años más que el adoptado.

-¡Eh!... ¿Cree usted- exclamó el señor Dardentor- que pienso en regalarme con un hijo viejo o una hija anciana? ¡No! Y no le elegiré de treinta y cinco, ni de treinta, sino al comenzar su mayor edad, puesto que el Código establece que sean mayores...

-Todo eso está muy bien, señor Dardentor- respondió Marcel Lornans- Es indudable que usted llena esas condiciones. Pero, y lo siento por sus proyectos de paternidad adoptiva, hay una que le falta a usted.

-¿Acaso es que no gozo de buena reputación? ¿Quién se permitirá sospechar del honor de Clovis Dardentor, de Perpignan, Pirineos Orientales, en su vida pública o en su vida privada?

-¡Oh! ¡Nadie!...- exclamó el capitán Bugarach.

-Nadie- añadió el doctor.

-No... - Nadie- proclamó Juan Taconnat.

-Nadie, ciertamente- dijo Marcel Lornans-, y no era de esto de lo que quería hablar...

-¿De qué entonces- preguntó Clovis Dardentor.

-De cierta condición impuesta por el Código, condición que usted, sin duda, ha descuidado.

-¿Y cuál es?

-La que exige que el adoptante haya prestado al adoptado, en la menor edad de éste, cuidados no interrumpidos durante un período de seis años.

-¿La ley dice eso?

- Formalmente.

-¿Y quién es el animal que ha puesto eso en la ley?

-¡Poco importa el animal!...

-Y bien, señor Dardentor- preguntó el doctor Bruno insistiendo-, ¿ha prestado usted esos cuidados a algún menor?

-¡No, que yo sepa!

-Entonces- declaró Juan Taconnat no le queda a usted otro recurso que el de emplear su fortuna en un establecimiento benéfico, que llevará el nombre de usted-

-¿La ley lo quiere así?- preguntó Clovis Dardentor.

-Lo quiere- afirmó Marcel Lornans.

Clovis Dardentor no ocultó el descorazonamiento que esta exigencia del Código le causaba. ¡Le hubiera sido tan fácil proveer a las necesidades de la educación de un menor durante seis años! ¡No haber pensado en esto! Verdad que ¿cómo tener la seguridad de haber hecho una elección acertada, tratándose de adolescentes que no ofrecen la me-

nor garantía para el porvenir? Pero ¿era la cosa indispensable? ¿No se engañaba Marcel Lornans?

-¿Usted me asegura que el Código civil?...- preguntó por segunda vez.

-Se lo aseguro- respondió Marcel Lornans.- Consulte usted el Código, título «De la adopción», artículo 345. Hace de esto una condición esencial..., a menos que...

-A menos que...-repitió Clovis Dardentor, y al decirlo serenóse su rostro.- Vamos... acabe usted- exclamó. –Me desespera usted con sus excepciones y sus «a menos que»...

A no ser- continuó- Marcel Lornans-, que el adoptado haya salvado la vida al adoptante, ya en un combate, ya arrojándose para salvarle al agua o al fuego, conforme a la ley.

-¡Pero yo ni he caído, ni caeré jamás al agua!- respondió Clovis Dardentor.

-Eso le puede a usted suceder como a cualquiera- dijo Juan Taconnat.

-Espero que no se me quemará mi casa...

-Su casa de usted corre el riesgo de quemarse como cualquiera otra; y si no en su casa, puede usted estar en un teatro..., en este mismo paquebote... Si se declarase un incendio a bordo...

-Sea, señores, el fuego o el agua. En cuanto a un combate, mucho me asombraría tener necesidad de que me socorriesen. ¡Poseo dos buenos brazos y dos excelentes piernas que no reclaman ayuda de nadie!

-¿Quién sabe?- respondió Juan Taconnat.

Llagase lo que llegase, Marcel Lornans, en el curso de la conversación, había establecido las disposiciones de la ley, tales como las presenta el título VIII del Código civil. De otras prescripciones no había hablado por ser inútil la cita. Por ejemplo: nada había dicho de la obligación de que el cónyuge del adoptante consienta en la adopción, puesto que Clovis Dardentor era soltero; ni nada tampoco del consentimiento de los padres del adoptado si éste no había cumplido su mayor edad.

Por lo demás, parecía difícil que Clovis Dardentor llegase a realizar su sueño y se crease una familia de hijos adoptivos. Sin duda podía elegir un adolescente y prodigarle sus cuidados durante seis años consecutivos, y darle con su nombre todos los derechos de un heredero legítimo. ¡Pero qué albur!... Y si no se decidía por esto, veríase comprendido en el tercer caso prescrito por el Código. Era menester que fuera salvado de un combate, de las olas o del fuego. ¿Había probabilidades de que ocurriese tal cosa tratándose de un hombre como Clovis Dardentor? El no lo creía ni nadie lo sospecharía.

Los comensales cambiaron algunas otras palabras, rociadas abundantemente con champagne. Dirigiéronse a nuestro héroe algunas bromas, que él reía el primero. Si no quería morir sin herederos, si renunciaba a dar al Estado el derecho de tal, fuerza era seguir la opinión de Juan Taconnat, consagrando su fortuna a alguna fundación de cari-

dad. Después de todo, libre era de dar su herencia al primero que se presentase. ¡Pero no... él tenía sus ideas!... Terminada aquella memorable comida, los comensales subieron a la toldilla.

Eran cerca de las siete, pues la comida había durado mucho. Hermosa tarde, que anunciaba una hermosa noche. Respirábase el aire puro del mar. La tierra, hundida por el crepúsculo, no aparecía más que como confusa masa en el horizonte de la parte Oeste.

Mientras hablaban, Clovis Dardentor y sus compañeros se paseaban por la cubierta entre el humo de exquisitos tabacos, de los que Dardentor había hecho buena provisión y ofrecía con encantadora liberalidad.

A las nueve se separaron, despidiéndose hasta el día siguiente.

Clovis Dardentor, después de acompañar al señor Desirandelle al camarote de su señora, se dirigió al suyo, en el que ni el ruido ni la agitación propia de un barco debían turbar su sueño.

Entonces Juan Taconnat dijo a su primo:

-Tengo una idea...

-¿Cuál?

-¡Si nos hiciéramos adoptar por ese buen hombre!

-¿Nosotros?

-¡Tú y yo... o bien, tú y yo!

-¡Tú estás loco, Juan!

-La noche es buena consejera, Marcel, y yo te diré mañana el consejo que me haya dado.

V

EN EL QUE PATRICIO SIGUE ENCONTRANDO QUE ALGUNAS VECES SU AMO ES POCO DISTINGUIDO.

Al día siguiente a las ocho, no había aun nadie sobre cubierta. El estado de la mar no era, sin embargo, tan malo que obligase a los pasajeros a permanecer en sus camarotes. Apenas si el suave oleaje del Mediterráneo imprimía un débil balanceo al *Argelés* a la apacible noche iba a suceder un espléndido día. Si, pues, los pasajeros no habían abandonado el lecho al amanecer, era porque la pereza les retenía en él; los unos bajo el imperio del sueño; los otros, ya despiertos, abandonándose al vaivén, como un niño en su cuna.

Claro es que nos referimos a esos seres privilegiados que jamás están enfermos en la mar, ni aun en mal tiempo, y no a los desventurados que lo están siempre, aun con tiempo apacible. Entre los últimos hay que colocar a los Desirandelle y a gran número de otros que no recobrarán su aplomo moral y físico hasta que el paquebote ancle en el puerto.

La atmósfera muy clara y muy pura, y templada por los rayos solares que reverberaban en la superficie de las aguas. El *Argelés* caminaba, con una velocidad de diez millas por hora, por el cabo SSE., en dirección al Archipiélago de las

Baleares. Algunos barcos pasaban al largo y a contrabordo, lanzando al viento el humo de sus chimeneas, o extendiendo su blanco velamen sobre el fondo algo brumoso del horizonte.

El capitán Bugarach iba y venía de un extremo del puente a otro por las necesidades del servicio.

En este momento Marcel Lornans y Juan Taconnat aparecieron a la entrada de la toldilla. El capitán se acercó a ellos y les estrechó las manos.

-¿Han pasado ustedes bien la noche, señores?

-Admirablemente, capitán- respondió Marcel Lornans-, y sería difícil imaginar otra mejor. No conozco cuarto de fonda que valga lo que un camarote del *Argelés.*

-Soy de la opinión de usted, señor Lornans- respondió el capitán Bugarach-, y no comprendo que se pueda vivir más que a bordo de un navío.

-Vaya usted a decir eso al señor Desirandelle- indicó el joven-, y a ver si participa del placer de usted.

-Ni ese señor ni los que se le parecen son capaces de apreciar el encanto de una travesía- exclamó el capitán.- Son como baúles en la cala. Esos pasajeros constituyen la vergüenza de los paquebotes. En fin... como pagan su pasaje...

-¡Claro!- respondió Marcel Lornans.

Juan Taconnat, tan locuaz por costumbre, tan expansivo, se había contentado con estrechar la mano del capitán, y

no había tomado parte en la conversación. Parecía preocupado.

Marcel Lornans preguntó al capitán:

-¿Cuándo estaremos a la vista de Mallorca?

-A eso de la una de la tarde. No tardaremos en ver las primeras alturas de las Baleares.

-¿Haremos escala en Palma?

-Hasta las ocho de la noche; el tiempo preciso para embarcar las mercancías con destino a Orán.

-¿Podremos visitar la isla?

-La isla, no; pero sí la ciudad de Palma, que vale la pena según se dice.

-¿Cómo según dice? ¿Es que usted no ha estado en Mallorca?

-Treinta o cuarenta veces.

-¿Y no la ha explorado usted?

-¿Y el tiempo, señor Lornans, y el tiempo? ¿Acaso le he tenido?

-Ni tiempo... ni gusto tal vez.

-Efectivamente, ni gusto... Me mareo en tierra.

Y el capitán Bugarach abandonó a su interlocutor para subir al puente.

Marcel Lornans se volvió a su primo y le dijo:

-Vamos, Juan; esta mañana estás mudo como un Harpócrates.

-Es que reflexiono, Marcel.

-¿En qué?

-En lo que te dije ayer.

-¿Qué me has dicho?

-Que teníamos una ocasión única para hacernos adoptar por ese ciudadano de Perpignan.

-¿Aun piensas en eso?

-Sí... y después de haber pensado toda la noche.

-¿Hablas en serio?

-Muy en serio... Él desea hijos adoptivos... Que nos tome... ¡No encontrará otros mejores!

-¡Eres tan modesto como fantaseador, Juan!

-Mira, Marcel; ser soldado es muy hermoso. Alistarse en los cazadores de África es muy honroso. Sin embargo, temo que el oficio de las armas no sea lo que era en otra época. Antes había una guerra cada tres o cuatro años. Significaba esto el ascenso seguro, grados, cruces... Pero la guerra, una guerra europea se entiende, se ha hecho casi imposible con el enorme contingente que representan millones de hombres a quienes armar, conducir, alimentar, etc. Nuestros oficiales no tienen más porvenir que retirarse capitanes, la mayor parte al menos. La carrera militar, aun con suerte, no dará ya lo que daba hace treinta años. Las grandes guerras han sido reemplazadas con las grandes maniobras. Desde el punto de vista social esto es un progreso, pero...

-Juan- dijo Marcel Lornans.- Era preciso haber pensado así antes de ponerse en camino para Argel.

-Entendámonos, Marcel. Yo estoy siempre dispuesto, como tú, a alistarme. Sin embargo, si la fortuna se decidiese a abrir sus manos a nuestro paso...

-¡Estás loco!

-¡Diablo!

-Tú ves ya en el señor Dardentor...

-¡Un padre!

-Olvidas, pues, que para adoptarte sería preciso que te hubiera prestado sus cuidados durante seis años de tu menor edad. ¿Lo ha hecho?

-No, que yo sepa, o, en todo caso-, yo no le he notado.

-Veo que recobras el juicio, querido Juan, puesto que te lamentas de ello.

-Me lamento y no me lamento.

-¿Acaso habrás salvado a ese hombre de las olas, de las llamas o en un combate?

-No..., pero le salvaré, o, mejor dicho, le salvaremos.

-¿Cómo?

-No lo sospecho.

-¿Será en la tierra, en la mar o en el espacio?

-Según como se presente la ocasión, y no es imposible que se presente.

-¿Cuando tú quieras hacerla nacer?

-¿Por qué no? Estamos a bordo del *Argelés,* y suponiendo que el señor Dardentor caiga al mar...

-No tendrás la intención de arrojarle...

-En fin..., admitamos que cae. Tú o yo nos precipitamos en su auxilio, como un heroico terranova; éste le salva, y el dicho terranova se convierte en un perro..., digo, en un hijo adoptivo.

-Habla por ti, que sabes nadar, Juan. Yo no sé; y si no tengo más que esa ocasión de hacerme adoptar por ese digno señor...

-Comprendido, Marcel... Yo opero en la mar y tú en la tierra... Pero convengamos en ello; si tú llegas a ser Marcel Dardentor, no sentiré envidia; y si soy yo quien obtiene ese nombre magnífico..., al menos que ambos...

-No quiero responderte, mi pobre Juan.

-Y yo te dispenso a condición que me dejes realizar mis planes...

-Lo que me inquieta es que tú hagas desfilar ese montón de locuras con una gravedad que no está en tus costumbres.

-Porque la cosa es muy grave. Por lo demás, tranquilízate; tomará el negocio por su lado alegre, y si no obtengo resultados, no me saltaré la tapa de los sesos.

-Pero ¿los tienes aun?

-Aun quedan algunos gramos.

-Te repito que estás loco.

-¡Diablo!...

Continuaron en esta conversación, a la que Marcel Lornans no quería dar importancia alguna, y mientras fumaban, recorrieron la toldilla de proa a popa.

Al aproximarse a la baranda del barco vieron al criado de Clovis Dardentor inmóvil junto a la chupeta de la máquina y vestido con su librea de viaje, de irreprochable corrección.

¿Qué hacía allí y qué esperaba, sin demostrar impaciencia alguna? Esperaba que su amo despertase. El criado del señor Dardentor era tan original como su amo. Pero entre ambos, ¡qué diferencia de temperamento y de carácter!

Patricio- aunque no fuese de origen irlandés, se llamaba así, y merecía el nombre que viene de los patricios, de la antigua Roma- era un hombre de unos cuarenta años. Sus maneras distinguidas contrastaban con las del de Perpignan, al que tenía a la vez la buena y mala suerte de servir. Las facciones de su rostro, siempre afeitado; su frente un poco inclinada hacia atrás; su mirada llena de cierto orgullo; su boca, cuyos labios medio cerrados dejaban ver hermosos dientes; su cabellera rubia, cuidadosamente peinada; su reposada voz, su noble aspecto, permitían colocarle en ese tipo, cuya cabeza, según los frenólogos, forma «un circuito alargado» Tenía el aire de un miembro de la Alta Cámara de Inglaterra. Desde hacía quince años ocupaba aquella plaza, que algunas veces tuvo deseos de dejar. A la inversa, Clovis Dardentor había tenido, no menos frecuentemente, la idea de ponerle en la calle; pero la verdad era que, no obstante la diferencia de su naturaleza, ninguno de ellos podía pasarse sin el otro. Lo que encadenaba a Patricio a su amo no eran los gajes, con ser éstos de importancia, sino la seguridad de

que Dardentor tenía en él una confianza absoluta, y en realidad merecida. Pero ¡qué herido en su amor propio se sentía Patricio viendo la familiaridad, la locuacidad, la exuberancia del meridional! A sus ojos, al señor Dardentor le faltaba distinción. No demostraba la dignidad que su situación social le imponía. El antiguo tonelero aparecía en su manera de saludar, de presentarse, de expresarse. Le faltaban buenas formas; y ¿cómo hubiera podido adquirirlas fabricando y rodando millares de toneles por sus almacenes? ¡No! No podía ser, y Patricio no se ocultaba para decirlo.

Algunas veces, Clovis Dardentor, que, como se habrá notado, tenía la manía de «hacer frases», aceptaba de buen talante las observaciones de su criado.

Reíase de ellas y se burlaba de aquel «mentor con librea», gozándose en excitarle con sus respuestas. Algunas veces también, en días de mal humor, se incomodaba; enviaba a paseo al maldito consejero, y le daba como tiempo para que se marchase la tradicional semana, cuyo fin no llegaba nunca.

En el fondo, si Patricio estaba disgustado por servir a un amo tan poco *gentleman*, Clovis Dardentor estaba orgulloso de tan distinguido criado.

El día de que se habla, Patricio no tenía grandes motivos de satisfacción. Sabía por el jefe del comedor que durante la comida de la víspera, el señor Clovis Dardentor se había abandonado a censurables intemperancias de lenguaje, que había hablado sin juicio, produciendo en los convidados una

pobre idea de un natural de los Pirineos orientales. No; Patricio no estaba contento, y no podía ocultarlo. Por esto desde muy temprano, antes de ser llamado, se había permitido golpear a la puerta del camarote núm. 13.

Al primer golpe, sin respuesta, sucedió un segundo más acentuado.

-¿ Quién es?- gruñó una voz somnolienta.

-Patricio.

-¡Voto al diablo!

Sin ir donde se le enviaba, Patricio se retiró en seguida, muy molestado por aquella respuesta poco parlamentaria, a la que, no obstante, debía de estar acostumbrado.

-¡Nada haré nunca de semejante hombre!- murmuró, obedeciendo.

Y siempre digno, siempre noble, siempre «lord inglés», volvió al puente, a fin de esperar pacientemente la aparición de su amo.

Duró la espera una hora larga, pues el señor Dardentor no sentía prisa por abandonar el lecho. Al fin oyóse el ruido de la puerta del camarote, y después se abrió la de la toldilla para dar paso al principal personaje de esta historia.

En aquel momento, Juan Taconnat y Marcel Lornans, que estaban apoyados en la barandilla, le vieron.

-¡Calle!... ¡Nuestro padre!- dijo el primero.

Al oír este prematuro calificativo, Marcel Lornans soltó la carcajada.

Entretanto, con paso mesurado, aspecto severo y rostro con expresión desaprobadora, Patricio, bastante mal dispuesto a recibir las órdenes de su amo, avanzó hacia éste.

-¡Ah!.. ¿Eres tú, Patricio?... ¿Has sido tú el que ha venido a despertarme en lo mejor de mi sueño?

-El señor convendrá que mi deber...

-Tu deber era esperar a que yo llamase.

-El señor se cree sin duda en Perpignan, en su casa de la plaza de la Loge.

-Yo me creo donde estoy- replicó el señor Dardentor-; y si hubiera tenido necesidad de ti, te hubiera mandado a buscar, especie de despertador mal montado...

El rostro de Patricio se contrajo ligeramente, y respondió con gravedad:

-Prefiero no oír al señor cuando el señor expresa su pensamiento en tales términos. Además, haré observar al señor que la gorra con que el señor se ha cubierto no me parece de lo más propio para un viajero de primera.

En efecto, la gorra que echada atrás llevaba Dardentor era poco elegante.

-¿De modo que no te gusta mi gorra?

-No más que la blusa que el señor se ha puesto, bajo pretexto de ser preciso tener el aire marino cuando, se navega.

-¡Verdaderamente!

-Si el señor me hubiera recibido, hubiera impedido al señor que se vistiera de ese modo.

- ¿Lo hubieras impedido, Patricio?

-Tengo la costumbre de no ocultar mi opinión al señor, aun cuando esto le contraríe, y es lo que hago en Perpignan en casa del señor, y es natural que lo haga a bordo de este paquebote.

-¿Cuándo concluirá usted, señor Patricio?

-Aunque esta fórmula sea de una perfecta cortesía, debo confesar que no he dicho todo lo que tengo que decir, y lo primero es que el señor debió ayer, durante la comida, observarse más que lo hizo.

-¿Observarme... sobre la comida?

-Y sobre las libaciones, que fueron más allá de lo justo. En fin, según lo que me ha referido el jefe del comedor, un hombre muy correcto...

-¿Y qué le ha contado a usted ese hombre tan correcto?- preguntó Clovis Dardentor, que ya no tuteaba a su criado, indicio de que su mal humor llegaba a lo último.

-Que el señor había hablado..., hablado, y de cosas que vale más callar, en mi opinión, cuando no se conoce a las personas delante de las que se habla. Esto es no solamente cuestión de prudencia, sino de dignidad...

-¡Señor Patricio!...

-¿Me llama el señor?...

-¿Ha ido usted donde le he enviado esta mañana cuando llamó a la puerta de mi camarote de manera tan intempestiva?

-No recuerdo.

-Yo le refrescaré la memoria. Le he enviado a usted al diablo, y con todos los miramientos debidos, me prometo enviarle a usted al diablo por segunda vez, y esté usted allí hasta que yo le llame.

Entornó Patricio los ojos y apretó los labios. Después se dirigió a proa en el momento en que el señor Desirandelle salía de la toldilla.

-¡Ah, excelente amigo!- exclamó Clovis Dardentor al verle.

El señor Desirandelle se había atrevido a salir al puente a fin de respirar un oxígeno más puro que el de los camarotes.

-Y bien- añadió Dardentor-, ¿cómo va desde ayer?

-Mal...

-¡Animo, amigo, ánimo! Tiene usted la cara más blanca que una sábana, los ojos vidriosos, los labios pálidos...; pero esto no es nada, y esta travesía se acabará...

-¡Mal, Dardentor!

-¡Qué pesimista está usted! Vamos: *sursum corda*, como se canta en las fiestas en que repican gordo.

¡Realmente, la cita era oportuna tratándose de un hombre mareado!

-Por lo demás- añadió Dardentor-, dentro de una hora podrá usted poner el pie en tierra firme. El *Argelés* anclará en Palma.

-¡Donde no permanecerá más que medio día!- suspiró el señor Desirandelle-, y llegada la noche será preciso volver a

embarcar en este abominable columpio ¡Ah! ¡Si no se tratase del porvenir de Agatocles!

-Claro es, Desirandelle, y eso merece esta ligera molestia. ¡Ah! Mi viejo amigo, me parece ver allá abajo aquella encantadora joven, con la lámpara en la mano, como Hero esperando a Leandro, a Agatocles quiero decir, en la ribera argelina. Y aun resulta mala la comparación, porque, según dice la leyenda, el desdichado Leandro se ahogó en el camino. ¿Almorzará usted hoy con nosotros?

-¡Oh, Dardentor! En el estado en que me encuentro...

-¡Es lástima, mucha! La comida de ayer ha sido muy alegre, y el *menu* de primera. ¡Los manjares eran dignos de los comensales! ¡El doctor Bruno es una excelente persona!... Y esos dos jóvenes, ¡qué simpáticos compañeros de viaje! ¡Y de qué manera se ha portado ese asombroso Agatocles! ¡Si no ha abierto la boca para hablar, por lo menos la ha abierto para comer!...¡Se ha llenado hasta la barba!

-¡Ha hecho bien!

-Ciertamente. ¡Ah! ¿No veremos esta mañana a la señora de Desirandelle?

-No lo creo...; ni esta mañana... ni más tarde...

-¿Cómo? ¿Ni en Palma?

-La es imposible levantarse.

-¡Querida señora! ¡Cómo la compadezco! ¡Y cómo la admiro! ¡Todo lo sufre por Agatocles! ¡Tiene verdadera-

mente entrañas de madre... y un corazón! Pero no hablemos ahora de su corazón... ¿Sube usted a la toldilla?

-No. No podría, señor Dardentor. ¡Prefiero permanecer en el salón! ¡Es más seguro! ¡Ah! ¡Cuándo se construirán barcos que no dancen, y por qué obstinarse en hacer navegar en tales máquinas!

-Es cierto, señor Desirandelle, que en tierra los barcos se burlarían del balanceo. Pero aun no estamos en esa época. ¡Ya llegaremos, ya llegaremos!

En espera de la realización de este progreso, el señor Desirandelle tuvo que resignarse a tenderse sobre uno de los canapés del salón, que no debía abandonar hasta la llegada a las Baleares.

Clovis Dardentor le estrechó la mano, y subió por la escalera de la toldilla con el aplomo de un viejo lobo de mar, la gorra echada atrás, el rostro alegre, y la blusa desplegada al viento como un pabellón.

Los dos primos se reunieron a él. Cambiáronse saludos de simpatía y preguntas sobre la salud recíproca. ¿Había Clovis Dardentor dormido bien después de las horas pasadas a la mesa? Perfectamente; con sueño no interrumpido y reparador: ¡lo que se llama tapiar los dos ojos!

¡Oh!. ¡Si Patricio hubiera oído tales palabras en boca de su amo!

Y aquellos señores, ¿habían descansado

-Como un par de leños- respondió Juan Taconnat, que deseaba mantenerse al diapasón de Clovis.

Por fortuna Patricio no estaba allí. Conversaba en elegante forma con su nuevo amigo, el jefe del comedor. Verdaderamente, no hubiera formado buena idea de aquel joven parisiense que se expresaba en tan vulgares términos.

Siguió la conversación en familiar abandono. El señor Clovis Dardentor se felicitaba por haber entablado relaciones con los dos jóvenes. Y para éstos, ¡qué fortuna haber conocido a un compañero de viaje tan simpático como Clovis Dardentor! ¿Se volverían a ver en Orán ¿Aquellos señores pensaban prolongar su estancia en aquel punto?

-Sin duda- respondió Marcel Lornans- pues nuestra intención es incorporarnos...

-¿Incorporarse al teatro?

-No, señor Dardentor, al 7º de cazadores de África.

-Hermoso regimiento, señores, y ustedes sabrán abrirse camino. De forma, ¿que es cosa resuelta?

- A menos- continuó Juan- que sobrevengan ciertas circunstancias.

-Señores- respondió Clovis Dardentor.- Tengo la seguridad de que honrarán ustedes la carrera a que se dediquen, cualquiera que esta sea.

¡Ah, si hubiera llegado esta frase a oídos de Patricio! Pero éste, en compañía del jefe del comedor, había bajado a la cocina, donde humeaba el café con leche en las vastas tazas de a bordo.

En fin, lo cierto era que los señores Clovis Dardentor, Juan Taconnat y Marcel Lornans habían tenido un gran pla-

cer al encontrarse, y esperaban que el desembarco en Orán no sería causa de una brusca separación, como frecuentemente sucede entre compañeros de viaje.

-Y- dijo Clovis Dardentor- si no tienen ustedes inconveniente, nos alojaremos en el mismo hotel.

-Ninguno- se apresuró a responder Juan Taconnat,- y eso presenta ventajas indiscutibles.

-Pues queda convenido.

Nuevo cambio de apretones de manos, en los que Juan Taconnat encontraba algo de paternal y filial.

-Si por feliz casualidad- pensaba- se declarase un incendio en el hotel, ¡qué ocasión para salvar de las llamas a este excelente hombre!

A las once fueron señalados los contornos lejanos del Archipiélago de las Baleares en el SE. Antes de las tres, el paquebote estaría a la vista de Mallorca. Sobre aquella mar favorable no sufriría retraso alguno, y llegaría a Palma con la exactitud de un expreso.

Los pasajeros que habían asistido a la comida de la víspera bajaron al comedor.

La primera persona a quien vieron fue al señor Eustache Oriental, siempre sentado a un extremo de la mesa.

¿Quién era aquel personaje tan obstinado, tan poco sociable, aquel cronómetro de carne y hueso, cuyas agujas no señalaban más hora que la de la comida?

-¿Es que ha pasado la noche en este sitio?- preguntó Marcel Lornans.

-Probablemente- respondió Juan Taconnat.

-Se le habrá olvidado destornillar su tuerca- añadió Clovis Dardentor.

El capitán Bugarach, que esperaba a sus pasajeros, les saludó afectuosamente, formulando la esperanza de que el almuerzo merecería todos sus elogios. Después el doctor Bruno saludó a todos. Tenía un hambre de lobo, de lobo marino, se entiende, tres veces al día. Se informó particularmente de la extravagante salud del señor Clovis Dardentor.

Clovis Dardentor gozaba de mejor salud que nunca, cosa que lamentaba por el doctor, del que sin duda no utilizaría los primeros preciosos servicios.

-Nada se puede asegurar en ese punto, señor Dardentor- respondió el doctor Bruno.- Muchos hombres tan sólidos como usted, después de resistir una travesía, han caído a la vista del puerto.

-Vamos, doctor. Eso es lo mismo que si aconsejara usted a un marsuino que tuviera cuidado con el mareo.

-He visto marsuinos que le padecían- respondió el doctor- cuando se les sacaba del agua a la punta de un arpón.

Agatocles ocupó su sitio de la víspera. Tres o cuatro pasajeros nuevos se sentaron a la mesa. ¿Hizo tal vez un gesto de desagrado el capitán Bugarach? Aquellos estómagos a dieta desde el día anterior debían de tener un hambre horrible. ¡Qué brecha en el *menu,* del almuerzo!

Durante éste, y a despecho de las observaciones de Patricio, el gasto de la conversación le hizo Dardentor. Pero esta vez habló menos de su pasado y más de su porvenir, y por porvenir entendía su estancia en Orán. Contaba con visitar toda la provincia, tal vez toda la Argelia, tal vez aventurarse hasta el Desierto. ¿Por qué no? A este fin preguntó sí había árabes en Argel.

-Algunos- respondió Marcel Lornans.- Se les conserva por el color local.

-Más de media docena- añadió Juan Taconnat-; y aún conservan la piel de carnero y argollas en las piernas.

-No se fíen ustedes, señores- creyó deber afirmar el capitán Bugarach.

Se comió bien, se bebió mejor. Los nuevos pasajeros se atracaron. Parecían toneles de las Danaides. ¡Ah! ¡Si el señor Desirandelle hubiera estado allí!... Pero más valía que no, pues varias veces los vasos chocaron contra los cubiertos y los platos se agitaron sobre la mesa.

Ya era el mediodía cuando, después de consumido el café y los licores, los pasajeros se levantaron, abandonando el comedor para refugiarse bajo el toldo de la cubierta.

Sólo el señor Oriental permaneció en su sitio, lo que hizo que el señor Clovis Dardentor preguntase quién era aquel pasajero tan puntual a la hora de las comidas y tan deseoso de no intimar con nadie.

-Lo ignoro- respondió el capitán Bugarach-; y no sé más que se llama el señor Eustache Oriental.

-¿Dónde va? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su profesión?

-Creo que no lo sabe nadie.

Patricio se acercaba para ofrecer sus servicios si eran necesarios. Como oyera la serie de preguntas hechas por su amo, creyó poder permitirse decir:

-Si el señor me autoriza para ello, yo puedo darle algunas noticias.

-¿Le conoces?

-No; pero he sabido por el jefe del comedor lo que éste ha sabido por el recadero del hotel en Cette.

-Di en tres palabras lo que sepas.

-Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar-respondió Patricio secamente.

El señor Eustache Oriental era, pues, un astrónomo. Esto explicaba el anteojo de larga vista que llevaba en banderola, y del que se servía para interrogar los diversos puntos de vista del horizonte o cuando se decidía a aparecer sobre cubierta. Parecía poco dispuesto a intimar con nadie.

-¡Su astronomía le absorbe!- se contentó con responder Clovis Dardentor.

A la una, Mallorca mostró las variadas ondulaciones de su litoral y las pintorescas alturas que la dominan.

El *Argelés* modificó su dirección a fin de rodear la isla, y con el abrigo de la tierra encontró la mar más en calma, lo que hizo que gran número de pasajeros abandonaran sus camarotes.

-El paquebote dobló en seguida el peligroso arrecife de la Dragonera, sobre que se yergue un faro, y entró en el estrecho paso de Friou, entre rocas abruptas. Después, dejando a babor el cabo Calanguera, el *Argelés* evolucionó a la entrada de la bahía de Palma, y fue a amarrar al muelle, donde se agolpaba una multitud de curiosos.

VI

EN EL QUE LOS MÚLTIPLES INCIDENTES DE ESTA HISTORIA CONTINÚAN EN LA CIUDAD DE PALMA.

Si hay un sitio que se pueda conocer a fondo sin haberle visitado jamás, es el magnífico archipiélago de las Baleares. Seguramente merece atraer a los turistas, que no sentirán haber pasado de una isla a la otra, aunque las azules olas del Mediterráneo estuvieran blancas de furor. Después de Mallorca, Menorca; después de Menorca, el salvaje islote de Cabrera, el islote de las Cabras. Y después de las Baleares, que forman el grupo principal, Ibiza, Formentera, Conigliera, con sus espesos bosques de pinos.

¡Sí! Si lo que se ha hecho para este oasis del Mediterráneo se hubiera hecho con cualquiera otro país de los dos continentes, sería inútil que uno abandonara su casa y se pusiera en viaje para ir a admirar con los propios ojos las maravillas naturales recomendadas a los viajeros. Bastaría encerrarse en una biblioteca, a condición de que esta biblioteca poseyera la obra de Su Alteza el Archiduque Luis Salvador de Austria sobre las Baleares, y leer un texto tan completo y tan preciso, mirando los grabados en colores, las vistas, los dibujos, los croquis, los planos, los mapas, que hacen de esta publicación una obra sin rival.

Es, en efecto, un trabajo incomparable por la belleza de la ejecución, por su valor geográfico, étnico, estadístico, artístico... Por desgracia esa obra maestra de librería no está en el comercio.

Así es que Clovis Dardentor no la conocía, ni Marcel Lornans, ni Juan Taconnat. Sin embargo, puesto que, gracias a la escala del *Argelés,* habían desembarcado en la principal isla del archipiélago, por lo menos iban a presentarse en su capital, penetrando en el corazón de aquella ciudad encantador, y fijar sus recuerdos en sus notas. Y probablemente después de saludar en el fondo del puerto el yate *Nixe* del Archiduque Luis Salvador, sentirían el deseo de fijar su residencia en la admirable isla.

Así que el paquebote amarró en el puerto artificial de Palma, gran número de pasajeros desembarcó. Los unos, aún conmovidos por la agitación de aquella travesía, tan tranquila no obstante- principalmente las señoras-, no veían allí más que la satisfacción de sentir bajo sus pies la tierra firme durante algunas horas. Los otros contaban aprovechar la escala visitando la capital de la isla y sus alrededores, si el tiempo lo permitía, desde las dos hasta las ocho de la noche, pues, el *Argelés* debía hacerse a la mar al caer la noche, y para comodidad de los excursionistas la comida se había retrasado hasta después de la marcha.

Entre los últimos no extrañará que se contasen el señor Clovis Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat. Desembarcaron igualmente el señor Eustache Oriental con su

anteojo, los señores Desirandelle, padre e hijo, dejando a la señora de Desirandelle en su camarote, donde dormía un sueño reparador.

-¡Buena idea, mi excelente amigo! dijo Clovis Dardentor al señor Desirandelle.- ¡Algunas horas en Palma sentarán bien a su máquina, algo estropeada! ¡Qué ocasión para desentumecernos, vagando por la ciudad *pedibus cumjambis*!... ¿Es usted de los nuestros?

- Gracias, Dardentor- respondió el señor Desirandelle, cuyo semblante comenzaba a recobrar el color.- Me sería imposible seguir a ustedes, y prefiero instalarme en un café, donde les esperaré.

Y esto fue lo que hizo, mientras Agatocles iba a gandulear por la izquierda y el señor Oriental por la derecha. No parecía que ni uno ni otro estuvieron poseídos de la manía del turismo.

Patricio, que había abandonado el paquebote siguiendo a su amo, se acercó a pedirle órdenes con voz grave:

-¿Acompaño al señor?

-Por de contado. ¡Es posible que encuentre algún objeto de mi gusto, un *bibelot* del país, y no tengo la intención de llevarle a cuestas!

Efectivamente; no hay turista que, vagando por las calles de Palma, no encuentre algún *bibelot* de origen mallorquín, uno de esos cacharros que sostienen la comparación con la porcelana de China, una de esas mayólicas, llamadas

así por el nombre de la isla muy afamada por esta fabricación.

-Si usted lo permite- dijo Juan Taconnat- pasearemos juntos.

-¡Cómo, señor Taconnat! Precisamente iba yo a suplicar a ustedes que aceptasen mi compañía durante este breve tiempo.

Patricio encontró la respuesta conveniente, y la aprobó con un ligero movimiento de cabeza. No dudaba que su amo ganaría mucho con el trato de los dos parisienses, que, en su opinión, debían de pertenecer a la más distinguida sociedad.

Mientras Clovis Dardentor y Juan Taconnat cambiaban aquellas palabras de cortesía, Marcel Lornans sonreía, adivinando el objeto que tenían por parte de su amigo.

-Pues bien... ¡sí!- le decía éste aparte.- ¿Por qué no ha de presentarse la ocasión que deseo?

-¡Sí... Sí! ¡La ocasión, Juan!... La famosa ocasión exigida por el Código..., el combate..., el fuego..., las olas...

- ¿Quién sabe?

No había que temer que durante el paseo por las calles de la ciudad el señor Dardentor fuese arrastrado por las olas, ni envuelto por las llamas, ni atacado por nadie; por desgracia para Juan Taconnat, no había ni animales feroces, ni malhechores de ninguna especie en las afortunadas islas Baleares.

Y como no había tiempo que perder, preciso era aprovechar las horas de escala del paquebote.

Al entrar el *Argelés* en la bahía de Palma, los pasajeros pudieron notar tres edificios que dominan pintorescamente las casas del puerto. Eran la catedral, un palacio que está al lado, y a la izquierda, cerca del muelle, una construcción de soberbio aspecto, cuyas torrecillas se reflejan en el agua. Destacábanse sobre el muro los campanarios de las iglesias y grandes aspas de molinos movidas por la brisa.

Lo mejor cuando no se conoce un país es consultar la Guía de los viajeros, y si no se tiene este librito, tomar un guía.

Esto último fue lo que hicieron el señor Dardentor y sus compañeros. Era el tal guía mozo de unos treinta años, de elevada estatura y rostro dulce. Una especie de capa obscura sujeta a la espalda, un pantalón bombacho y un sencillo pañuelo rojo a la cabeza constituían su traje.

Por algunos duros se convino entre Dardentor y el mallorquín en que recorrerían a pie la ciudad, y visitarían los principales edificios, completando la exploración con un paseo en Carruaje por los alrededores.

Lo que sedujo principalmente a Dardentor fue que el guía hablaba el francés de un modo inteligible, con el acento propio del Mediodía de Francia, que distingue a los naturales de los alrededores de Montpellier. Y como se sabe, entre Montpellier y Perpignan la distancia no es grande.

Tenemos, pues, a nuestros tres turistas en camino, escuchando las indicaciones de un guía- cicerone, que empleaba frases tan pomposas como descriptivas.

El archipiélago de las Baleares vale que se conozca su historia, tan magistralmente contada por la voz de sus monumentos y de sus leyendas.

Lo que se ve ahora, no indica nada de lo que fue en otra época. Muy floreciente hasta el siglo XVI, si no desde el punto de vista industrial, a lo menos desde el punto de vista comercial, su admirable situación, la facilidad de las comunicaciones marítimas con los tres grandes países de Europa, Francia, Italia y España, y su vecindad al litoral africano, le valieron ser un punto de escala para toda la marina mercante.

Bajo la dominación del rey Jaime I el Conquistador, de tan venerada memoria, llegó a su apogeo, merced al genio de sus audaces armadores, que contaban entre ellos los más distinguidos miembros de la nobleza mallorquina.

Hoy el comercio está reducido a la exportación de los productos del suelo: aceite, almendras, alcaparrones, limones, legumbres. Su industria se limita a la cría de puercos, que son expedidos a Barcelona. La cosecha de las naranjas, menos abundante de lo que se cree, no justifica el nombre de «Jardín de las Hespérides» que aún se atribuye a las islas Baleares.

Pero lo que este archipiélago no ha perdido, lo que no puede perder Mallorca, la isla más extensa del grupo, de

una superficie de tres mil cuatrocientos kilómetros cuadrados para una población que pasa de doscientos mil habitantes, es su clima encantador, de infinita dulzura; su atmósfera limpia, sana, vivificante; sus maravillas naturales; el esplendor de sus paisajes; el luminoso color de su cielo, que justifican otro de sus nombres mitológicos: el de la «Isla del buen genio»

Rodeando el puerto para dirigirse al monumento que atrajo desde luego la atención de los viajeros, el guía cumplió a conciencia su oficio de cicerone, un verdadero fonógrafo de rotación continua, que repetía por centésima vez las frases de su repertorio. Refirió que la fundación de Palma, un siglo antes de la era cristiana, databa de la época en que los romanos ocupaban la isla, después de habérsela disputado por largo tiempo a los habitantes, ya célebres por su habilidad en manejar la honda.

Clovis Dardentor admitió que el nombre de Baleares fuese debido a ese ejercicio en que tanta fama adquirió David, y hasta que el pan de cada día no se daba a los niños sino después de haber hecho blanco con su honda. Pero cuando el guía afirmó que las balas lanzadas por aquel primitivo aparato de proyección se fundían al atravesar el aire-tanta era su velocidad-, dirigió una mirada significativa a los dos jóvenes.

-¡Ah!... ¿Es que este insular se burla de nosotros?-murmuró.

-¡Oh! ¡En el Mediodía!... – añadió Marcel Lornans.

Sin embargo, aceptaron como auténtico este pasaje de historia: que el cartaginés Amílcar hizo escala en la isla de Mallorca, durante su travesía de África a Cataluña, y que allí vino al mundo su hijo, conocido generalmente con el nombre de Aníbal.

En cuanto a dar por cierto que la familia Bonaparte fue originaria de la isla de Mallorca, y que en ella residía desde el siglo XV, Clovis Dardentor lo rehusó obstinadamente. ¡Córcega, sí!... Las Baleares, jamás!

Palma fue el teatro de numerosos combates; primero, cuando se defendía contra los soldados del rey D. Jaime; después, cuando los campesinos propietarios se levantaron contra la nobleza, que les abrumaba con impuestos, y, en fin, cuando tuvo que resistir a los corsarios berberiscos. Pero aquellos tiempos habían pasado. La ciudad gozaba al presente de una calma que debía de quitar a Juan Taconnat toda esperanza de intervenir en una agresión dirigida contra su futuro padre adoptante.

El guía, remontándose a principios del siglo XV, refirió que el torrente de la Reina, en una crecida extraordinaria, había causado la muerte de mil seiscientas treinta y ocho personas. De aquí esta pregunta de Juan Taconnat.

-¿Dónde está ese torrente?

-Atraviesa la ciudad.

-¿Le encontraremos?

-Sin duda.

-Y..., ¿tiene mucha agua?

-No más que para ahogar un ratón.

-¡Eso no me sirve!- dijo el pobre joven al oído de su primo.

Mientras hablaban, los tres turistas tomaban una idea de la ciudad baja siguiendo los muelles, o más bien las terrazas que soportan la muralla a lo largo de la mar.

Algunas casas presentaban las fantásticas disposiciones de la arquitectura morisca, lo que depende de que los árabes han habitado la isla durante un período de cuatrocientos años. Las entreabiertas puertas dejaban ver corredores centrales, patios rodeados de ligeras columnas, el pozo tradicional con su elegante armadura de hierro, la escalera de caprichoso giro, el peristilo adornado de plantas trepadoras en plena floración, las ventanas con bastidores de piedra de una esbeltez incomparable, algunas con miradores a la española.

Clovis Dardentor y sus compañeros llegaron ante un edificio flanqueado por tres torres octogonales, que aportaba la nota gótica en medio de los primeros ensayos del Renacimiento.

-¿Qué construcción es ésta?- preguntó el señor Dardentor.

Según Patricio, pudo emplear una palabra más *fina*.

Era «la Fonda», la antigua Bolsa; un magnífico monumento de soberbias ventanas almenadas, cuya cornisa artísticamente cortada y finas molduras hacían honor a los adornistas de aquel tiempo.

-Entremos- dijo Marcel Lornans, al que le interesaban las curiosidades arqueológicas.

Entraron franqueando una arcada que un sólido pilar partía por medio. En el interior había un espacioso salón, capaz para contener mil personas, la bóveda del cual estaba sostenida por columnas en espiral. No faltaba allí más que el movimiento del comercio, el tumulto de los mercaderes que llenaban aquel sitio en épocas más prósperas.

Esto es lo que hizo observar Clovis Dardentor. Hubiera querido transportar aquel edificio a su ciudad natal, y él sólo le hubiera vuelto su animación de otra época.

No hay que decir que Patricio admiraba aquellas hermosas cosas con la flema de un viajero inglés, produciendo en el guía la impresión de un *gentleman* discreto y reservado.

A Juan Taconnat, la charla del cicerone no producía más que mediano interés, no porque el joven fuera insensible a los encantos del gran arte de la arquitectura, sino porque estaba bajo la obsesión de una idea fija, y se lamentaba de «no tener nada que hacer en aquel edificio».

Después de una breve visita, el guía les encaminó por la calle de la Reina. Había bastante gente. Los hombres tenían hermoso tipo, aspecto elegante. Vestían pantalón bombacho y chaqueta de piel de cabra sujeta a la cintura. Las mujeres eran muy hermosas, de subido color, ojos negros y profundos y rostro expansivo. Su traje se componía de falda de vivos colores, talle corto, corsé escotado. Llevaban los brazos desnudos; algunas jóvenes iban graciosamente cubiertas

con el «rebocillo», el que, a pesar de lo que tiene de monacal, no roba nada al encanto del rostro ni a la vivacidad de la mirada.

No había tiempo para entretenerse en cambiar cumplimientos y saludos, por más que sea muy dulce y agradable hablar con las jóvenes mallorquinas. Apresurando el paso, los turistas pasaron por la muralla del Palacio Real, vecina a la catedral, y que, vista desde cierta parte, desde la bahía, por ejemplo, parece confundirse con ella.

Es un vasto edificio con torres cuadradas, precedido de un pórtico, que tiene un ángulo de la época goda, por más que en su híbrida construcción muestre la mezcla del estilo romano y del morisco.

A algunos centenares de pasos, el grupo de los excursionistas llegó a una gran plaza de irregular dibujo, y en la que desembocan varias calles que conducen al interior de la ciudad.

-¿Qué plaza es ésta?- preguntó Marcel Lornans.

-La plaza de Isabel II- respondió el guía.

-¿Y esa ancha calle que tiene casas de tan hermosa apariencia?

-El paseo del Borne.

Era una calle de pintoresco aspecto, con casas de fachadas diversas, con ventanas llenas de verde, espaciosos balcones y miradores de vidrios coloreados, colocados junto a las murallas, y algunos árboles diseminados por todas partes. El paseo del Borne conduce a la plaza oblonga de la

Constitución, en la que se alza el edificio de la Hacienda pública.

-¿Subimos por el paseo del Borne?- preguntó Clovis Dardentor.

-Bajaremos por él a la vuelta- respondió el guía.- Es preferible ir a la catedral, que está cerca.

-¡Vaya por la catedral!- respondió Dardentor-, y no me disgustaría subir a una de sus torres, a fin de ver desde allí el conjunto de la ciudad.

-Mejor sería- dijo el guía- ir a visitar el castillo de Bellver, fuera de la ciudad, desde el cual se dominan los alrededores.

-¿Tendremos tiempo?- observó Marcel Lornans.- El *Argelés* parte a las ocho.

Juan Taconnat acababa de vislumbrar una esperanza. ¿Acaso una excursión por el campo ofrecería la ocasión que buscaba en vano en las calles de la ciudad?

-Tendrán ustedes tiempo, señores- respondió el guía.- El castillo de Bellver no está lejos, y ningún viajero se perdonaría abandonar a Palma sin verle.

-¿Y de qué modo iremos?

-Tomando un coche en la puerta de Jesús.

-Pues bien; a la catedral- dijo Marcel Lornans.- Volvió el guía a mano derecha, entró por una estrecha calle, la calle de la Seo, se dirigió hacia la plaza del mismo nombre, en la que se eleva la catedral, dominando con su fachada occidental la muralla por encima de la calle del Mirador.

El guía condujo primero a los turistas ante la portada de la Mar. Esta portada es de la admirable época de la arquitectura ojival, en la que la disposición resplandeciente de las ventanas y de los florones deja presentir la próxima fantasía del Renacimiento. Algunas estatuas pueblan sus urnas laterales, y su tímpano reproduce, entre las guirnaldas de piedra, escenas bíblicas finamente dibujadas, de inocente y sencilla composición.

Cuando se encuentra uno ante la puerta de un edificio, lo primero que se ocurre es que se penetra en el edificio por aquella puerta.

Clovis Dardentor se disponía, pues, a empujarla, cuando el guía le detuvo.

-Esa puerta está tapiada.

-¿Y por qué razón?

-Porque el viento de la mar entraba con tal violencia, que los fieles podían creerse ya en el valle de Josafat, bajo los golpes de la tempestad del juicio final.

Frase que el guía repetía invariablemente a todos los extranjeros, de la que estaba muy orgulloso, y que agradó a Patricio.

Rodeando el monumento, terminado en 1601, se puede admirar el exterior, sus dos flechas muy adornadas y sus múltiples pináculos. Esta catedral, en suma, rivaliza con las más renombradas de la Península ibérica.

Entraron por la puerta mayor, colocada en la fachada principal. Como todas las de España, esta iglesia es muy

sombría. Ni una silla en la nave ni en los lados. Aquí y allá algunos bancos de madera. Nada más que las frías losas sobre las que los fieles se arrodillan, lo que da un carácter particular a las ceremonias religiosas.

Clovis Dardentor y los dos jóvenes subieron la nave entre su doble hilera de pilares, cuyas aristas prismáticas van a unirse a la caída de la bóveda.

Así llegaron hasta el extremo. Detuviéronse ante la capilla real para admirar un retablo magnífico; penetraron en el coro, colocado en mitad del edificio. Les hubiere faltado el tiempo preciso para examinar detalladamente el rico tesoro de la catedral, sus maravillas artísticas, sus sagradas reliquias, veneradas con gran fe en Mallorca, particularmente el esqueleto del rey D. Jaime de Aragón, encerrado desde tres siglos en un sarcófago de mármol negro.

Tal vez durante aquella corta visita no tuvieron tiempo de rezar una oración.

En todo caso es seguro que, de rezar Juan Taconnat por Clovis Dardentor, no hubiera sido sino a condición de salvarle en este mundo, esperando otro.

-¿Dónde vamos ahora?- preguntó Marcel Lornans.

-Al Ayuntamiento- respondió el guía.

-¿Por qué calle?

-Por la calle del Palacio.

Desanduvo el grupo lo andado subiendo por la calle dicha, de unos trescientos metros de longitud, o sea mil seiscientos palmos, para contar a la mallorquina. La calle lleva

a una plaza menos espaciosa que la de Isabel II, y de no menos irregular dibujo. Nótese que en las Baleares no se encuentran ciudades tiradas a cordel como en América.

¿Valía la pena visitar el Ayuntamiento, o, por otro nombre, la Casa Consistorial? Seguramente, y ningún extranjero se va de Palma sin admirar este monumento de soberbia fachada, con dos puertas abiertas entre dos ventanas, que dan acceso (las puertas) al interior, donde está la tribuna. El primer piso consta de siete ventanas; caen sobre un balcón que ocupa todo el largo del edificio; el segundo piso está protegido por un tejado de chalet y, sus florones, que soportan cariátides de piedra. En una palabra, la Casa Consistorial es considerada como una obra maestra del Renacimiento italiano.

Allí está el salón adornado de pinturas que representan las notabilidades locales, sin hablar de un notable San Sebastián de Van Dyck; allí los maceros de rostro seco y larga hopalanda se pasean con aire grave y paso mesurado. Allí se toman las decisiones proclamadas en la ciudad por los soberbios tamborileros del Ayuntamiento, vestidos con trajes tradicionales, bordados de pasamanerías rojas, pues el oro está reservado a su jefe, el tamborilero mayor.

Clovis Dardentor hubiera sacrificado algunos duros por poder admirar en todo su esplendor a este personaje, del que hablaba el guía con vanidad realmente propia de las Baleares; pero dicho personaje no estaba visible.

Ya había transcurrido una hora de las seis que la escala había de durar, y era conveniente apresurarse si se quería visitar el castillo de Bellver. Así, pues, por un laberinto de calles y callejas, donde el mismo Dédalo hubiera perdido el hilo de Ariadna, el guía subió de la plaza de Cort a la del Mercado, y ciento cincuenta metros más allá los turistas desembocaron en la plaza del Teatro.

Clovis Dardentor pudo hacer entonces algunas compras, entre ellas una pareja de mayólicas a buen precio. Patricio recibió la orden de conducir aquellos objetos a bordo del paquebote, cuidando de ponerlos en buen lugar, en el camarote de su amo, y volvió a bajar hacia el puerto.

Más allá del teatro, los viajeros tomaron por una ancha calle, el paseo de la Rambla, cuya longitud es de tres mil metros, y que va a unirse con la plaza de Jesús. El paseo está bordeado de iglesias y de conventos, entre otros el de los religiosos de la Magdalena, frente al cuartel de Infantería.

En el fondo de la plaza de Jesús está la puerta del mismo nombre, abierta en la muralla, sobre la cual se tienden los hilos telegráficos.

Por todas partes vense casas coloreadas por los vanos de los balcones o por las verdes persianas de las ventanas. A la izquierda, algunos árboles alegran aquel lucido rincón de plaza llena del sol del Mediodía.

Al través de la gran puerta aparecía la verde planicie, atravesada por un camino que baja hacia el Terreno y conduce al castillo de Bellver.

VII

EN EL QUE CLOVIS DARDENTOR VUELVE DEL CASTILLO DE BELLVER MÁS DEPRISA DE LO QUE HA IDO.

Eran las cuatro y media. Quedaba, pues, tiempo bastante para prolongar la excursión hasta aquel castillo, cuya buena situación había alabado el guía, para visitar su interior, para subir a su alta torre, y tomar una vista del litoral que rodea la bahía de Palma.

En menos de cuarenta minutos, un carruaje con buenos caballos puede hacer el trayecto. Esto no es más que cuestión de duros, y será fácil resolverla a gusto de los excursionistas, a los que el capitán Bugarach no esperará si se retrasan. Clovis Dardentor sabe algo de esto.

Precisamente, en la puerta de Jesús había una media docena de galeras que no deseaban más que lanzarse al camino al galope de sus mulas. Tal es la costumbre de estos carruajes de construcción ligera, que ruedan bien y que en terreno llano como en pendientes, no conocen más marcha que el galope.

Llamó el guía a uno de los cocheros, cuya galera agradó a Dardentor. Con frecuencia él iba en coche por las calles de Perpignan, y a tener que desempeñar el oficio de cochero, no necesitaría de aprendizaje. Pero no era aquella oca-

sión para lucir sus talentos de *sportman*, y dejó al cochero el cuidado de conducirles.

El trayecto, pues, se efectuaría sin peligro, y Juan Taconnat vería huir sus esperanzas de «adopción traumática», como decía Marcel Lornans.

-¿De modo que esta galera les basta?- preguntó el guía.

-Sí- respondió Marcel Lornans-, y si el señor Dardentor quiere subir...

-Al momento, amigos míos... Usted primero, señor Marcel.

-No, usted...

-De ningún modo...

Deseando poner fin a aquel cambio de cumplimientos, Marcel Lornans se decidió.

-¿Y usted, señor Taconnat?- dijo Dardentor.- ¿Pero qué tiene usted? ¿Qué aire de preocupación? ¿Dónde está su buen humor habitual?

-¡Yo, señor Dardentor!... No tengo nada; se lo aseguro...

-¿Cree usted que puede ocurrirnos algún accidente en este coche?

-¡Un accidente, señor Dardentor!- respondió Juan Taconnat encogiéndose de hombros.- ¿Por qué ha de ocurrirnos? ¡Yo no creo en accidentes!

-Ni yo tampoco, y les aseguro a ustedes que nuestra galera no naufragará en el camino.

-Además- añadió Juan Taconnat,- si naufragase convendría que lo hiciese en un río, en un lago, en un estanque... en una cubeta. O no entraría en cuenta.

- ¿Cómo?- exclamó Dardentor lleno de asombro.

-Quiero decir- añadió el otro- que el texto del Código está bien claro. Es preciso... En fin, yo me entiendo.

Marcel Lornans reía al oír las confusas explicaciones de su primo, que buscaba una paternidad adoptiva.

-¡No entraría en cuenta! ¡No entraría en cuenta!- repitió Clovis Dardentor. Verdaderamente, no he oído nunca cosa semejante. Vamos... Andando...

Juan Taconnat tomó asiento junto a su primo. El señor Dardentor se sentó delante, al lado del cochero, y el guía, invitado a ir con ellos, se colocó en el estribo.

Franqueada la puerta de Jesús, los turistas distinguieron el castillo de Bellver sobre su verde colina.

No, era campo raso lo que la galera tenía que atravesar; debía seguir primero el Terreno, especie de arrabal de la capital de las Baleares, que con razón está considerado como estación balnearia en las cercanías de Palma, y cuyas quintas elegantes y lindas alquerías se extienden bajo la fresca sombra de los árboles, más particularmente de viejas higueras.

Este conjunto de casas blancas se halla colocado sobre una eminencia, cuya base rocosa está bordeada por las espumas de la resaca. Después de dejar atrás aquel gracioso Terreno, Clovis Dardentor y los dos parisienses pudieron, al

volverse, abrazar con la mirada la ciudad de Palma, su bahía azulada hasta el límite de la alta mar y los caprichosos dibujos de su litoral.

La galera caminó entonces por una calle ascendente, perdida bajo la profundidad de un bosque de pinos de Alep que rodea la ciudad y tapiza la colina coronada por los muros del castillo de Bellver.

Pero conforme se subía, el aspecto del sitio era más alegre... Las casas se esparcen bajo palmeras, naranjos, granados, higueras y olivos.

Clovis Dardentor, siempre expansivo, no economizaba sus frases de admiración, por más que estuviere acostumbrado a paisajes semejantes en el Mediodía de Francia. Verdad que, en lo que concierne a los olivos, nunca los había visto más gibosos, más llenos de nudosidades ni más gigantescos. Después, aquellas cabañas de paja de los campesinos, rodeadas de campos de legumbres, esparciéndose fuera de los chaparros de mirtos y de citisos, llenas de profusión de flores, entre otras esas «lágrimas» de nombre poético y triste... ¡Cómo regocijan los ojos con sus tejados con aleros cubiertos de racimos de rojos pimientos!

Hasta entonces, el viaje se había efectuado con toda comodidad. La galera no marchaba con ayuda de remos por el pérfido elemento. En aquel campo no era de temer ninguna agresión de bárbaros piratas. Había aquella navegado felizmente por un camino menos caprichoso que la mar, y

eran las cinco cuando llegó a buen puerto, o sea ante el puente del castillo de Bellver.

El castillo fue construido en aquel sitio para defender la bahía y la ciudad de Palma. Con sus fosos profundos, sus espesas murallas de piedra, la torre que le domina ofrece el aspecto militar común a las fortalezas de la Edad Media.

Cuatro torres flanquean su muralla circular, dentro de la cual se ven dos pisos de un doble estilo romano y gótico. Fuera de la muralla se yergue la torre del Homenaje, de feudal aspecto.

A la plataforma de ésta es donde iban a subir los tres turistas a fin de tomar una vista general del campo y de la ciudad, vista más completa que la que pudieran haber tomado desde una de las torres de la catedral.

La galera quedó ante el puente de piedra echado sobre el foso, y el cochero recibió la orden de aguardar a los excursionistas que, acompañados del guía, penetraron en el castillo.

La visita no podía ser larga. En realidad, más que de escudriñar los rincones de la antigua fortaleza, tratábase de pasear, una mirada por el lejano horizonte.

Así es que, después de lanzar una ojeada a los cuartos bajos al nivel del patio, Clovis Dardentor dijo:

-Y bien; ¿subimos a lo alto, amigos míos?

-Cuando usted quiera- respondió Marcel Lornans-; pero no nos retrasemos. ¡Fuera bueno que el señor Dardentor, después de haber faltado una vez a la partida del *Argelés*!...

-¿Faltara otra?- interrumpió Dardentor.- Esto sería más imperdonable, porque en Palma no encontraría una chalupa de vapor que me llevara a bordo del paquebote. ¡Y qué sería de ese pobre Desirandelle!

Dirigiéronse, pues, hacia la torre del Homenaje, que se eleva fuera de la muralla, y que dos puentes unen al castillo.

La torre, redonda y maciza, de un tono cálido de piedra cocida, tiene por base el fondo de un foso. En su parte SO. vese una puerta rojiza a la altura de aquel. Encima se abre una ventana con arco de bóveda, dominada por dos estrechas troneras, y después la repisa, que soporta el parapeto de la plataforma superior.

Siguiendo al guía, Clovis Dardentor y sus compañeros subieron por una escalera de caracol labrada en el interior del muro y débilmente iluminada por las troneras.

Después de una penosa ascensión, llegaron a la plataforma.

A decir verdad, no podía acusarse al guía de haber exagerado. Desde aquel punto la vista era magnífica. Al pie del castillo, la colina verde con su manto negro de pinos de Alepo. Más allá el encantador barrio de Terreno. Más abajo la azulada bahía, tachonada de puntitos blancos semejantes a pájaros de mar, y que son las velas de los barcos. Más lejos, y en forma de anfiteatro, la ciudad, su catedral, sus palacios, sus iglesias, resplandeciente conjunto bañado en aquella atmósfera luminosa, que el sol hiere con sus dorados rayos al declinar hacia el horizonte. En fin, a lo largo

resplandece la mar inmensa, y aquí y allá navíos desplegando sus blancas velas, los *steamer*, que barren el cielo con su larga cola fuliginosa. Nada de Menorca al E., nada de Ibiza al SO.; pero al Sur el abrupto islote de Cabrera, donde tantos soldados franceses perecieron miserablemente durante las guerras del primer Imperio.

Desde la torre del castillo de Bellver, la parte occidental de la isla da una idea de lo que es Mallorca, la única del archipiélago que posee verdaderas sierras plantadas de encinas y de lotos, sobre las que sobresalen agujas porfiríticas, dioríticas o calcáreas. La llanura está sembrada de tumescencias que llevan el nombre de «puys», lo mismo en las Baleares que en Francia, y no se encontrará una que no esté coronada por un castillo, por una iglesia o una ermita en ruinas. Añádase que por todas partes culebrean tumultuosos torrentes, que al decir del guía pasan de doscientos en la isla.

- ¡Doscientas ocasiones para que el señor Dardentor pudiera caer al agua! pensó Juan Taconnat- , ¡pero seguramente no caerá!

Lo que se veía de más moderno era el camino de hierro de la parte central de Mallorca. Va desde Palma a Alcudia, por los distritos de Santa María y de Binisalem, y se trata de extenderle al través de los valles de la montaña, que yergue su pico a más de mil metros de altura.

Siguiendo su costumbre, Clovis Dardentor se entusiasmaba al contemplar aquel maravilloso espectáculo. Marcel

Lornans y Juan Taconnat participaban de su justificada admiración. Realmente era una lástima que la visita al castillo de Bellver no pudiera prolongarse, que no fuera posible volver, y que la escala del *Argelés* fuera tan breve.

-¡Sí!- dijo Clovis Dardentor.- Sería preciso permanecer aquí semanas, meses.

-¡Ah!- respondió el guía, que sabía muchas anécdotas-; es precisamente lo que pasó a un compatriota de ustedes.

-¿Cómo se llamaba?- preguntó Marcel Lornans.

-Francisco Arago.

-Arago... Arago...- exclamó Clovis Dardentor-; una de las glorias de Francia.

Efectivamente, el ilustre astrónomo fue en 1808 a las Baleares con el objeto de completar la medida de un arco del Meridiano entre Dunkerque y Formentera. Sospechoso a la población mallorquina, amenazado de muerte, fue encerrado en el castillo de Bellver durante dos meses, y no se sabe lo que su prisión hubiera durado a no conseguir escapar por una de las ventanas del castillo, y fletar después un barco que le condujo a Argel.

-Arago- repetía Clovis Dardentor.- ¡Arago, el célebre hijo de Estagel, el glorioso hijo de mis Pirineos Orientales!

Entretanto apremiaba el tiempo, y era preciso abandonar la plataforma, desde la que se dominaba aquel país incomparable como desde la barquilla de un aerostato. Clovis Dardentor no acertaba a separarse de allí. Iba y venía de un lado a otro, inclinándose sobre el parapeto de la torre.

-¡Cuidado!- le gritó Juan Taconnat, sujetándole por la chaqueta.

-¿Cuidado?

-Sin duda..., por poco se cae usted... ¿A qué causarnos este susto?

Susto muy legítimo, pues si el digno hombre hubiese dado la vuelta por encima del parapeto, Juan Taconnat no hubiera podido más que asistir, sin poder darle socorro, a la caída de su padre adoptante en las profundidades del foso.

En suma; lo más lamentable era la falta de tiempo, que no permitía organizar la completa exploración de la admirable Mallorca.

No es bastante haber recorrido los diversos barrios de Palma, su capital; es preciso visitar las demás ciudades... ¿y cuáles más dignas de atraer a los turistas que Soller, Inca, Manacor, Valldemosa? ¡Y las grutas naturales de Artá y Drach, consideradas como las más bellas del mundo, con sus lagos legendarios, sus capillas de estalactitas, sus baños de aguas límpidas y frescas, su teatro, su infierno, denominaciones fantásticas si se quiere, pero que merecen las maravillas de aquellas inmensidades subterráneas!

¡Y que diremos de Miramar, el incomparable dominio del archiduque Luis Salvador; de los bosques milenarios, cuyos árboles ha respetado este príncipe sabio y artista; y de su castillo, edificado sobre un alto que domina el litoral; y de "hospedería", cuyos gastos paga S.A., abierta a todos los que pasan, que les ofrece lecho y comida durante dos

días gratuitamente, y hasta, los que en ello tienen empeño, procuran inútilmente agradecer por una gratificación a las gentes del Archiduque la acogida!

¿Y no es digna también de ser visitada la Cartuja de Valldemosa, desierta ahora, silenciosa, abandonada, y en la que Jorge Sand y Chopin han pasado una temporada, lo que nos ha valido bellísimas obras del gran artista, y del gran novelista la relación de *Un invierno en Mallorca* y la extraña novela *Spiridión?*

Esto es lo que con su inagotable verbosidad decía el guía, empleando frases estereotipadas desde mucho tiempo en su cerebro de cicerone. No hay, pues, que extrañarse que Clovis Dardentor manifestase el pesar que le causaba abandonar aquel oasis mediterráneo, prometiendo volver a las Baleares en compañía de sus dos jóvenes amigos, por poco lugar que ellos tuvieran para ello.

-Son las seis- advirtió Juan Taconnat.

-Y no podemos dilatar nuestra partida- añadió Marcel Lornans-. Tenemos aun que recorrer un barrio de Palma antes de ir a bordo.

-Partamos, pues- respondió Clovis Dardentor suspirando.

Arrojóse una última mirada a los múltiples paisajes de la costa occidental, a aquel sol cuyo disco se balanceaba sobre el horizonte y doraba con sus oblicuos rayos las blancas quintas de Terreno.

Clovis Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat descendieron por la escalera de caracol, franquearon el puente, entraron en el patio y salieron por la poterna.

La galera esperaba en el sitio que la dejaron. El cochero ganduleaba al borde del foso. Llamado por el guía, reunióse a los turistas con paso tranquilo e igual; el paso de los mortales privilegiados que por nada se apresuran en ese país dichoso, en el que la existencia no exige nunca apresuramiento.

El señor Dardentor montó el primero en el vehículo, antes que el cochero tomara asiento en el pescante.

Pero en el momento que Marcel Lornans y Juan Taconnat ponían el pie en el estribo, la galera se conmovió bruscamente, y los dos jóvenes se vieron en la precisión de retroceder rápidamente para evitar el choque del eje.

Lanzóse el cochero a la cabeza del tronco para sujetarle. ¡Imposible! Las mulas se encabritan y derriban al hombre, que por un milagro no es aplastado por las ruedas del coche, que arranca como una flecha.

Gritos simultáneos del cochero y del guía. Ambos se precipitan por el camino de Bellver, que la galera cruza a gran galope, con riesgo de hundirse en los precipicios laterales o de reventarse contra los árboles del sombrío bosque.

-¡Señor Dardentor! ¡Señor Dardentor!- exclamaba Marcel Lornans con toda la fuerza de sus pulmones- ¡Se va a matar! ¡Corramos, Juan, corramos!

-Sí- respondió Juan Taconnat-; y sobre todo, si esta ocasión debe de ser contada...

Fuese como fuese, en esta ocasión era preciso sujetar los caballos; es decir, las mulas. Pero, mulas o caballos, iban con tal rapidez que dejaban poca esperanza de detenerlos.

El cochero, el guía, los dos jóvenes y algunos campesinos que se les reunieron, se lanzaron tras el coche corriendo lo más que podían.

Entretanto, Clovis Dardentor, al que su sangre fría no abandonaba nunca, había cogido las riendas con vigorosa mano, y procuraba sujetar al tronco.

Era lo mismo que querer detener un proyectil en el momento en que escapa de la escopeta, y lo mismo para los que pasaban y lo procuraron.

El camino fue descendido locamente, y atravesado el torrente en la misma forma. Clovis Dardentor, siempre en posesión de sí mismo, habiendo conseguido mantener la galera en línea recta, pensaba que aquello acabaría ante la muralla, que el vehículo no franquearía por ninguna de sus puertas. No pensó en dejar las riendas y arrojarse del coche, por saber que en esto hay gran exposición y que vale más permanecer en el coche, aunque éste haya de volcar o estrellarse contra algún obstáculo.

¡Y aquellas malditas mulas sin cesar en su velocidad, con un arranque como no se había visto nunca en Mallorca ni en ninguna de las islas del Archipiélago!

Después de pasar por Terreno, la galera siguió la muralla por su parte exterior, haciendo ziszás terribles, saltando como una cabra, pasando ante las puertas de la muralla y llegando a la puerta Pintada, en el ángulo NE. de la ciudad.

Preciso es admitir que las mulas conocían particularmente esta puerta, pues la franquearon sin vacilar, y se puede tener por cierto que no obedecían ni a la mano ni a la voz de Clovis Dardentor. Ellas dirigían la galera a triple galope, sin cuidarse de los transeúntes que huían, arrojándose a las puertas y dispersándose por las calles vecinas. Las maliciosas bestias parecían decirse a la oreja: «Iremos así mientras nos plazca, y a menos que no naufrague... ¡bogue la galera!»

Y por el dédalo de aquel rincón de la ciudad, un verdadero laberinto, el alocado tronco se lanzó con ardor terrible.

Desde el interior de las casas y tiendas la gente gritaba. Cabezas asustadas aparecían en las ventanas. El barrio se agitaba como en otra época, algunos siglos antes, cuando escuchaba el grito de, «¡Los moros, los moros!» No se explica cómo no se produjo ningún accidente en las calles estrechas y tortuosas que terminan en la de los Capuchinos.

Clovis Dardentor procuraba hacer algo. A fin de moderar aquel galope insensato tiraba de las riendas a riesgo de romperlas o de dislocarse los brazos. En realidad, las riendas eran las que tiraban de él, amenazando sacarle del coche en condiciones difíciles.

-¡Ah! ¡Qué galope del infierno!- se decía.- No veo razón para que se detengan mientras tengan sus cuatro patas cada una. Y esto..., baja...

Bajaban, en efecto, y bajarían hasta el puerto, donde la galera tal vez se daría un chapuzón en las aguas de la bahía; lo que seguramente calmaría el ardor del tronco.

Tomó primero a la derecha, luego a la izquierda, desembocó en la plaza de Olivar, a la que dio la vuelta como los antiguos carros romanos en la pista del Coliseo aunque ahora no había ni enemigos a quien vencer, ni premio que ganar. En vano, en dicha plaza, tres o cuatro agentes de policía se arrojaron sobre las mulas, queriendo prevenir una catástrofe imposible de evitar. Su heroísmo fue inútil. El uno fue derribado y se levantó herido; los otros tuvieron que dejar escapar su presa. La galera siguió su vertiginosa carrera, como sometida a las leyes de la caída de los cuerpos.

Era de presumir que aquello terminara de desastrosa manera cuando entraron en la calle de Olivar, pues en la mitad de ésta, muy pendiente, hay una escalera de unos quince escalones, y ya se comprende que tal sitio no es muy propio para carruajes.

Entonces redoblaron los clamores, a los que se unieron los ladridos de los perros. Bah!... ¡Por violentos que éstos fuesen las mulas no se inquietaban por algunos escalones!... Y he allí a la carroza bajando por la escalera a riesgo de romperse en mil pedazos.

Pero no se rompió. Resistieron la caja y los ejes, y las manos de Clovis Dardentor no abandonaron las riendas durante aquel descenso extraordinario.

Tras la galera se amontonaba una multitud cada vez más numerosa, de la que Marcel Lornans, Juan Taconnat, el cicerone y el cochero no formaban parte todavía.

Después de la plaza del Olivar, la calle de San Miguel, a la que sucedió la plaza de Abastos, donde una de las mulas, después de caer, se levantó sana y salva; después la calle de la Platería, después la plaza de Santa Eulalia.

-Es evidente- se dijo Clovis Dardentor- que la galera irá así hasta que le falte el terreno, y si no es en la bahía de Palma, no veo donde puede suceder esto.

En la plaza de Santa Eulalia se elevaba la iglesia destinada a esta santa mártir, que es para los de las Baleares objeto de particular veneración. No mucho tiempo antes la dicha iglesia servía como lugar de asilo, y los malhechores que conseguían refugiarse en ella escapaban a las garras de la policía.

Esta vez no fue a un malhechor al que su buena suerte arrastró allí, sino a Clovis Dardentor, fijo en la banqueta del vehículo.

¡Sí! En aquel momento la magnífica puerta de Santa Eulalia estaba abierta de par en par. Los fieles llenaban la iglesia. Se celebraban los oficios de salud, que tocaban a su fin, y el oficiante, vuelto hacia la piadosa reunión, levantaba las manos para bendecirla.

¡Qué tumulto, qué agitación, que gritos de espanto cuando la galera botó y rebotó sobre las losas de la nave! Pero, también ¡qué prodigioso efecto cuando el tronco cayó al fin ante las gradas del altar, en el instante en que el sacerdote decía:

Et Spiritui Sancto!

- *¡Amén!*- respondió una voz sonora.

Era la voz de Clovis Dardentor, que acababa de recibir una bendición bien ganada.

Que vieran un milagro en este inesperado desenlace, no es de extrañar en un país tan profundamente religioso, y no seria asombroso que todos los años, el día 28 de Abril, se celebrase en la iglesia de Santa Eulalia la fiesta de *Santa Galera di Salute.*

Una hora después Marcel Lornans y Juan Taconnat se habían reunido con Clovis Dardentor en una fonda de la calle de Miramar, donde el último fue a descansar de tantas fatigas y emociones si se puede hablar de emociones tratándose de un carácter tan bien templado.

-¡Señor Dardentor!- exclamó Juan Taconnat.

-¡Ah, amigos míos!...- respondió el héroe del día.- ¡Buena carrera!

-¿Está usted sano y salvo?- preguntó Marcel Lornans.

-¡Completamente! ¡Y hasta me parece que nunca me he encontrado tan bien!... ¡A su salud, señores!

Y los dos jóvenes tuvieron que vaciar algunos vasos del excelente vino de Binisalem, cuya fama se extiende más allá del archipiélago de las Baleares.

Cuando Juan Taconnat pudo hablar aparte con su primo, le dijo:

-¡Una ocasión perdida!

-No, Juan, no...

-Sí, Marcel, pues no me harás creer que si yo hubiese salvado al señor Dardentor deteniendo su galera, aunque no le hubiese librado de las olas, ni de las llamas, ni en un combate...

- ¡Brava tesis para defenderla ante un tribunal civil!- se contentó con responder Marcel Lornans.

En fin, a las ocho de la noche todos los pasajeros del *Argelés* estaban a bordo. Esta vez no se retrasó ninguno, ni los señores Desirandelle, padre e hijo, ni el señor Eustache Oriental.

En lo que se refiere al astrónomo, ¿había pasado el tiempo en observar el sol en el horizonte de las Baleares? Nadie lo hubiera podido decir.

Llevaba diversos paquetes encerrando productos comestibles propios de estas islas, «ensaimadas», especie de pasteles de hojaldre, en los que la manteca está reemplazada por la grasa; y muy sabrosa, y una media docena de «tourds», pescado muy buscado por los pescadores del cabo Formentor, y que el jefe del comedor recibió el encargo de hacer preparar con particular cuidado para el astrónomo.

Realmente, el presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar se servía más de la boca que de los ojos, por lo menos desde que salió de Francia.

A las ocho y media largó sus amarras el *Argelés* y abandonó el puerto de Palma, sin que el capitán Bugarach hubiese concedido a sus pasajeros la noche completa en la ciudad mallorquina, razón por la que Clovis Dardentor no oyó la voz de los serenos, ni los cantos nocturnos, ni las habaneras y jotas nacionales, acompañadas de los melodiosos sonidos de la guitarra, que suenan hasta el amanecer en los patios de las casas de las Baleares.

VIII

EN EL QUE LA FAMILIA DESIRANDELLE SE REÚNE A LA FAMILIA ELISSANE.

- Hoy retrasaremos la hora de comer hasta las ocho- dijo la señora de Elissane,- Vendrán el señor Desirandelle con su señora y su hijo, y probablemente el señor Dardentor.

-Bien, señora- respondió la doncella.

-Nuestros amigos tendrán necesidad de reposo, Manuela, y temo que la pobre señora de Desirandelle haya sufrido mucho en tan penosa travesía. Cuide de que su habitación esté dispuesta, pues es posible que prefiera acostarse en seguida de llegar.

-Comprendido, señora.

-¿Dónde está mi hija?

-En la cocina, señora, preparando un plato de postre.

Manuela, al servicio de la señora de Elissane desde su instalación, era una de esas españolas entre las que se recluta principalmente el personal doméstico de las familias de Orán.

La señora de Elissane habitaba una casa bastante linda en la calle del Castillo Viejo, donde las casas han conservado una fisonomía mitad española, mitad morisca. Un jardincito mostraba sus dos canastillas de volúbilis; su césped, aun verde en principio de la estación cálida, y algunos ár-

boles, entre otros, el “buena sombra” de buen augurio, y de los que el paseo del Estanque posee tan hermosos ejemplares.

La casa, compuesta de dos pisos, era suficiente para que la familia Desirandelle encontrase en ella cómoda hospitalidad. Nada les faltaría durante su estancia en Orán.

Esta capital de la provincia es una hermosa ciudad. Está agradablemente situada entre los taludes de una quebrada, por cuyo fondo el Rehhi pasea sus aguas vivas que cubre en parte el malecón del bulevar Oudinot. Cortada por las fortificaciones del Castillo Nuevo, aparece como todas las ciudades, antigua por un lado, nueva por otro. La antigua, la vieja ciudad española con su Kasbah, sus casas altas, su puerto situado al Oeste, ha conservado antiguas fortificaciones. La nueva, al Este, con casas judías y moriscas, está defendida por una muralla que se extiende desde el castillo hasta el fuerte de San Andrés.

Esta ciudad, la Gouharan de los árabes que construyeron en el siglo X los moros de Andalucía, está dominada por una alta montaña, cuyo lado abrupto ocupa el fuerte La Moune. Cinco veces mayor que en la época de su fundación, su superficie es de unas setenta y dos hectáreas, y varias calles, fuera de los muros, se prolongan en una distancia de dos kilómetros hasta la mar. Continuando su paseo más allá de los fuertes, en dirección Norte y Este, un turista llegaría a los anexos de creación reciente, como los arrabales de Gambetta y de Noiseux- Eckmülh.

Difícilmente se encontraría una ciudad argelina donde la diversidad de tipos fuera objeto de más interesante estudio. Entre sus cuarenta y siete mil habitantes, hay diez y siete mil franceses y judíos naturalizados, diez y ocho mil extranjeros, la mayor parte españoles, o italianos, ingleses y anglo- malteses. Añadid unos cuatro mil árabes aglomerados en el Sur de la ciudad, en el barrio de los Djalis, llamado también el pueblo negro, de donde salen los barrenderos de la calle y los mozos de cuerda del puerto; dividid esa mezcla de razas en veintisiete mil fieles a la religión católica, siete mil adeptos a la israelita, un millar de creyentes de la religión musulmana, y tendréis desde este punto de vista la clasificación casi exacta de la híbrida población de Orán.

El clima es generalmente duro, seco, abrasador. El viento levanta turbiones de polvo. En lo que a la ciudad se refiere, el riego cotidiano, en manos de la municipalidad, debía ser más regular y más abundante que lo que es en manos del amo celeste.

Tal es la ciudad a la que el señor Elissane se había retirado después de haber sido comerciante en Perpignan durante quince años con bastante fortuna, pues adquirió unas doce mil libras de renta, las que no habían disminuido nada bajo la prudente administración de su viuda.

La señora de Elissane, de cuarenta y cuatro años de edad, no debió de haber sido nunca tan bonita como su hija, ni tan graciosa, ni tan encantadora. Mujer positivista hasta el extremo, pesaba sus palabras como su azúcar, y presen-

taba el conocido tipo de la administradora femenina, cifrando los sentimientos y llevando en vida, como llevaba, sus libros, con su *debe y haber,* como una cuenta corriente, con el perpetuo cuidado de que resultara saldo a su favor. Conocidos son esos rostros de curvas duras, frontal prominente, aguda mirada y boca severa; conjunto que en el sexo débil indica costumbre de concentración y de terquedad. La señora de Elissane había organizado su casa correctísimamente, sin gastos inútiles. Hacía economías, que colocaba en sitios seguros y fructuosos. Sin embargo, no reparaba en nada cuando se trataba de su hija, por la que sentía afecto sincero y profundo. Vestida casi de manera monacal, quería que Luisa fuese elegante, y nada descuidaba para conseguirlo. En el fondo, sus deseos tendían a la dicha de su hija, y no dudaba que esta dicha se asegurase, gracias a la proyectada unión con la familia Desirandelle. Las doce mil pesetas de renta que en su día tendría Agatocles, unidas a la fortuna que Luisa heredaría de su madre, es una base que gran número de personas encuentra lo bastante sólida para fundar sobre ella un tranquilo porvenir.

Luisa apenas se acordaba de cómo era Agatocles. Su madre la había educado en la idea de que algún día sería esposa del joven; esto le parecía natural, a condición de que su futuro la agradase... Y ¿porqué no había de tener lo que hace falta para agradar?

Después de dar sus últimas órdenes, la señora de Elissane pasó a la sala, donde su hija se reunió a ella.

-¿Tu postre está presto, hija mía?- preguntó la primera.

-Sí, madre.

-Es un fastidio que el paquebote llegue algo tarde, casi al caer la noche. Estate vestida para las seis. Ponte el vestido de cuadros y bajaremos al puerto, donde tal vez se habrá señalado al *Agatoclès.*

La señora de Elissane, equivocando el nombre, añadió un acento grave a la *è* que no debía tenerle.

-El *Argelés* querrás decir- respondió Luisa riendo.- Además, mi prometido no se llama Agatoclés, sino Agatocles.

-Bien... Bien- respondió la madre.

-*Argelés*... Agatocles... Esto no importa.

Puedes estar segura que él no equivocará tu nombre.

-¿Es seguro?- dijo la joven algo burlonamente.- El señor Agatocles no me conoce... y a mí, confieso que me pasa lo mismo.

-¡Oh!... Os dejaremos todo el tiempo necesario para que os conozcáis antes de decidir nada...

-¡Es muy justo!

-Además, tengo la certeza de que tú le gustarás, y hay motivos para pensar que él sabrá agradarte... ¡La señora Desirandelle le elogia tanto!... Y entonces fijaremos las condiciones del matrimonio.

-¿Y la cuenta quedará liquidada?

-Sí... En provecho tuyo, burlona.

¡Ah! No olvidemos que su amigo, el señor Clovis Dardentor, acompaña a los Desirandelle... Ya sabes quién. Ese rico de Perpignan, del que ellos están tan orgullosos, y que, a creerles, es el mejor hombre del mundo. Como los señores Desirandelle no tienen costumbre de viajar, ha querido dirigirles hasta Orán... Eso está muy bien de su parte, y le haremos buena acogida, Luisa.

-Todo lo buena que se merece, y hasta si tiene la idea de pedir mi mano... Pero no me olvido de que yo debo ser, que seré la señora de Agatocles... ¡Bonito nombre, aunque, propio de la antigüedad griega!...

-Vamos, Luisa... ¡Ten formalidad!

Formal lo era, y de humor alegre y encantador. Y esto no lo decimos porque siempre haya de ser así tratándose de la heroína de una novela.

No: ella lo era en realidad, en el florecimiento de sus veinte años; su naturaleza franca, su fisonomía viva y movible, sus ojos brillantes y azules, su cabellera rubia y abundante, su gracioso paso, suave como la seda, para emplear un epíteto que Pedro Loti- antes de ser académico- no tuvo reparo en aplicar al vuelo de la golondrina.

Estos ligeros rasgos bastan para pintar a Luisa Elissane, y el lector verá que presentaba gran contraste con el fardo que, unido a otros del *Argelés,* se le expedía desde Cette.

Llegada la hora, y después que la dueña de la casa dio el último vistazo a las habitaciones destinadas a la familia Desirandelle, la señora de Elissane llamó a su hija, y ambas se

dirigieron al puerto, deteniéndose en el jardín en forma de anfiteatro que domina la rada. Desde tal sitio, la vista se extiende hasta plena mar. El cielo estaba magnífico; el horizonte, de una pureza perfecta. Ya el sol declinaba hacia la punta de Mers- el- Kebir, ese *Portus divinus* de los antiguos, en el que los acorazados y cruceros pueden encontrar excelente abrigo contra las frecuentes borrascas del Oeste.

Hacia el Norte se destacaban algunas velas blancas, Lejanos penachos de humo indicaban la presencia de los *steamers* de las numerosas líneas del Mediterráneo que anclan en la tierra africana. Dos o tres de estos paquebotes iban sin duda con destino a Orán, y el uno de ellos se encontraba ya a distancia de tres millas. ¿Era el *Argelés* con tanta impaciencia esperado, ya que no por la hija, por la madre?

Porque, en fin, el caso era que Luisa no conocía a aquel joven que a cada vuelta de la hélice se acercaba a ella... y tal vez lo mejor hubiera sido que el *Argelés* diera contravapor... y volviera atrás.

-Van a dar las seis y media- dijo la señora de Elissane.- Bajemos.

-Te sigo, madre- respondió Luisa.

Y madre e hija descendieron por la larga calle que desemboca en el muelle hacia el dique en que los paquebotes anclan.

La señora de Elissane preguntó a uno de los oficiales del puerto si el *Argelés* había sido señalado.

-Sí, señora- respondió el oficial-, y entrará dentro de media hora.

La señora de Elissane y Luisa rodearon el puerto, cuyas alturas por la parte Norte ocultaban ahora la vista del mar. Veinte minutos después oyéronse prolongados silbidos. El paquebote doblaba la mole del extremo del muelle, de un kilómetro de extensión, que termina al pie del fuerte de La Moune, y después de algunas evoluciones fue a colocarse en su sitio, en la parte atrás del muelle.

Establecida la comunicación, la señora de Elissane y su hija subieron a bordo. Los brazos de la primera se abrieron para estrechar a la señora de Desirandelle, repuesta desde su entrada en el puerto, y después al señor Desirandelle y Agatocles, mientras Luisa se mantenía en una reserva que las jóvenes solteras comprenderán.

-Y bien... ¿y yo, querida y excelente señora? ¿Es que no nos hemos visto en otra época en Perpignan? Yo me acuerdo perfectamente de la señora de Elissane, y también de la señorita Luisa... algo más crecida ahora...; así..., ¿no habrá un beso, ni hasta dos, para este buen hombre de Dardentor?

Si Patricio había esperado que en la primera entrevista su amo demostrara la reserva de un hombre de mundo, ¡qué cruel decepción experimentaría ante aquella familiar entrada en escena! Retiróse, pues, severo, pero justo, en el momento en que los labios de Clovis Dardentor sonaban sobre las secas mejillas de la señora Elissane como un palillo sobre la piel de un tambor.

Claro es que Luisa no había evitado el abrazo del matrimonio Desirandelle.

Sin embargo, y por francote que fuera el señor Dardentor, no llegó a gratificar a la joven con besos paternales, que ella sin duda hubiera recibido graciosamente.

Respecto al joven Agatocles, después de avanzar hacia Luisa, la había honrado con un saludo mecánico, en que sólo tomó parte su cabeza, gracias al juego de los músculos del cuello, y después había retrocedido sin pronunciar una palabra.

La joven no pudo contener una mueca bastante desdeñosa, que Clovis Dardentor no notó, pero que no escapó ni a Marcel Lornans ni a Juan Taconnat.

-¡Ah!- dijo el primero,- no esperaba ver tan linda persona.

-Muy linda, en efecto- añadió el segundo.

-¿Y se casará con ese bobo?- dijo Marcel Lornans.

-¡Ella!...- exclamó Juan Taconnat.- Dios me perdone, pero para impedirlo me gustaría faltar al juramento que me he hecho de no casarme.

¡Sí! Juan Taconnat había hecho este juramento. Así lo decía al menos.

Después de todo, a su edad tal juramento vale lo que tantos otros que no se cumplen. Además, Marcel Lornans no había jurado nada semejante.

¿Qué importaba? Ambos habían ido a Orán con la intención de alistarse en el 7.º de cazadores África, y no para casarse con la señorita Luisa Elissane.

Digamos, para no volver sobre ello, que la travesía del *Argelés* entre Palma y Orán se había efectuado en buenas condiciones. Una mar de aceite, para emplear la frase vulgar, capaz de hacer pensar que todos los aceites de la Provenza estaban en su superficie; una brisa NE. que cogía al paquebote por babor, y había permitido que tuviera el apoyo de su trinquete, sus foques y su mesana.

De forma que desde la partida de Palma, la casi totalidad de los viajeros habíase sentado a la mesa, y la compañía marítima hubiera hecho mal en quejarse de este inusitado número de comensales.

Por lo que toca al señor Oriental, no hay que decir que los «tourds» condimentados a la moda napolitana le habían parecido deliciosos, y que se había regalado con ensaimadas con la sensualidad de un aficionado profesional.

Se comprenderá, pues, que todo el mundo llegase con buena salud a Orán, incluso la señora de Desirandelle, que tanto había sufrido hasta el archipiélago de las Baleares.

Aunque hubiese recobrado su aplomo físico y moral durante esta segunda parte del viaje, el señor Desirandelle no había trabado amistad con los dos parisienses. Estos jóvenes le producían indiferencia. Les consideraba muy inferiores a su hijo Agatocles, no obstante su talento, que le parecía de mal gusto. Dardentor era libre de encontrar

agradable su trato, distraída su conversación. En su opinión, esto terminaría al anclar el *Argelés.*

Se comprende que el señor Desirandelle no pensó en presentar a los dos primos, ni a la señora de Elissane ni a su hija. Pero Clovis Dardentor, con su franqueza y la costumbre de seguir su primer impulso, no dudó en hacerlo.

-El señor Marcel Lornans, y el señor Juan Taconnat; de París- dijo.- Dos jóvenes por los que siento vivísima simpatía, que ellos me pagan. Tengo la esperanza de que nuestra amistad durará más que ésta corta travesía.

¡Qué contraste había en nuestro héroe! He ahí sentimientos expresados en forma correcta. Era de lamentar que Patricio no estuviera allí para verle. Los dos jóvenes se inclinaron ante la señora de Elissane, que les devolvió un saludo discreto.

-Señora- dijo Marcel Lornans-, nos llena de alegría la atención del señor Dardentor. Le hemos podido apreciar en lo que vale. Creemos también en la duración de una amistad...

-Paternal de su parte y filial de la nuestra- añadió Juan Taconnat.

La señora de Desirandelle, disgustada por aquellos cumplimientos, miraba a su hijo, el que no había aún desplegado sus labios. La señora de Elissane, que hubiera podido manifestar a los dos parisienses el placer con que los recibiría durante su estancia en Orán, no lo hizo, lo que *in petto* le agradeció la madre de Agatocles. Con su instinto

maternal, las dos señoras pensaban que lo mejor, respecto a los dos extranjeros, era guardar una prudente reserva.

La señora de Elissane dijo al señor Dardentor que en su mesa estaba un cubierto preparado para él, y que sería un placer para ella que la acompañara a comer desde aquel primer día con la familia Desirandelle.

-El tiempo preciso para ir al hotel dijo Dardentor-, arreglarme un poco, cambiar mi blusa y gorra de marino por traje más propio, e iré a comer con ustedes, querida señora.

Convenido esto, Clovis Dardentor, Juan Taconnat y Marcel Lornans se despidieron del capitán Bugarach y del doctor Bruno. Si volvían a embarcar en el *Argelés,* sería para ellos una satisfacción encontrar allí al amable doctor y al atento capitán. Respondieron éstos que pocas veces habían encontrado pasajeros más agradables, y separáronse muy satisfechos unos de otros.

El señor Oriental había ya puesto el pie en el suelo africano, con su anteojo, encerrado en un estuche de cuero, a la espalda, su saco de viaje en la mano, y seguía a un mozo que le llevaba una pesada maleta. Como siempre, se había mantenido alejado de los pasajeros; nadie se molestó en saludarle a su partida.

Clovis Dardentor y los parisienses desembarcaron, dejando a la familia Desirandelle ocupada en el transporte de su equipaje a la calle del Castillo Viejo. Después, subiendo en el mismo carruaje, cargado con sus maletas, se dirigieron hacia un excelente hotel de la plaza de la República, que el

doctor Bruno les había recomendado. Se puso a disposición de Dardentor una sala en el primer piso, una alcoba y un gabinete para Patricio. Marcel Lornans y Juan Taconnat ocuparon dos cuartos en el piso segundo, con ventanas a la plaza.

Se encontraron con que el señor Oriental había igualmente escogido aquel hotel. Cuando sus compañeros de viaje llegaron le vieron instalado en el comedor, pensando en el *menu* de la comida que iba a hacerse servir.

-¡Singular astrónomo!- dijo Juan Taconnat.- Lo que me asombra es que no pida para su comida una tortilla a las estrellas o un pato a los planetas menores.

Media, hora después Clovis Dardentor abandonaba su cuarto, con un tocado cuyos menores detalles habían sido vigilados por Patricio.

Cuando a la puerta se encontró con los dos primos, les dijo:

-Y bien, mis jóvenes amigos... Ya estamos en Orán.

-Ya estamos- respondió Juan Taconnat.

-Espero- que no pensarán ustedes en alistarse desde hoy al 7.º de cazadores.

-Señor Dardentor, no tardaremos mucho- respondió Marcel Lornans.

-¿Están ustedes, pues, dispuestos a ponerse la chaqueta azul, el pantalón rojo y el casquete de ordenanza?

-Cuando se ha decidido una cosa.

-¡Bien, bien! Esperen ustedes al menos a que hayamos visitado juntos la ciudad y sus alrededores... Hasta mañana.

-Hasta mañana- dijo Juan Taconnat.

Y Clovis Dardentor se hizo conducir por el camino más corto a casa de la señora de Elissane.

-¡Sí!... como dice ese simpático hombre. ¡Ya estamos en Orán!- repitió Marcel Lornans.

-Y lo que importa cuando se llega a un sitio, es saber lo que se va a hacer- añadió Juan Taconnat.

-Creo que esa cuestión está resuelta desde hace tiempo. Firmar nuestro alistamiento.

-Sin duda, Marcel, pero...

-¿Cómo? ¿Acaso piensas aún en el artículo 345 del Código civil?

-¿Qué artículo?

-El que trata de los requisitos de la adopción.

-Si trata de ella el artículo 345, en él pienso. La ocasión que no se ha presentado en Palma, puede presentarse en Orán.

-Con una probabilidad menos- dijo Marcel riendo.- No tienes olas a tu disposición, y quedas reducido a los combates o a las llamas, mi pobre Juan. Pero...si esta noche hubiera fuego en la fonda, te advierto que procuraría salvarte primero, y salvarme en seguida.

-Así se porta un amigo verdadero, Marcel.

-Respecto al señor Dardentor, me parece hombre capaz de salvarse por sí solo. Posee una sangre fría de primera... Algo de eso sabemos.

-Conformes, Marcel, y lo ha probado cuando ha entrado en Santa Eulalia a recibir la bendición. Sin embargo, si no sospechase el peligro, si fuera sorprendido por un incendio..., si no pudiera ser socorrido...

-¿De modo que no abandonas, tu idea de que Dardentor pueda llegar a ser nuestro padre adoptante?

-¡Perfectamente... nuestro padre adoptante!

-¿No renuncias a ello?

-¡Jamás!

-Entonces no te dirigiré más burlas en lo que a ese punto se refiere; pero con una condición.

-¿Cuál?

-Que vas a dejar tu aspecto sombrío y preocupado, y a recobrar tu buen humor de siempre, tomando a risa lo que sucede.

-Convenido, Marcel: a risa si consigo salvar al señor Dardentor de alguno de los peligros previstos por el Código; a risa en caso contrario; a risa si obtengo buen éxito como si no lo obtengo..., riendo siempre y de todo.

-¡Gracias a Dios que recobras tu buen humor! Respecto a nuestro alistamiento...

-No corre prisa, Marcel, y antes de que nos presentemos en el despacho del subintendente pido una prórroga.

-¿Cuál?

-Quince días, ¡qué diablo! Cuando va uno a esclavizarse por toda la vida, bien se pueden pedir quince días de libertad.

-Concedida la quincena; y si hasta entonces no te has procurado un padre en la persona del señor Dardentor...

-Yo ó tú, Marcel.

-O yo...; bueno, iremos a cubrirnos con el casquete de forma de bellota.

-Convenido.

-¿Pero estarás alegre, Juan?

-¡Alegre como una gaita!

IX

EN EL QUE EL PLAZO TRANSCURRE SIN RESULTADO NI PARA MARCEL LORNANS NI PARA JUAN TACONNAT.

No está un gallo más alegre a las primeras horas de la mañana que Juan Taconnat al saltar de su lecho, despertando a Marcel Lornans con sus trinos matinales. Tenía ante sí quince días para transformar en su padre adoptante a aquel hombre bimillonario.

Clovis Dardentor no abandonaría a Orán antes de la celebración del matrimonio de Agatocles Desirandelle con Luisa Elissane. ¿Acaso no serviría de testigo al hijo de sus antiguos amigos de Perpignan? Por lo menos transcurrirían cuatro o cinco semanas hasta que la ceremonia nupcial se efectuase. Pero, a decir verdad, ¿se celebraría?

Aquel sí y aquel pero revoloteaban en el cerebro de Marcel Lornans. Parecíale a éste inverosímil que el insípido mozuelo llegase a ser marido de aquella adorable joven, pues por poco tiempo que la hubiere visto a bordo del *Argelés*, creía que era faltar a sus deberes no adorarla. Se explica que el señor y la señora de Desirandelle viesen en su Agatocles un esposo conveniente para Luisa. Un padre y una madre están dotados de un «golpe de vista especial», como diría el señor Dardentor, en lo que a sus hijos se re-

fiere. Pero era inadmisible que el señor Dardentor no se diera cuenta, más tarde o más temprano, de la nulidad de Agatocles, y que no reconociera que dos seres tan diferentes no habían nacido el uno para el otro.

A las ocho y media el señor Dardentor y los parisienses se encontraron en el comedor para desayunarse. El primero estaba de buen humor. La víspera había comido bien y dormido perfectamente por la noche. Con un magnífico estómago, un excelente sueño y una conciencia tranquila, se puede estar bien seguro del día de mañana... ¿Cuándo, si no?

-Jóvenes- dijo el señor Dardentor mojando su bollo en una taza de excelente chocolate-, desde ayer por la tarde no nos hemos visto, y la separación me ha parecido muy larga.

-Usted se nos ha aparecido en sueños, señor Dardentor, con la cabeza rodeada de un nimbo- respondió Juan Taconnat.

-¡Cómo un santo! ¿Y cuál?

-Algo como el patrón de los Pirineos Orientales.

-Vamos, señor don Juan, ¿ha recobrado usted su alegría de costumbre?

-Como usted lo dice- afirmó Marcel Lornans-; pero está expuesto a volverla a perder.

-¿Por qué causa?

-Porque va a ser preciso que nos separemos de nuevo, señor Dardentor.

-¡Cómo! ¡Separarnos!- Sin duda, puesto que la familia Desirandelle le reclamará a usted.

-¡Poco a poco! ¡Yo no consiento que se me monopolice de ese modo! ¡Que de cuando en cuando acepte un rato de conversación en casa de la señora de Elissane, sea! ¡Pero que se me sujete allí para siempre, eso no! La mañana y la tarde me las reservo, y confío en que las emplearemos recorriendo juntos la ciudad y sus alrededores.

-Con mucho gusto, señor Dardentor- exclamó Juan Taconnat.- No quisiera separarme de usted ni un paso.

-¡Ni un paso!- respondió Clovis-. Me agrada la juventud, y me parece que me quito la mitad de los años de encima cuando estoy con amigos que tienen la mitad de mi edad. Y bien contado, yo podría ser padre de ustedes.

-¡Ah, señor Dardentor!- exclamó Juan Taconnat sin poderse contener.

-¡Permanezcamos, pues, juntos, jóvenes! Ya es bastante conque tengamos que separarnos cuando yo salga de Orán para ir... a fe mía que no sé dónde.

-¿Después del casamiento?- preguntó Marcel Lornans

-¿Qué casamiento?

-El de Agatocles.

-Es verdad; ya no me acordaba. ¡Ah, qué joven más hermosa es la señorita Luisa Elissane!

-Tal la hemos encontrado desde que fue a bordo del *Argelés*- añadió Marcel Lornans.

-También yo, amigos míos. Pero desde que la he visto en casa de su madre tan graciosa, tan atenta, tan... en fin, ¡que ha ganado un ciento por ciento para mí! Verdaderamente, ese mentecato no tiene motivos para quejarse.

-Si él agrada a la señorita Elissane-, insinuó Marcel Lornans.

-Sin duda... Ambos se han conocido desde la infancia.

-¡Y aun desde antes!- dijo Juan Taconnat.

-Agatocles es un buen muchacho, aunque algo... algo...

-Algo mucho- dijo Marcel Lornans.

-Y hasta más de mucho- añadió Juan Taconnat.

Y murmuró aparte:

-¡No es el que conviene a la señorita Elissane!

No creyó que era el momento oportuno para afirmar esta opinión ante el señor Dardentor, que continuó la frase comenzada.

Si..., algo..., convengo en ello. Pero se despabilará como una marmota después del invierno.

-¡Y no quedará menos marmota!- no pudo menos de decir Marcel Lornans.

-¡Un poco de indulgencia, jóvenes, un poco de indulgencia!- exclamó el señor Dardentor.- Si Agatocles viviese solamente con parisienses como ustedes, estaría domesticado antes de dos meses; ustedes debían darle lecciones.

-¡Lecciones de talento a cien sueldos!- exclamó Juan Taconnat.- Esto sería robarle el dinero.

El señor Dardentor no se dio por vencido. Aunque el heredero de los Desirandelle fuese más pesado que el plomo, añadió:

-Basta, señores, basta. Olvidan ustedes que el amor es huésped de los espíritus más ineducados, y hasta de los animales, y él llenará el de joven...

-¡*Gagatocles*!- acabó Juan Taconnat.

Al oír este chiste el señor Dardentor, no pudo menos de soltar la carcajada.

Marcel Lornans volvió a hablar de la señorita Elissane. Preguntó la clase de vida, que llevaba en Orán. ¿Qué tal, había el señor Dardentor encontrado su casa?

-Una lindísima casa alegrada por la presencia de un pájaro encantador. Ustedes lo verán.

- Si no es una indiscreción- observó Marcel Lornans.

-Si yo les presento a ustedes, no. Pero hoy no puede ser. Preciso es dejar que Agatocles tantee el terreno. Mañana veremos. Ahora no nos ocupemos más que de nuestras expediciones; la ciudad, su puerto, sus monumentos.

-¿Y nuestro alistamiento?- dijo Marcel Lornans.

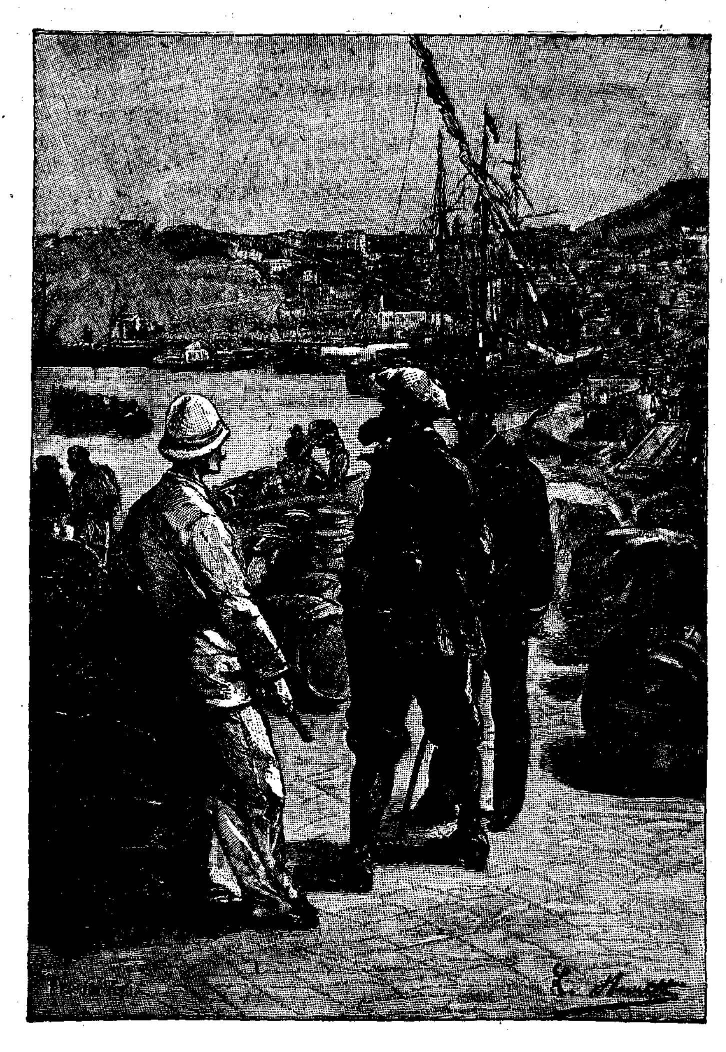
-No corre prisa. No ha de ser hoy, ni mañana, ni pasado... Al menos esperen a la boda.

-Esto podría tal vez significar que esperáramos hasta la edad de la reserva.

-¡No, no tanto! ¡Qué montón de frases que hubieran hecho torcer el gesto al ceremonioso Patricio!

-Así, pues- exclamó Clovis Dardentor-, no se hable más de alistamiento por ahora.

-Seguramente- dijo Juan Taconnat.- Nos hemos dado un plazo de quince días. Si hasta entonces no ha cambiado nuestra situación, si nuevos intereses...



-¡Bien, amigos míos, no discutamos!- exclamó Clovis Dardentor.- Se han dado ustedes un plazo de quince días. Yo los tomo y los doy por recibidos; durante este tiempo me pertenecen ustedes. Realmente, yo no me he embarcado

en el *Argelés* sino porque sabía que había de encontrarles a ustedes a bordo.

-¡Y a pesar de eso ha faltado usted en el momento de la partida, señor Dardentor!- respondió Juan Taconnat.

En el colmo del buen humor, Dardentor se levantó de la mesa y pasó al salón donde estaba Patricio.

-¿Tiene el señor algo que mandarme?

-¡Órdenes!... ¡Órdenes!... Te doy licencia durante todo el día. ¡Métete esto en la cabeza y no vuelvas hasta las diez!

Mohín desdeñoso de Patricio, que no agradeció a su amo licencia dada en tan vulgares términos.

-¿De forma que el señor no desea que le acompañe?

-Lo que deseo, Patricio, es perderte de vista... ¡Conque vuelve tus talones!

-El señor me permitirá hacerle una advertencia.

-Sí... Con tal de que desaparezcas en cuanto me la hagas.

-Pues bien: el consejo se reduce a que el señor no suba a un coche antes de que el cochero esté en el pescante. Esto podría acabar, no en una bendición, sino en un vuelco.

-¡Anda al diablo!

Y Clovis Dardentor bajó la escalera de la fonda entre los dos parisienses.

-¡Tiene usted un buen tipo de criado!- dijo Marcel Lornans.- ¡Qué correcto! ¡Qué distinguido!

-Y ¡qué afectado en sus maneras! Pero es un mozo honrado, que se arrojaría al fuego por salvarme.

-¡No sería él solo, señor Dardentor! exclamó Juan Taconnat, que, llegado el caso, hubiera procurado disputar a Patricio el papel de salvador.

Aquella mañana, Clovis Dardentor y los dos primos vagaron por los muelles de la ciudad baja. El puerto de Orán ha sido construido sobre el mar. Un largo muelle le cubre, y está dividido en ensenadas. El total comprende una superficie de veinticuatro hectáreas.

Si los dos jóvenes no se entusiasmaron con el movimiento comercial que da a Orán el primer puesto entre las ciudades argelinas, el antiguo industrial de Perpignan, manifestó un vivísimo interés. El cargamento de las *alfas,* que son objeto de una explotación considerable, y que suministran en abundancia los vastos territorios del Sur de la provincia; la expedición de las bestias, de los cereales, del azúcar; el embarco de los minerales extraídos de la región montañosa; todo esto era para agradar al señor Dardentor.

Aseguro a ustedes que pasaría muchos días entre el tumulto de estos negocios. Me encuentro aquí como me encontraba en otra época en mis almacenes repletos de mercancías. No es posible que Orán pueda ofrecer nada más curioso.

-Si no es sus monumentos, su catedral sus mezquitas- respondió Marcel Lornans.

-¡Bah!- dijo Juan Taconnat, queriendo lisonjear los intereses de su padre en perspectiva-, yo no estoy lejos de pensar como el señor Dardentor. Este movimiento es de los

más interesantes; esos navíos que entran y salen, esos camiones cargados de mercancías, esas legiones de mandaderos de tipo árabe... Ciertamente que en el interior de la ciudad hay edificios que ver, y nosotros los veremos... Pero este puerto, este mar, esa agua azulada donde se reflejan los mástiles...

Marcel Lornans le lanzó una mirada burlona.

-¡Bravo!- exclamó Clovis Dardentor... - ¡Cuando no hay agua en un paisaje, me parece que falta algo! En mi casa de la plaza de la Loge tengo varios cuadros de excelentes firmas, y siempre está el agua en primer lugar. Sin esto no los compraría.

-¡Lo entiende usted, señor Dardentor!- respondió Marcel Lornans-Así es que vamos a buscar esos sitios en que haya agua. ¿Prefiere usted que sea dulce?

-Poco importa eso, puesto que no se trata de beberla.

-¿Y a ti Juan?

-Tampoco... ¡Con tal que me sirviera para lo que deseo!- respondió Juan Taconnat, mirando a su amigo.

-Pues bien- añadió Marcel Lornans- encontraremos agua; además de que en el puerto, y después del Joanne, hay el torrente de Rehhi, cubierto en parte por el boulevard Oudinot.

Aquella mañana fue empleada en recorrer los muelles del puerto, después de cuya visita el señor Dardentor y los dos parisienses regresaron a la fonda para almorzar. Tras de dos horas dedicadas a la siesta y a la lectura de los periódi-

cos, Clovis Dardentor hizo el siguiente razonamiento, que comunicó a sus jóvenes amigos:

-Lo mejor sería dejar para mañana el paseo por el interior de la ciudad.

-Y ¿por qué?- preguntó Marcel Lornans.

-Porque tal vez los Desirandelle censurarían mi falta. Esta noche como en casa de la señora de Elissane. Desde mañana será otra cosa. Hasta la vista, pues.

Y Clovis Dardentor tomó el camino de la calle del Castillo Viejo.

-Cuando no estoy a su lado- dijo Juan Taconnat-, temo siempre que le suceda alguna desgracia.

-¡Buen corazón!- respondió Marcel Lornans.

Inútil sería insistir en que el señor Dardentor fue recibido con placer vivísimo en casa de la señora de Elissane, y que Luisa, que simpatizaba instintivamente con el excelente hombre, le demostró gran amistad. En cuanto al hijo de los Desirandelle, no estaba allí, pues prefería vagar por fuera, y no aparecía más que a las horas de las comidas. Tomó asiento en la mesa a la derecha de Luisa, pero apenas si la dirigió la palabra. Realmente, el señor Dardentor, sentado junto a ella, no era hombre que dejase languidecer la conversación. Habló de todo: de su departamento, de su ciudad natal, de su viaje a bordo del *Argelés*, de sus aventuras en Palma, de su galera arrastrada por los caballos desbocados, de su soberbia entrada en la iglesia de Santa Eulalia, de sus jóvenes amigos de veinte años, por más que sólo los cono-

ciera de tres días, con lo que se veía en la necesidad de fechar aquella amistad en el año siguiente al del nacimiento de los dos primos.

El resultado fue que Luisa Elissane sintió un secreto deseo de que su madre admitiese en su casa a los dos parisienses, y no pudo contener un gesto de aprobación cuando el señor Dardentor propuso presentarles.

-Se los presentaré a usted, señora de Elissane- dijo-, se los presentaré a usted mañana. Son jóvenes muy apreciables, y no sentirá usted haberlos recibido.

Tal vez la señora de Desirandelle encontró aquella proposición, por lo menos inoportuna. No obstante, la señora de Elissane creyóse en el deber de acceder No tenía nada que rehusar al señor Dardentor.

-¡Nada que rehusarme!- exclamó éste.- Le cojo a usted la palabra, querida señora. Aparte de esto, nunca pido más que cosas razonables. Lo mismo a mí que a los demás...,

y se me pueden conceder como yo me las concedo... Pregúnteselo usted al amigo Desirandelle.

-Sin duda- respondió sin mucha convicción el padre de Agatocles.

- Está convenido- añadió el señor Dardentor.- Los señores Marcel Lornans y Juan Taconnat vendrán mañana a pasar la velada aquí... Y a propósito, Desirandelle, será usted de los nuestros para visitar la ciudad desde las nueve hasta el medio día.

-Usted me dispensará, Dardentor. Deseo no abandonar a estas señoras y hacer compañía a nuestra querida Luisa.

-Como usted guste... como usted guste. Lo comprendo. ¡Ah!, señorita Luisa, ¡cuánto la quiere a usted ya esta excelente familia, en la que va usted a entrar!... Y bien, Agatocles, hijo mío, ¿no dices nada? ¿ No encuentras encantadora a Luisa?

Agatocles creyó muy espiritual responder que no decía en voz alta lo que pensaba, y que pensaba que valía más decirlo bajo... En fin, una frase vulgar que nada significaba y en la que se hubiera embrollado de no ayudarle el señor Dardentor.

Y Luisa, que no procuraba ocultar el desencanto que aquel imbécil la producía, miraba al señor Dardentor con ojos asombrados, mientras la señora de Desirandelle decía para animar a su hijo:

-¡Es gentil!

Y el señor Desirandelle:

-¡Y cuánto la quiere!

Evidentemente, Clovis Dardentor procuraba no ver nada. En su opinión, estando decidido el matrimonio era como si se hubiera efectuado, y no concebía que no se efectuara.

Al segundo día, siempre jovial, resplandeciente y dispuesto, Clovis Dardentor, en compañía de los dos parisienses, se encontraba ante su taza de chocolate.

Y antes de nada les comunicó que pasarían juntos la velada en casa de la señora de Elissane.

-Ha tenido usted una excelente idea- respondió Marcel Lornans.- Durante nuestra estancia de guarnición, tendremos al menos una casa agradable que visitar.

-¡Agradable!... ¡Muy agradable! –respondió Clovis Dardentor.- Verdad que después del matrimonio de Luisa...

-Es verdad- respondió Marcel Lornans... - Hay el matrimonio.

-Al que serán ustedes invitados.

-Señor Dardentor- respondió Juan Taconnat-, usted nos confunde. No sé cómo podremos agradecerle... Usted nos trata...

-¡Cómo a hijos! ¿Acaso mi edad no me permitiría ser padre de ustedes?

-¡Ah, señor Dardentor, señor Dardentor!- exclamó Juan Taconnat con acento que indicaba muchas cosas.

Emplearon todo el día en recorrer la ciudad. Pasearon por el paseo de Turín, plantado de hermosos árboles; por el bulevar Oudinot, por la plaza de la Carrera y las del Teatro, de Orleans, de Nemours.

Tuvieron ocasión de observar los diversos tipos de la población de Orán, mezclados con soldados y oficiales, de los que un regular número vestía el uniforme del 7.º de cazadores de África.

-Es muy elegante ese uniforme- repetía Clovis Dardentor.- Les sentará a ustedes admirablemente... Les

veo a ustedes ya brillantes oficiales en camino de un buen matrimonio. Decididamente el oficio de soldado es soberbio... cuando se tiene vocación... y pues ustedes la tienen...

-¡Eso está en la sangre!- respondió Juan Taconnat.- ¡Heredamos esto de nuestros abuelos, bravos comerciantes de la calle de Saint- Denis!

Encontraron judíos con traje marroquí, judíos vestidos de telas bordadas en oro, moros paseando su indolencia por las calles llenas de sol; en fin, franceses y francesas.

No hay que decir que Clovis Dardentor se manifestaba entusiasmado por cuanto veía; pero tal vez sentía acrecentarse su interés cuando los azares de la excursión le llevaban ante algún establecimiento industrial, tonelería, fábrica de fideos o de tabaco.

En efecto: ¿por qué no confesarlo? Su admiración se contuvo en los límites moderados en presencia de los monumentos de la ciudad; la catedral, que fue reedificada en 1839, sus tres naves, la Prefectura, el Banco, el teatro, edificios modernos por lo demás.

Respecto a los dos jóvenes, prestaron seria atención a la iglesia de San Andrés; una antigua, mezquita rectangular, cuyas bóvedas reposan sobre los arcos de hierro de la arquitectura morisca, y que termina en un elegante minarete. Esta iglesia, sin embargo, les pareció menos curiosa que la mezquita del Bajá, cuyo pórtico en forma de “koubba” es muy admirado por los artistas. Tal vez se hubiesen detenido más tiempo ante la mezquita de Sidi- el Haouri y sus tres

arcadas, si Clovis Dardentor no les hubiera advertido que el tiempo urgía.

Al salir, Marcel Lornans vio en el balcón del minarete un personaje que, armado de un anteojo de larga vista, recorría el horizonte.

-¡Calla!- dijo.- ¡El señor Oriental!.

-¿Cómo? ¿Ese descubridor de estrellas? ¿Ese registrador de planetas?- exclamó Clovis Dardentor.

-El mismo... y su anteojo.

-¡El anteojo podrá ser, pero él no! afirmó Juan Taconnat.- Desde el momento en que no come no es el señor Oriental.

Sí que era el Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar, que seguía al astro radioso en su carrera diurna.

En fin, los señores Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat tenían gran necesidad de descanso cuando entraron en la fonda a la hora de la comida.

Patricio, aprovechándose, sin abusar, de la licencia de su amo, había vagado metódicamente por las calles, no creyéndose obligado a verlo todo en un solo día, y enriqueciendo su memoria con preciosos recuerdos.

Así es que se permitió censurar la conducta de su amo, que, en su opinión, no demostraba la necesaria moderación en sus actos, arriesgando fatigarse. Obtuvo por respuesta que la fatiga no hacía presa en un natural de los Pirineos Orientales, el que le envió a la cama. Lo que hizo el sir-

viente a eso de las nueve, no metafóricamente, sino de un modo material, después de encantar con sus perfectos modales a la gente de la cocina.

A dicha hora el señor Dardentor y los dos primos llegaban a la casa de la calle del Castillo Viejo. Las familias Desirandelle y Elissane se encontraban en el salón. Presentados por Clovis, Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat fueron recibidos con gran amabilidad.

La velada fue una de tantas veladas burguesas: una ocasión de hablar, de tomar una taza de té y hacer un poco de música. Luisa Elissane tocaba el piano con exquisito gusto y con verdadero sentimiento artístico. Y ¡lo que es la casualidad! Marcel Lornans poseía, para emplear la palabra al uso, una buena voz; de forma que los dos jóvenes pudieron ejecutar algunos trozos de una partitura nueva.

Clovis Dardentor adoraba la música, y la escuchaba con ese fervor inconsciente de las personas que no la entienden gran cosa. Basta que les entre por un oído y les salga por otro, y no está demostrado que su cerebro sufra impresión. No obstante, Clovis Dardentor cumplimentó, aplaudió con entusiasmo meridional.

-¡Dos talentos que se casan, lindamente!- ,concluyó.

Sonrisa de la joven pianista, ligera confusión del cantante, fruncimiento de ceño de los señores Desirandelle. En verdad, su amigo no era muy acertado en la elección de sus frases, y la última estaba fuera de tono en aquellas circunstancias.

En efecto: en Agatocles no había nada que *casar,* ni talento, ni gracia, ni persona aun tratándose de un matrimonio de conveniencia, como Juan Taconnat pensaba.

Hablóse del paseo que el señor Dardentor y los dos parisienses habían dado por la ciudad. Luisa Elissane, muy instruida, respondió sin pedantería a algunas preguntas que la hicieron: la ocupación de los árabes durante tres siglos, la toma de posesión de Orán por Francia hacía sesenta años, su comercio, que le da el primer lugar entre las ciudades argelinas.

-Pero- añadió la joven- nuestra ciudad no ha sido siempre dichosa, y su historia es fecunda en calamidades. Después de los ataques musulmanes, los siniestros naturales. También el temblor de tierra de 1790 la ha casi destruido...

Juan Taconnat prestó oído.

-Y- continuó la joven- después de los incendios que este siniestro ocasionó, fue entrada a saco por los turcos y los árabes. Su tranquilidad no data más que desde la dominación francesa.

Juan Taconnat pensó:

-¡Temblores de tierra, incendios, ataques!... Vamos... ¡Llego con cien años de tardanza!... Y diga usted, señorita, ¿se experimentan aún esas sacudidas?

-No, señor- respondió Luisa.

-¡Es una lástima!

-¿Cómo... una lástima?- exclamó el señor Desirandelle.- ¿Le son a usted precisos temblores de tierra, cataclismos de ese género, caballero?

-No hablemos más de eso- dijo secamente la señora Desirandelle, pues acabaré por volver a sentir el mareo. Estamos en tierra firme; ¡basta con los balanceos de los barcos, sin que las ciudades se muevan!

Marcel Lornans, al oír la reflexión de la señora, no pudo menos de sonreír.

-Siento haber hablado de esos recuerdos- dijo Luisa-, puesto que la señora Desirandelle se ha impresionado.

-¡Oh, hija mía- respondió el señor Desirandelle-, no se la reprocha a usted!

-Y además- exclamó el señor Dardentor-, si sobreviniese un temblor, de tierra yo sabría destruir sus efectos... Un pie aquí, otro aquí, como el coloso de Rodas, y nada se menearía.

Y Clovis, con las piernas separadas, hacía temblar el piso con sus botas, presto a luchar contra toda conmoción del suelo africano. De su boca abierta salió una tan estrepitosa carcajada que todo el mundo tomó parte en su hilaridad.

Llegada la hora de retirarse, separáronse, no sin que las dos familias se diesen cita para el día siguiente, a fin de visitar la Kasbah. Al entrar en la fonda, Marcel Lornans, muy pensativo, se decía que un alistamiento en el 7º de cazadores no era tal vez el ideal de la dicha aquí abajo.

Al día siguiente por la mañana, las familias Elissane y Desirandelle, el señor Dardentor y los dos parisienses recorrían las sinuosidades de la antigua Kasbah de Orán, ahora un vulgar cuartel que comunica por dos puertas con la ciudad. Después prolongóse el paseo hasta el pueblo de los Djalis, justamente considerado como una de las curiosidades de Orán. Durante esta excursión, la casualidad, ¡oh!, la casualidad solamente hizo que Luisa conversara muy gustosa con Marcel Lornans, con vivo descontento de la señora de Desirandelle.

Por la noche, Clovis Dardentor convidó a comer a «toda la compañía» Una comida magnífica dirigida por Patricio, muy entendido en esa materia.

La señorita Elissane agradó extraordinariamente a aquel *gentleman* de librea, que reconoció en ella una persona de rara distinción.

Transcurrieron varios días, y la situación respectiva de los huéspedes de la casa del Castillo Viejo no tendía a modificarse.

Varias veces la señora de Elissane había hablado a su hija respecto a Agatocles. Como mujer positiva, hacía valer las ventajas presentadas por las dos familias; Evitaba Luisa responder a las insinuaciones de su madre, la que a su vez no sabía que responder a las de la señora de Desirandelle.

Y adviértase que ésta espoleaba de continuo a su hijo.

-¡Sé más vivo!- le repetía diez veces por día.- Se procura dejarte junto a Luisa, y estoy segura que permaneces a su

lado mirando al través de los cristales en lugar de cumplimentarla.

-Pero si yo hablo.

-Sí, mueves y remueves la lengua, y no pronuncias diez palabras en diez minutos.

-¡Diez minutos!... es mucho.

-¡Pero piensa en tu porvenir, hijo mío!- añadía la madre sacudiéndole por un brazo.- Se trata de un matrimonio que debía marchar como sobre ruedas, puesto que las dos familias están de acuerdo, y, sin embargo, no está arreglado más que a medias.

-Sí, puesto que yo he dado mi consentimiento- respondía inocentemente Agatocles.

-No, puesto que Luisa no ha dado el suyo- replicaba la señora de Desirandelle.

Y las cosas no avanzaban; y aunque el señor Dardentor se mezclaba en ellas alguna vez, no conseguía sacar chispa del mozo.

-¡Es una piedra mojada en vez de un pedernal presto a hacer fuego!- pensaba.- Sin embargo, bastaría una ocasión. Verdad que en esta casa tan apacible...

No es faltando el paso como se sube al asalto. Además, las distracciones cuotidianas comenzaban a faltar. La ciudad había sido visitada hasta sus últimos barrios. Al presente el señor Dardentor sabía de ella tanto como el erudito Presidente de la Sociedad Geográfica de Orán, la más importante de la región argelina. Y al mismo tiempo que se desespera-

ban los Desirandelle, desesperábase no menos Juan Taconnat en aquella ciudad bien cimentada, cuyo inquebrantable suelo gozaba de un reposo absoluto que no dejaba *hacer nada.*

Por fortuna, Clovis Dardentor tuvo una idea, una idea tal como se podía esperar de semejante hombre.

La Compañía de los Caminos de Hierro argelinos acababa de anunciar un viaje circular, a precios reducidos, al Sur de la provincia de Orán. Había para tentar a los más perezosos. Se partía por una línea y se volvía por otra. Entre las dos, cien leguas que atravesar por un país soberbio, en unos quince días muy bien empleados.

Sobre los carteles multicolores de la Compañía destacábase un mapa de la región atravesado por una gruesa línea en ziszás. Por camino de hierro se iba a Tlelat, a Saint- Denis del Sig, a Perregaux, a Mascara, a Saida. De aquí, en carruaje o en caravana, se visitaba Daya, Magenta, Sebdou, Tlemcen, Lamoricière, Sidi- bel- Abbes. En fin, por camino de hierro se volvía de Sidi- bel- Abbes a Orán.

Pues bien: la idea de este viaje produjo en Clovis Dardentor el entusiasmo que caracterizaba los actos más insignificantes de este hombre extraordinario. Los Desirandelle aceptaron sin dificultad el proyecto. Los azares del camino, la vida en común, los servicios que prestar; ¡qué de ocasiones que Agatocles aprovecharía para agradar a la encantadora Luisa!

La señora de Elissane se hizo rogar un poco. El viaje la asustaba, y después, esto y aquello. Pero ¿ quién era capaz de resistir al Sr. Dardentor? La excelente señora le había dicho que no podía rehusarle nada, y él se lo recordó en el momento oportuno. En fin, su argumentación fue decisiva. Durante aquella excursión, Agatocles se revelaría bajo un nuevo aspecto. La señorita Luisa le apreciaría en su valor y el matrimonio se efectuaría al regreso.

-Y- preguntó la señora de Elissane- ¿serán de la partida los señores Lornans y Taconnat?

-¡No, por desgracia!- respondió el señor Dardentor.- Dentro de algunos días deben alistarse, y esto les retrasaría demasiado.

La señora de Elissane pareció satisfecha.

Pero después del de la madre, preciso era obtener el consentimiento de la hija.

Gran trabajo le costó al señor Dardentor. La joven experimentaba gran repugnancia por aquel viaje, durante el cual había de estar en contacto continuo con la familia de Desirandelle.

Al menos en Orán las ausencias de Agatocles eran frecuentes. No se le veía más que a las horas de las comidas, las únicas durante las que abría seriamente la boca... y no para hablar. En el vagón, en el carruaje, en la caravana, estaría siempre allí. Siempre allí; perspectiva que no era para agradar a Luisa. Disgustábala el mozo, y tal vez hubiera obrado cuerdamente declarando a su madre que jamás con-

sentiría en casarse con él. Pero conocía a aquella mujer resuelta, tenaz, poco dispuesta a abandonar sus proyectos. Realmente, lo mejor era esperar a que la buena señora llegase a conocer por sí misma la nulidad del pretendiente.

El señor Dardentor desplegó una elocuencia irresistible. Procedía de buena fe, imaginando que el viaje daría ocasión en provecho del heredero de los Desirandelle, y esperaba que el deseo de sus antiguos amigos acabaría por realizarse. ¡Qué disgusto más grande para ellos si no lo conseguían!... Aunque esto no fuera cosa que pudiera conmover a la joven, Clovis obtuvo al fin de ella la promesa de ocuparse en los preparativos de la partida.

-¡Me lo agradecerá usted más tarde!- le repetía.- ¡Me lo agradecerá usted!

Patricio, al corriente de lo que se trataba, no ocultó a su amo que aquel viaje no merecía su completa aprobación. Habría, sin duda, otros turistas, no se sabía quiénes; habría que vivir en común, y tal promiscuidad, etc., etc.

Su amo le ordenó que tuviera dispuestos los equipajes para la noche del 10 de Mayo, en cuarenta y ocho horas.

Cuando el señor Dardentor hizo conocer a los dos jóvenes la resolución tomada por las familias Elissane y Desirandelle, así como por él mismo, apresuróse a manifestarles su disgusto ¡oh!, muy vivo, muy sincero, de que ellos no pudiesen acompañarles. Con ellos se completaría el encanto de aquella «caravana en común», tales fueron sus palabras, durante algunas semanas al través de la provincia de Orán.

Marcel Lornans y Juan Taconnat mostraron también su disgusto, no menos sincero y vivo; pero ya habían transcurrido diez días desde su llegada a Orán, y era hora de que regularizaran su situación.

No obstante, he aquí las preguntas y respuestas que los dos primos cambiaron al siguiente día, víspera de la proyectada partida, después de haberse despedido del señor Clovis Dardentor.

-¿Qué hay, Juan?

-¿Qué hay, Marcel?

-Pues que un retraso de dos semanas...

-¿Duraría más de quince días? Creo que no, ni aun en Argelia.

-Si partiésemos con el señor Dardentor...

-¡Partir, Marcel! ¿ Eres tú el que me hace esa proposición? ¿Tú, que no me has concedido más que quince días para mis pruebas de salvamento?

-Sí... Juan... La verdad es que tú... aquí... en esta población tan tranquila... nada conseguirás... Mientras que en ese viaje circular... ¿quién sabe? Habrá ocasiones...

-Sí, Marcel. Se pueden encontrar. El agua, el fuego, el combate sobre todo. ¿Y esa idea ha nacido para buscarme ocasiones nada más?

-¡Sólo por eso!- respondió Marcel Lornans.

-¡Farsante!- respondió Juan Taconnat.

X

EN EL QUE SE OFRECE UNA PRIMERA Y FORMAL OCASIÓN EN EL CAMINO DE HIERRO DE ORÁN A SAIDA.

El viaje organizado por la Compañía de ferrocarriles argelinos era para agradar a los turistas de Orán. Así es que el público aceptó con gusto aquel itinerario de seiscientos cincuenta kilómetros al través de la provincia, o sea trescientos en vagón y trescientos cincuenta en carruajes u otros medios de transporte entre Saida, Daya, Sebdou, Tlemcen y Sidi- bel- Abbes. Como se ve, un simple paseo que los aficionados podían efectuar a su elección desde Mayo a Octubre, es decir, durante los meses del año en que no son sensibles las variaciones atmosféricas.

Además, conviene insistir en ello, no se trataba de ninguno de esos viajes económicos de las agencias Lubin, Cook, u otras que sujetan al viajero a un itinerario imperioso y le obligan a visitar en el mismo día y a la misma hora las mismas ciudades y los mismos monumentos, programa molesto que se había procurado evitar. No, y Patricio se engañaba en esto. Ninguna obligación, ninguna promiscuidad. Los billetes eran valederos para toda la buena época. Se partía cuando se quería, y cada uno se detenía a su gusto. De esta facultad común a todos, resultó que la

expedición del 10 de Mayo no se componía más que de unos treinta excursionistas. El itinerario había sido elegido cuidadosamente. De las tres subprefecturas que posee Orán, Mostaganem, Tlemcen y Mascara, dicho itinerario atravesaba las dos últimas, y de las subdivisiones militares, Mostaganem, Saida, Orán, Mascara, Tlemcen y Sidi- bel-Abbes, se comprendían tres. En estos límites, la provincia que limita al N. el Mediterráneo, al E. el departamento de Argel, al O. el Maroc, y el Sahara al S., presenta aspectos variados, montañas de una altura superior a mil metros, bosques cuya superficie total no es inferior a cuatrocientas mil hectáreas, lagos, ríos, el Macta, el Habra, el Chelif, el Mekena y el Sig. Si la caravana no recorría toda la provincia, por lo menos visitaría los más hermosos territorios.

Aquel día Clovis Dardentor no faltó al tren, como había faltado a la salida del paquebote. Antes que ninguno estaba en la estación. Iniciador del viaje, cumplía con su deber adelantándose a sus compañeros, los que estaban de acuerdo en ver en él al jefe de la expedición.

Frío y silencioso, Patricio estaba junto a su amo, en espera de los equipajes que debía facturar, equipajes no muy molestos. Algunas maletas; algunos sacos y mantas; nada más que lo preciso.

Eran ya las ocho y media, y el tren partía a las nueve y cinco.

-Y bien- exclamó Dardentor.- ¿En qué piensa nuestra *smala* que no asoma la nariz?

Por encontrarse en país árabe, Patricio aceptó aquella palabra indígena, y respondió que veía un grupo que se acercaba a la estación.

Era la familia de Desirandelle con la señora y la señorita Elissane. Dardentor les saludó cordialmente. ¡Se considera-ba tan feliz con que sus antiguos amigos de Francia y sus nuevos amigos de África hubieran aceptado su proposición! A creerle, aquel viaje les dejaría recuerdos imperecederos. La señora de Elissane parecíale que gozaba de excelente salud aquella mañana. La señorita Luisa estaba deliciosa con su traje de turista. ¡Que nadie se molestase en buscar sitio! Esto era cosa suya. Él tomaría billetes para todos. Después arreglarían cuentas. Respecto a los equipajes, era este asunto de la incumbencia de Patricio. Se podía confiar en el minucioso cuidado que ponía en sus actos más insig-nificantes. En lo que se refiere a él, a Dardentor, de todo su ser brotaba como una fuente de buen humor.

Las dos familias entraron en la sala de espera, abando-nando a Patricio algunos bultos que no deseaban llevar en el vagón. Lo mejor sería dejarles en consigna durante las pa-radas en Saint- Denis del Sig, en Mascara, hasta la llegada a la estación de Saida.

Después de suplicar a la señora de Desirandelle y a Agatocles que permaneciesen con la señora de Elissane y Luisa, Clovis Dardentor, con paso ligero- un silfo-, y el se-ñor Desirandelle con paso pesado- un paquidermo-, se co-

locaron ante el despacho en que se expendían los billetes circulares. Unos veinte, viajeros impacientes formaban cola.

Y entre ellos, ¿a quién vio primero el señor Desirandelle? Al señor Eustache Oriental en persona, al Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar, con su inseparable anteojo en banderola. ¡Sí! Aquel original se había dejado seducir por el incentivo de un viaje de quince días a precios reducidos.

-¡Cómo!- murmuró el señor Dardentor.- ¡También va él! Será preciso procurar que no ocupe el mejor sitio en la mesa, ni se sirva los mejores trozos. ¡Qué diablo! ¡Las señoras ante todo!

No obstante, cuando el señor Oriental y el señor Dardentor se encontraron ante la ventanilla del despacho, creyeron deber cambiar una inclinación de cabeza. El señor Dardentor tomó seis billetes de primera clase para la familia Desirandelle, la familia Elissane y él, y otro de segunda para Patricio, qué no hubiese aceptado viajar en tercera.

Casi en seguida sonó la campana, abriéronse las puertas de la sala de espera, y los viajeros afluyeron todos al andén en que esperaba el tren

Los pasajeros son bastante numerosos en este tren directo de Orán a Argelia, que, como de ordinario, no se componía más que de una media docena de carruajes. Por lo demás, los turistas debían abandonarle en Perregaux a fin de tomar la vía férrea que baja hacia el Sur, en dirección de Saida.

Seis personas no encuentran fácilmente asiento en un mismo departamento cuando hay afluencia de viajeros. Por fortuna, Clovis Dardentor, fácil para dar propinas, consiguió, gracias al celo de un empleado, acomodarse con sus compañeros en un departamento cuyos dos sitios sobrantes estuvieron ocupados en seguida. Así, pues, quedó completo. Acomodáronse las señoras y caballeros. Conviene advertir que Clovis Dardentor estaba frente a Luisa Elissane, y que ambos ocupaban los ángulos de aquel lado del vagón.

Al Sr. Oriental no se le había vuelto a ver, ni esto inquietaba a nadie. Debía de haber subido al primer vagón, y seguramente se vería su anteojo saliendo por la ventanilla.

Aquella parte del trayecto es de unos setenta kilómetros, entre Orán y Saint Denis del Sig, sitio en que el indicador marcaba la primera parada. A las nueve y cinco en punto, señal del jefe, ruido de las portezuelas al cerrarse, silbido estridente de la locomotora y trepidación del tren al pasar por las placas giratorias.

Al salir de la capital de Orán, lo que primeramente llama la atención del viajero es un cementerio y un hospital situados a la derecha de la vía; dos edificios del que el uno es complemento del otro y cuyo aspecto no tiene nada de recreativo; a la derecha una serie de almacenes más allá aparece la verde campiña, de más alegre aspecto.

Este era el paisaje que se ofrecía a las miradas del señor Dardentor y de su graciosa vecina. Seis kilómetros más allá y costeado el lago Morselli, detúvose el tren en la estación

de la Senia. A decir verdad apenas si puede distinguirse el pueblo situado a mil doscientos metros en el punto en que se bifurca el camino departamental de Orán a Mascara.

Cinco kilómetros más allá, después de haber dejado a la derecha el antiguo fuerte de Abd- el- Kader, hubo una parada en la estación de Valmy, donde la línea férrea corta el camino indicado.

A la izquierda se extiende un ancho segmento del lago de Sebgha, cuya altura llega a cerca de noventa y dos metros sobre el nivel del mar.

Desde sus asientos, Clovis Dardentor y Luisa no vieron aquel lago más que imperfectamente. En todo caso, y por vasto que sea, no hubiera obtenido más que una desdeñosa mirada de Juan Taconnat, pues sus aguas se encontraban ya muy bajas en aquella época, y no tardarían en secarse por completo a los ardores de la estación cálida.

Hasta entonces la dirección de la línea había sido SE., pero cambióse cerca del pueblo de Tlélat, donde pronto llegó el tren.

Clovis Dardentor se había provisto de un plano de tela a pliegues rectangulares, que comprendía el itinerario del viaje, cosa que no era para asombrar tratándose de un hombre tan práctico.

Dirigiéndose a sus compañeros dijo:

-Aquí se une la línea de Sidi- bel- Abbes, que nos volverá a Orán al regreso de nuestra excursión.

-Pero- preguntó el señor Desirandelle-, ¿acaso esta línea no se prolonga hasta Tlemcen?

-Debe prolongarse después de bifurcarse en Boukhanefes, pero no está aún terminada.

-Es fastidioso- dijo la señora de Elissane.- Si hubiéramos podido...

-¡Bondad divina, mi querida señora!- exclamó Clovis Dardentor.- Eso hubiera sido suprimir nuestro camino en caravana. Desde el interior de un vagón poco es lo que se ve... ¡Así es que estoy deseando llegar a Saida! ¿No piensa usted así, señorita Luisa?

¿Cómo no había de ser la joven de la opinión del señor Dardentor?

A partir de Tlélat, el camino de hierro se dirigió directamente hacia el E., atravesando los arroyos sinuosos y murmuradores tributarios del Sig. Descendió el tren hacia Saint- Denis, después de franquear el río Macta, que va a arrojarse en una vasta bahía entre Arzeu y Mostaganem.

Los viajeros llegaron a Saint- Denis a las once y algunos minutos; la mayor parte se apeó de los vagones.

El programa particular del señor Dardentor indicaba un día y una noche pasados en aquel pueblo, del que se partiría al día siguiente a las diez. Como sus compañeros dejaban a su cargo los detalles del viaje, estaba decidido a seguir punto por punto su divisa: *transire videndo.*

Clovis fue el primero que abandonó el vagón, no dudando que sería seguido por Agatocles, y que éste se apresura-

ría a ofrecer la mano a Luisa. Pero el deplorable joven fue adelantado por Luisa, que con ayuda de Dardentor descendió rápidamente.

-¡Ah!- dijo ella, dejando escapar un débil grito al volverse.

-¿Se ha hecho usted daño, señorita?- preguntó Dardentor.

-No... no... - respondió Luisa.- Muchas gracias... Pero creí que...

-¿Qué?...

-Yo creía que los señores Lornans y Taconnat no formaban parte de la expedición.

-¡Ellos!- exclamó Dardentor con voz recia.

Y dando una vuelta, se encontró en presencia de sus amigos, a los que abrió los brazos, mientras los jóvenes saludaban a la señora de Elissane y a su hija.

-¡Ustedes!... ¡Ustedes!...- repetía.

-¡Nosotros!- respondió Juan Taconnat.

-¿Y el alistamiento al 7.º de cazadores?

-Hemos pensado que disponíamos de quince días... y con objeto de aprovecharlos... - dijo Marcel.

-Nos ha parecido que un viaje circular... - añadió Juan.

-¡Ah! ¡Excelente idea!- exclamó Dardentor.- Y ¡qué alegría nos produce a todos!

¿A todos? Era mucho decir... Sin hablar de Luisa, ¿qué efecto producía el incidente a la señora de Elissane y a los Desirandelle?

Muy malo. De forma que los saludos que con los dos parisienses cambiaron fueron muy fríos. Respecto a Clovis, no había duda que procedía de buena fe cuando dijo a la señora de Elissane que ni Marcel Lornans ni Juan Taconnat les acompañarían... Pero tal vez se mostraba satisfecho en demasía.

-¡Ha sido una inspiración!- exclamó.

-Cuando llegamos a la estación, el tren iba a partir- dijo Juan Taconnat. Me había costado trabajo decidir a Marcel..., a menos que no haya sido él quien haya luchado para decidirme. En suma, vacilaciones hasta última hora.

En fin, Clovis Dardentor y su *smala* estaban en Saint-Denis del Sig, la primera etapa del viaje, y los dos jóvenes fueron admitidos en la caravana. En el momento era preciso buscar una fonda donde almorzar, comer y dormir de modo conveniente... No se separarían, no habría dos grupos: el grupo Dardentor y el grupo Lornans- Taconnat. No.

Esta resolución alegró a unos y desagradó a otros; pero nadie manifestó sus impresiones.

-Decididamente- murmuró Juan Taconnat-, este hombre tiene para nosotros entrañas de padre.

De haber desembarcado los turistas en Saint- Denis del Sig cuatro días antes- el domingo, en vez del miércoles-, hubieran encontrado algunos millares de árabes, y por ser día de mercado, la cuestión de la fonda se habría resuelto con menos facilidad. De ordinario, la población de aquel

punto se reduce a seis mil habitantes, cuya quinta parte es de origen judío, más cuatro mil extranjeros.

En la fonda se almorzó alegremente, con alegría inmensa, de la que Dardentor hizo el mayor gasto. Con la idea de llegar poco a poco a una franca intimidad con sus compañeros de viaje, los dos parisienses se mantuvieron en una discreta reserva.

-Vamos... no les conozco a ustedes- observó Dardentor.- El viaje les ha transformado... Ustedes... tan alegres.

-Es efecto de la edad- respondió Juan.- No somos tan jóvenes como usted.

-¡Ah!... Y ahora que recuerdo... No he visto al señor Oriental en la estación.

-¿Es que ese personaje planetario iba en el tren?- preguntó Marcel.

-Sí..., e indudablemente habrá continuado hacia Saida.

-¡Diablo!...- dijo Juan.- Un hombre de su especie va a devorarlo todo a su paso.

Terminado el almuerzo, y como no se debía partir hasta la mañana del siguiente día, convinieron en dedicar el día a visitar a Saint- Denis del Sig. Estos pueblos argelinos se parecen extremadamente a las capitales de cantón de la madre patria, y nada falta en ellos, ni comisario de policía, ni juez de paz, ni notario, ni recaudador de contribuciones, ni gendarmes.

Saint- Denis del Sig posee algunas calles bastantes bellas, plazas regularmente trazadas, excelentes plantaciones,

plátanos sobre todo, una bonita iglesia de ese estilo gótico del siglo XII. En realidad, sus alrededores son los que merecen la atención de los turistas.

Pasearon, pues, por los alrededores. El señor Dardentor hizo admirar a aquellas señoras que por nada se interesaban, y a los dos primos, cuya imaginación estaba en otra parte-probablemente en el porvenir-, tierras de excepcional fertilidad, soberbias viñas, que tapizaban el macizo abandonado, sobre el que se apoya el pueblo, especie de fortaleza natural fácil de defender. Nuestro héroe pertenecía a esa categoría de gentes que se admiran únicamente porque no están en su casa, y a los que no se debe confiar la redacción de una *Guía de viajeros.*

El paseo fue favorecido por un buen tiempo. Se subió por el río Sig hasta el punto en que las aguas refluyen sobre cuatro kilómetros, y cuya cabida es de catorce millones de metros cúbicos, destinados al riego de los cultivos industriales. Alguna vez ha cedido, y cederá más; pero los ingenieros vigilan, y desde el momento en que vigilan los representantes de este docto cuerpo... nada hay que temer... según ellos.

Después de tal excursión, la excusa del cansancio era muy admisible. Así es que, cuando Clovis Dardentor habló de una visita que exigiría una caminata de algunas horas, la señora de Elissane y la de Desirandelle, a la que creyó deber unirse su marido, pidieron compasión.

Luisa les debía acompañar a la fonda bajo la protección de Agatocles.

¡Qué ocasión para que el pretendiente ofreciera el brazo a su futura, de no estar amputado de los dos... en lo moral, se entiende!

Marcel Lornans y Juan Taconnat hubieran deseado regresar con las señoras, pero les fue preciso resignarse a seguir al señor Dardentor.

Habíasele a éste puesto en la cabeza ir a visitar, a ocho kilómetros de allí, una granja de dos mil hectáreas, la Unión del Sig, cuyo origen falansteriano remonta al año 1844. Por fortuna, el trayecto pudo efectuarse en mulas sin gran retraso ni fatiga. Al atravesar aquel campo rico y tranquilo, Juan Taconnat dijo:

- ¡Esto es desesperante! Hace sesenta y cuatro años, cuando la gente se batía para tomar posesión de la provincia de Orán, tal vez hubiera yo podido...

En fin, ninguna ocasión de salvamento se había presentado cuando los tres regresaron a la fonda para comer... La velada no se prolongó mucho tiempo. A las nueve, cada uno se fue a su cuarto. Agatocles, que no soñaba jamás, no soñó con Luisa, y Luisa, que tenía sueños deliciosos... no soñó con Agatocles.

Al día siguiente, a las ocho, Patricio llamó a todas las puertas con golpes discretos. Obedecióse a la señal del puntual criado y se tomó un desayuno de café o chocolate,

según el gusto de cada cual. Pagóse la cuenta de la fonda, y todos, pedestremente, se dirigieron a la estación.

Esta vez el señor Dardentor y sus compañeros ocuparon un departamento para efectuar el corto trayecto entre Saint Denis del Sig y la estación del Perregaux.

Tras una breve parada en Mocta-Douz, aldea europea situada a diez y siete kilómetros de Saint Denis, detúvose el tren ocho kilómetros más allá.

Perregaux, simple aldea de tres mil habitantes, de los que mil doscientos son indígenas, es regada por el Habra, en el centro de una planicie de treinta y seis mil hectáreas de una fecundidad maravillosa.

En este punto se cruzan el camino de hierro de Orán a Argel y el de Arzeu, puerto de la costa septentrional que desciende hasta Saida.

Trazado de Norte a Sur al través de la provincia, y sirviendo a los inmensos terrenos en que se recoge el alfa, se prolongará hasta Ain-Safra, casi la frontera marroquí.

Los turistas tuvieron, pues, que cambiar de tren en esta estación, y veintiún kilómetros más allá detuviéronse en Crève- Cæur.

En efecto: la línea de Arzeu a Saida deja a Mascara a la derecha. *Quemar*, como se dice a esta capital, tal vez hubiera correspondido al estado de ánimo de Juan Taconnat en busca de incendios. Pero Clovis Dardentor hubiera protestado, pues el programa circular comprendía a Mascara. Para los veinte kilómetros que había que andar, los coches

preparados por la Compañía esperaban ante la estación a disposición de los turistas.

El mismo ómnibus recibió a la sociedad Dardentor, y la casualidad hizo que Marcel Lornans ocupase el asiento junto al de Luisa. Jamás veinte kilómetros le parecieron tan cortos, no obstante la lentitud con que caminó el ómnibus, por la razón de que el camino sube hasta la curva ciento treinta y cinco metros sobre el nivel del mar.

En fin, corto o no, a las tres horas y media se terminó el viaje. Conforme al plan adoptado, los viajeros debían pasar en Mascara la noche del 11 y el día 12, y partir para Saida.

-¿Por qué no tomamos el tren esta noche?- preguntó la señora de Elissane.

-¡Oh, querida señora!- respondió Dardentor... - No lo querrá usted, y si lo quiere y yo tuviera la debilidad de obedecerla, me lo reprocharía usted toda la vida.

-Madre- dijo Luisa riendo-, ¿podrías exponer al señor Dardentor a tan largos reproches?

-Y tan justificados- añadió Marcel Lornans, cuya intervención pareció complacer a la señorita Elissane.

-¡Sí, justificados!- respondió el señor Dardentor-, pues Mascara es una de las más lindas ciudades de Argel, y no será perdido el tiempo que la consagremos. Yo quiero que el lobo me coma desde la nuca al lomo...

-¡Hum!- dijo Patricio.

-¿Estás constipado?- le preguntó su amo.

-No... He querido cazar a tiempo el lobo del señor.

-¡Animal!

En fin, la caravana se avino a los deseos de su jefe.

Mascara es una ciudad fuerte. Acostada sobre la vertiente meridional de la primera cordillera del Atlas, al pie de Chareber- Rih, domina la espaciosa llanura de Eghris. Tres ríos afluyen a ella: el Oued- Toudman, el Ain- Beida y el Ben- Arrach. Conquistada en 1835 por el Duque de Orleans y el mariscal Clauset, y abandonada casi en seguida, no fue reconquistada hasta 1.841 por los generales Bugeaud y Lamoricière.

Antes de comer, los turistas pudieron reconocer que el señor Clovis Dardentor no había exagerado. Mascara está en una posición deliciosa, entre dos colinas, por las que corre el Oued- Toudman. Pasearon por sus cinco barrios, de los que cuatro están rodeados por un boulevard plantado de árboles, y por la dicha muralla de seis puertas defendida por diez torres y ocho baluartes. Al cabo los viajeros se detuvieron en la Plaza de Armas.

-¡Qué fenómeno!- exclamó el señor Dardentor, plantándose con las piernas separadas y los brazos en alto ante un árbol enorme de doscientos o trescientos años.

-¡El solo forma un bosque!- respondió Marcel Lornans.

Era un moral que merecía tener su leyenda, y sobre el que sin abatirle han pasado varios siglos.

Clovis Dardentor le arrancó una hoja.

-¡El primer traje de los elegantes del Paraíso terrenal! dijo Juan Taconnat.

-¡Y que se confecciona sin modistas!- añadió Dardentor.

En fin, una excelente y copiosa comida devolvió las fuerzas a los turistas. No se escatimó ese vino de Mascara, que ocupa un sitio privilegiado en las bodegas de los aficionados verdaderos. Después, como la víspera, las señoras se retiraron temprano. No se les exigía que permaneciesen en pie hasta el alba. A los señores Desirandelle, padre e hijo, se les pegaban las sábanas. Se les vería a la hora del almuerzo.

La tarde sería dedicada a los principales edificios de la ciudad en una visita en común.

En consecuencia de este plan, al día siguiente, a las ocho, los tres inseparables estaban en el barrio del comercio. Los antiguos instintos de negociante o industrial habían atraído al tonelero, excitado por el burlón de Taconnat, con gran disgusto de Marcel, al que los molinos de aceite y harina, y las fábricas indígenas no interesaban gran cosa. ¡Ah! ¡Si la señorita Elissane hubiera sido confiada a los paternales cuidados del señor Dardentor! Pero no estaba allí, y a aquella hora apenas si empezaban a abrirse sus lindos párpados.

Durante el paseo por las calles de aquel barrio,, Clovis Dardentor hizo algunas compras, entre ellas un par de *zerdanis*, con los que contaba vestirse en oportuna ocasión como los árabes del África de Sur.

Al mediodía, reconstitución de la sociedad y visita a las tres mezquitas de la ciudad; la primera, la de Ain- Beida, que data de 1761, y en la que Abd- el- Kader predicaba la

guerra santa; la segunda transformada en iglesia para la fabricación del pan del alma; la tercera en tahona para la fabricación del pan del cuerpo (textual de Juan Taconnat). Después de la plaza de Gambetta, adornada con elegante fuente de pilón de mármol blanco, visitaron sucesivamente el Beylik, que es un antiguo palacio de arquitectura árabe; la oficina árabe, de construcción morisca; el jardín público y sus plantaciones de olivos e higueras, con cuyas frutas hacen una especie de torta, de la que Clovis Dardentor se hizo servir en la comida, declarándola excelente, y Juan Taconnat de excelentísima.

A las ocho el ómnibus recogió sus viajeros y abandonó a Mascara.

Esta vez el vehículo, en lugar de volver a Crive- Cæur, subió hacia la estación de Tizi, atravesando la llanura de Eghris, cuyas viñas producen un vino blanco de gran fama.

El tren partía a las once. Aquella noche, aunque Clovis Dardentor sembrara las monedas de cuarenta sueldos al paso de los empleados, se produjo la división de su gente.

En efecto: el tren, compuesto de cuatro coches, estaba casi lleno. De aquí que la señora de Desirandelle, la de Elissane y su hija no pudieron encontrar sitio más que en el reservado de señoras, ya ocupado por dos viejas. El señor Desirandelle intentó que se le admitiera en el mismo departamento; pero bajo la reclamación de las dos irreductibles viajeras, que su edad hacía feroces, tuvo que desistir.

Clovis Dardentor le hizo subir con él al departamento de fumadores, refunfuñando:

-¡Qué Compañías! ¡En África se es tan estúpido como en Europa! ¡Economía en los coches, sin hablar de las economías de empleados!

Como en aquel departamento había ya cinco viajeros, quedaba sólo un sitio vacante, instalados los señores Desirandelle y Dardentor.

-¡Por mi fe!- dijo Juan Taconnat a su primo.- Prefiero ir con él.

No tenía Marcel Lornans necesidad de preguntar a quién se aplicaba aquel pronombre personal, y riendo respondió:

-Tienes razón... Sube... No se sabe lo que puede suceder.

En cuanto a él, no le disgustaba ir a un carruaje menos ocupado, donde podría soñar a su gusto. El último del tren contenía tres viajeros solamente, y ocupó un sitio en él.

La noche era obscura, sin luna ni estrellas, el horizonte brumoso. Por lo demás, el país no ofrecía nada de curioso por aquella parte, que atraviesan los territorios de colonización. Sólo granjas, envueltas entre la bruma.

Marcel Lornans, reclinado en su rincón, se abandonó a esos sueños que se tienen sin dormir. Pensaba en Luisa Elissane, en el encanto de su conversación, en las gracias de su persona. ¡No era posible que se casase con Agatocles! ¡El universo entero protestaría, y el señor Dardentor acabaría por hacerse eco del universo!

- ¡Froha!... ¡Froha!...

Este nombre, que parece un grito de cuervo, fue arrojado por la voz estridente del conductor. Ningún viajero bajó de su departamento, en el que el joven se mecía en sus pensamientos... ¡Él la amaba!...¡Sí!...¡Amaba a aquella joven encantadora! Esto databa desde el día en que la había visto por vez primera sobre el puente del Argelés. Fue como el rayo que desgarra las nubes cuando el cielo está sereno...

-¡Thiersville!... ¡Thiersville!- gritaron veinte minutos después.

El nombre de este célebre estadista aplicado a una estación de poca importancia- una aldea de algunas casas árabes-, no sacó a Marcel Lornans de su sueño, y Luisa Elissane eclipsó por completo al «ilustre libertador del territorio»

Caminaba el tren a poca velocidad, subiendo hacia la estación de Traria, sobre el río del mismo nombre, cuya altura es de ciento veintiséis metros.

En dicha estación se apearon los tres compañeros de Marcel Lornans, que quedó solo en el departamento.

De la posición vertical pasó a la horizontal, mientras el tren, después del pueblo de Charrier, rodeaba la base de las montañas llenas de árboles hasta las cumbres. Sus párpados se entornaron, y aunque procuró resistir al influjo de un sueño que tal vez desvaneciera la dulce imagen de su pensamiento, sucumbió al fin, y el nombre de Franchetti fue el último que oyó.

¿Cuánto tiempo durmió y por qué, medio despierto, sintió un principio de sofocación? De su pecho se escapaban gemidos precipitados... se ahogaba; faltábale el aliento. Un humo acre llenaba el departamento, al que se mezclaban llamas fuliginosas que subían activadas por la marcha del tren.

Marcel Lornans quiso levantarse a fin de romper un cristal... Cayó medio asfixiado.

Y una hora después, cuando el joven recobró el sentido en la estación de Saida, gracias a los cuidados que se le suministraron, cuando volvió a abrir los ojos, vio al señor Dardentor, a Juan Taconnat y también a Luisa Elissane.

El incendio se había declarado en su vagón, y cuando el tren se detuvo a una señal del conductor, Clovis Dardentor no dudó en arrojarse en medio de las llamas, arriesgando su vida por salvar la de Marcel Lornans.

-¡Ah, señor Dardentor!- murmuró éste con voz llena de agradecimiento.

-¡Vaya, vaya!- respondió éste.- ¿ Cree usted que yo iba a dejar a usted que se asara como un pollo?... Su amigo Juan o usted, hubieran hecho lo mismo por mí.

-¡Ciertamente!- exclamó Juan.- Pero esta vez... ha sido usted...; lo que no es lo mismo.

Y añadió en voz baja al oído de Marcel:

-Decididamente, ¡no tengo suerte!

XI

QUE NO ES MÁS QUE UN CAPÍTULO PREPARATORIO PARA EL SIGUIENTE.

Era llegado el momento de formar la caravana. Para ir desde Saida a Sidi- bel- Abbes no hay línea férrea; los carros sustituirían al ferrocarril.

Había que recorrer una extensión de trescientos cincuenta kilómetros, o sea cien leguas, en las más agradables condiciones, según repetía el señor Dardentor. Se iría a caballo, en mulo, en camello, en carruaje, al través de aquellos interminables bosques, que en los mapas aparecen como verdes cestas bañadas por la red de los arroyos de la montañosa región.

Desde la partida de Orán, y durante el recorrido de ciento setenta y seis kilómetros, era notorio que el heredero de los Desirandelle no se había acercado al objeto a que le empujaba su familia. Por otra parte, ¿cómo la señora de Elissane no había de haber notado que Marcel Lornans buscaba las ocasiones de aproximarse a su hija, y de hacer, en una palabra, todo lo que el imbécil de Agatocles no hacía, aunque tuviera el derecho de hacerlo? ¿Era Luisa sensible a las atenciones del joven? Sí, tal vez, pero de ahí no pasaba, se respondía la señora de Elissane. Y al fin de cuentas, ella no era mujer que se retractase. Jamás Luisa, a la que sermo-

nearía en caso necesario, se atrevería a negar su consentimiento al matrimonio proyectado.

Respecto a Juan Taconnat, ¿podía encontrarse satisfecho?

-Pues bien, ¡no!- exclamó aquella mañana.

Marcel Lornans estaba aun en el cuarto de la fonda al que había sido transportado la víspera, y extendido sobre el lecho, en plena posesión, es cierto, de sus facultades respiratorias.

-¡No!- repitió-, y parece que todas, las desventuras del mundo se combinan.

-¡No contra mí!- dijo su primo.

-¡También contra ti, Marcel!

-No, pues nunca tuve la intención de convertirme en hijo adoptivo del señor Dardentor.

-¡Diablo! ¡Es el enamorado el que habla!

-¿Cómo... el enamorado?

-Es claro como la luz que tú amas a la señorita Luisa Elissane.

-¡Chist!, Juan. Si te oyeran...

-Y cuando me oyeran, ¿qué se sabría que ya no se sepa? ¿Es que esto no es claro como la luz? ¿Hace falta el anteojo del Sr. Oriental para verlo? ¿Acaso la señora de Elissane no comienza a preocuparse? ¿Es que los Desirandelle, padre, madre o hijo, no desearían que te fueses con mil diablos?

-¡Exageras, Juan!

-¡No! Sólo uno lo ignora: el señor Dardentor... y tal vez también la señora Elissane.

-¡Ella! ¿Tú crees?- preguntó nuevamente Marcel Lornans.

-Vaya, cálmate, señor asfixiado de ayer. ¿Es que una joven puede engañarse respecto a ciertos latidos de su corazón?

-¡Juan!

-En cuanto al desdén que siente por esa obra maestra de los Desirandelle; que responde al nombre de Agatocles...

-Sabe, mi pobre amigo Juan, que la señorita Elissane me ha vuelto loco.

-¡Loco!, ésa es la palabra; porque ¿dónde te llevará esto? Evidente es que la señorita Elissane es encantadora, y también yo la hubiera adorado. Pero está comprometida; y si en este matrimonio falta la inclinación, las conveniencias le exigen y el deseo de los padres respectivos. Trátase de un edificio cuyos cimientos se han echado desde la infancia de los novios; y ¿tú te figuras que vas a derribarle de un soplo?

-Yo no me figuro nada, y dejo ir las cosas...

-Pues bien; has cometido una torpeza, Marcel.

-¿Cuál?

-La de abandonar nuestros primeros proyectos.

-Prefiero dejarte la plaza libre, Juan.

-Y, sin embargo, reflexiona, Marcel. Si llegas a hacerte adoptar...

-¡Sí... tú! Calcúlate cortejando a la señorita Elissane con una buena bolsa en la mano, en vez de los galones, hundiendo a Agatocles con tu superioridad pecuniaria, sin olvidar la influencia que tu padre adoptivo, que está encantado de Luisa, pondría a tu disposición. ¡Ah! él no dudaría en hacerla su hija adoptiva, si la Providencia quisiera que le salvase en un combate, de las olas o de las llamas.

-¡Cómo disparatas!

-Disparato con todo lo serio de una razón trascendente, y te doy un buen consejo.

-Vamos, Juan; confesarás que no he comenzado bien. Se declara un incendio en el tren, y no solamente no soy yo quien no salva al señor Dardentor, sino que éste me salva a mí.

-¡Diablo! Marcel, ¡cuestión de suerte! Y ahora que lo pienso, puesto que estás en condiciones de adoptar, adopta al señor Dardentor. ¡Al fin y al cabo el resultado será el mismo! Adóptale, y él dotará a su padre.

-¡Imposible!- exclamó Marcel riendo.

-¿Por qué?

-Porque es preciso que el adoptante sea de más edad que el adoptado.

-¡Ah, querido Marcel! ¡Todo sale al revés!...; y ¡qué difícil es procurarse una paternidad por los medios legales!

En este momento oyóse una voz sonora en el pasillo.

-¡Es él- dijo Juan Taconnat,- Clovis Dardentor se presentó alegre, expansivo, y de un salto llegó desde el umbral al lecho de Marcel Lornans.

-¡Cómo!- exclamó.- ¿ Aun en la cama? ¿Está usted, enfermo? ¿Es que respira usted con dificultad? ¿Es menester que se le eche aire en los pulmones? ¡Pues yo tengo el pecho lleno de un oxígeno superior, del que poseo el secreto!

-¡Señor Dardentor..., salvador mío!- dijo Marcel irguiéndose.

-¡No!... ¡No!

-Sí... sí- respondió Juan Taconnat- Sin usted ya estaría asfixiado; sin usted estaría asado, quemado; sin usted, no quedaría de Marcel más que un puñado de cenizas, y mi única misión sería llevarla en una urna.

-¡Pobre joven!; ¡pobre joven!- repetía el señor Dardentor, levantando las mano al cielo.

Después añadió:

-Y no obstante, ¡es verdad que yo le he salvado!

Y le miraba con cariñosos ojos; y le abrazó en un verdadero acceso de emoción aguda, que pasaría tal vez al estado crónico.

Hablaron de cómo se había declarado el incendio en el departamento ocupado por Marcel Lornans... Probablemente por efecto de alguna chispa de la locomotora que penetró por la ventanilla abierta. Después las colchonetas quemadas, el incendio en aumento por la velocidad del tren...

-¿Y esas señoras?- preguntó Marcel Lornans.

-Están bien, y han vuelto de su espanto, mi querido Marcel.

-¡Ya, mi querido Marcel!- pareció decir Juan Taconnat moviendo la cabeza.

-¡Pues le miro a usted como a un hijo!- insistió Dardentor.

-¡Cómo a su hijo!- murmuró el primo.

-Y- continuó, el buen hombre,- ¡si hubiera, usted visto a la señorita Elissane, cuando el tren se detuvo, precipitarse hacia el vagón entre las llamas! ¡Sí! ¡Tan de prisa como yo! Y cuando yo le deposité a usted sobre la vía, ¡si la hubiera usted visto tomar su pañuelo y verter algunas gotas de un frasco de sales... y humedecerle a usted los labios! ¡Ah!, el estado de usted la causó miedo, y he creído que iba a desmayarse.

Marcel Lornans, más conmovido de lo que hubiera deseado aparecer, cogió las manos del señor Dardentor y le agradeció todo lo que por él había hecho... sus cuidados..., el pañuelo de la señorita Luisa Elissane...

Bien... Nuestro héroe se enterneció y sus ojos se humedecieron.

-¡Una gota de lluvia entre dos rayos de sol!- se dijo Juan Taconnat, que contemplaba el conmovedor cuadro con aire ligeramente burlón.

-En fin, mí querido Marcel, ¿es que no puede usted abandonar el lecho- preguntó el señor Dardentor.

-Me iba a levantar cuando usted ha entrado...

-¡Si puedo ayudarle a usted! y...

-¡Gracias!... ¡Gracias!... Juan está aquí.

-Es que usted me pertenece ahora...

Tengo el derecho de prodigarle a usted mis cuidados.

-Paternales- murmuró Juan.

-Todo lo más paternales que pueden ser... ¡Y que el rabo del demonio me aprieta el gaznate!...

Felizmente Patricio no estaba allí.

-En fin, amigos míos, despachemos. Les esperamos a ustedes en el comedor; una taza de café, o iremos a la estación, donde deseo ver por mis propios ojos si falta algo para la organización de la caravana. Después recorreremos la ciudad... En seguida los alrededores, y mañana, entre nueve y diez, en camino a la manera árabe... ¡En ruta los turistas! ¡En ruta los excursionistas! Ya verán ustedes si me cae bien mi zerbani... mi cheik..., ¡un verdadero cheik de Cheikardie!

Al fin, después de haber estrechado la mano de Marcel Lornans, que él le tendió desde su lecho, salió canturriando una balada de su país.

Cuando se alejó, Juan Taconnat dijo a Marcel:

-¡Eh! ¿Dónde encontrar un hombre parecido a él con su zerbani africano, y una mujer semejante a ella con su perfumado pañuelo?

-Juan- dijo el otro...- Tu jovialidad se me antoja excesiva.

-¿No me has querido alegre? ¡Pues alegre me tienes!- respondió Juan, haciendo una pirueta.

Marcel comenzó a vestirse, aun un poco pálido.

-Y además- añadió su primo-, ¿acaso no estaremos expuestos a otras aventuras muy diferentes cuando figuremos en el 7.º de cazadores? ¡Puf!... Caídas de caballos... coces de ese noble animal; y durante la batalla, una pierna o un brazo de menos, el pecho agujereado, la nariz rota, la cabeza por los aires y la imposibilidad de reclamar contra la brutalidad de los proyectiles de doce centímetros y hasta de menos... ¡Hermosa perspectiva!

Marcel Lornans creyó prudente no interrumpir la verbosidad de su amigo, y esperó a que concluyera para decirle:

-¡Búrlate lo que quieras, Juan! Pero no olvides que yo he renunciado, a toda tentativa para hacerme adoptar por mi salvador, salvándole a mi vez... Maniobra, combina, obra a tu gusto... Te deseo buena suerte.

-Gracias, Marcel.

-No hay de qué, Juan... Dardentor.

Media hora después, los dos jóvenes penetraban en el comedor, una habitación pequeña pero limpia. Las familias Elissane y Desirandelle estaban agrupadas ante la ventana.

-¡Aquí está! ¡Aquí está!- exclamó Clovis Dardentor.- ¡Hele aquí completo, con todas sus facultades respiratorias y estomacales... escapado de las parrillas!

Patricio volvió la cabeza, pues la palabra «parrilla» le parecía propia para evocar ciertas comparaciones que no eran del mejor gusto.

La señora de Elissane dirigió algunas frases amables a Marcel y le felicitó por haber escapado de aquel peligro.

-Gracias al señor Dardentor- respondió Marcel Lornans.- Sin su sacrificio...

Patricio vio con satisfacción que su amo se contentó con estrechar la mano del joven sin responderle nada.

En lo que concierne a los Desirandelle, con los labios plegados, el rostro seco y la faz adusta, apenas se inclinaron a la entrada de los dos parisienses.

Luisa no pronunció una palabra, pero su mirada se cruzó con la de Marcel Lornans, y tal vez sus ojos dijeron más que lo que hubieran podido decir sus labios.

Después del desayuno, el señor Dardentor suplicó a las señoras que se preparasen mientras volvían, y los dos jóvenes, él y los señores de Desirandelle, padre e hijo, se dirigieron a la estación.

Como se ha dicho, el camino de hierro de Arzeu a Saida se interrumpe en esta última ciudad. Más allá, al través de los terrenos de alfa de la Sociedad francoargelina, la Compañía del Sur- Orán ha llevado su línea por Tafararoua hasta la estación de Kralfalla, de donde parten tres ramales: el uno, en explotación, desciende por el Kreider hasta Mecheria y Ain-Safra; el segundo, en construcción, recorre la región del Este en la dirección de Zraguet; el tercero, en

proyecto, debe ir por Ain-Sfissifa, prolongarse hasta Géryville, cuya altura llega a cerca de mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar.

Pero el viaje circular no comprendía una internación tan profunda hacia el Sur. Desde Saida, los turistas iban a avanzar al Oeste hasta Sebdou, y después á subir al Norte hasta Sidi-bel-Abbes-, donde volverían a tomar la línea de Orán.

Así es que, si Clovis iba a la estación de Saida, era con el objeto de examinar los medios de transporte puestos a disposición de los excursionistas, y quedó satisfecho.

Carros con bancos, cubiertos y tirados por mulas, caballos, asnos y camellos, no esperaban más que las órdenes de los viajeros para ponerse en camino. Por lo demás, ninguno de los otros turistas salidos de Orán había abandonado aún a Saida, y era preferible que el personal de la caravana fuese numeroso para aquella excursión al través de los territorios del Sur, por más que no hubiese peligro que temer por parte de las tribus nómadas.

Marcel Lornans y Juan Taconnat, hábiles jinetes, eligieron dos caballos que les parecieron buenos. El señor Desirandelle, después de reflexionarlo mucho, se decidió por un asiento en uno de los carros, juntamente con las tres señoras. Agatocles, poco seguro de montar bien, se decidió por un mulo.

Dardentor, excelente jinete, miró los caballos como conocedor, meneó la cabeza y no pronunció una palabra.

No hay que decir que la dirección de la caravana estaba confiada a un agente de la Compañía llamado Derivas, y que tenía a sus órdenes, un guía llamado Moktán y varios criados árabes. Las provisiones, en cantidad suficiente, serían conducidas en un carro; provisiones que podrían ser renovadas en Daya, Sebdou y Tlemcen. Por lo demás, no sería preciso acampar durante la noche. La caravana no andaría, conforme al plan acordado, más que unas diez leguas durante el día, y al llegar la noche se detendría en los pueblos o aldeas diseminadas por el camino.

-Perfectamente- declaró el señor Dardentor.- La organización honra al director de los Caminos de hierro de Argel. No tenemos más que felicitarnos de las medidas tomadas. Mañana a las nueve, cita en la estación; y puesto que tenemos un día de asueto... en camino, amigos míos, y visitemos Saida la Bella.

En el momento en que salían el señor Dardentor y sus compañeros, vieron u unos cien pasos a una persona que conocían. Era el señor Oriental, que iba a la estación por igual motivo que a ellos les había llevado.

-¡Hele aquí en persona!...- dijo Clovis en tono declamatorio.

Nuevo saludo del Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar, pero ninguna palabra cambiada. El señor Oriental parecía no querer entablar relaciones, lo mismo que había hecho a bordo del *Argelés.*

-¿De forma que será de los nuestros?- preguntó Marcel Lornans.

-Sí... - respondió Clovis Dardentor.

-Supongo- añadió Juan Taconnat- que la Compañía tendrá víveres suplementarios.

-¡Exagera usted, señor Taconnat!- replicó Clovis.- Y, sin embargo, ¡quién sabe si ese astrónomo nos será útil en el viaje! Supongan ustedes que la caravana se pierde; pues él la pondría en camino con sólo consultar los astros.

En fin; se vería de aprovechar la presencia del sabio si las circunstancias lo requerían.

Como lo había propuesto el señor Dardentor, la mañana y la tarde fueron consagradas a paseos por el interior y el exterior de la ciudad.

La población de Saida cuenta unos tres mil habitantes, población mixta, compuesta en una sexta parte de franceses, de una docena de judíos y el resto de indígenas.

El pueblo, originario de un círculo de la subdivisión militar de Mascara, fue fundado en 1854. Pero diez años antes no subsistían más que ruinas de la antigua ciudad, tomada y destruida por los franceses. Este cuadrilátero, cercado de murallas, formaba una de las plazas fuertes di Abd- el- Kader. Desde aquella época, la nueva ciudad ha sido reconstituida a dos kilómetros al SE. Está regada por el Meniarin, que sale de una profunda garganta. Preciso es convenir en que Saida la Bella no ofrecía a los turistas más que una copia de Saint- Denis del Sig y de Mascara, con su organiza-

ción moderna mezclada a las costumbres indígenas. Siempre el inevitable juez de paz, el recaudador, el guardabosque, el tradicional registro árabe. Nada de artístico que atraiga la atención, ningún resto de color local, lo que no es de extrañar, pues se trata de una ciudad de fundación relativamente reciente.

El señor Dardentor no pensó en quejarse. Su curiosidad quedó satisfecha, y experimentó de nuevo sus instintos de industrial ante los molinos y las serrerías, cuyo tic-tac agudo y estridentes chirridos encantaron sus oídos. Lo único que pudo disgustarle fue no haber llegado a Saida en miércoles, día de gran mercado de lanas. Aparte de esto, su natural disposición a admirarlo todo no debía desfallecer durante la excursión, y tal como se le veía al principio se le vería al término del viaje.

Felizmente, los alrededores de Saida ofrecen más pintoresco aspecto, paisajes dispuestos para el encanto de los ojos, puntos de vista encantadores propios para tentar la paleta de un pintor. Allí también vense opulentos viñedos y ricos planteles, donde se admiran todas las variedades de la flora argelina. En suma, como en las tres provincias de la colonia francesa, el campo de Saida revela sus cualidades productoras. Se cuentan quinientas mil hectáreas destinadas al cultivo del alfa; las tierras son de primer orden, y el Oued-Meniarin les da el agua suficiente; de forma que los resultados son grandes en aquel suelo soberbio, que la Na-

turaleza ha gratificado, por otra parte, de ricas canteras de mármol de amarillas venas.

De aquí la reflexión del Sr. Dardentor:

-¿Cómo Argelia con sus recursos naturales no puede bastarse a sí misma?

-Tiene demasiados funcionarios y pocos colonos- respondió Juan.

Prosiguióse el paseo hasta dos kilómetros al NO. de Saida. Allí, sobre un talud en cuya base corre el Meniarin a trescientos pies de profundidad, se elevaba la antigua ciudad. Nada más que ruinas de la fortaleza del famoso conquistador árabe, que tuvo la suerte final de todos los conquistadores.

El grupo Dardentor regresó a la fonda a la hora de comer, y después cada uno se retiró a su cuarto a terminar sus preparativos de viaje.

Si Juan Taconnat tuvo que apuntar aquel día como perdido, Marcel Lornans pudo inscribir un feliz renglón en su activo. Había tenido ocasión de hablar con Luisa y darla las gracias por sus cuidados.

-¡Ah, caballero!- había respondido la joven.- Cuando le he visto a usted desmayado, respirando apenas, he creído que... ¡No!..., ¡jamás lo olvidaré!

Preciso es convenir en que aquellas palabras eran más significativas que el hermoso temor de que el señor Dardentor había hablado.

XII

EN EL QUE LA CARAVANA ABANDONA A SAIDA Y LLEGA A DAYA.

Al día siguiente, una hora antes de la partida, el personal y el material de la caravana esperaban en la estación la llegada de los turistas. El agente Derivas daba sus últimas órdenes. El árabe Moktani acababa de ensillar su caballo. Tres carros y una carreta, colocados en hilera en el fondo del patio, con sus conductores en el pescante, estaban dispuestos. Una docena de caballos y mulas piafaban, mientras que dos pacíficos camellos, ricamente enjaezados, estaban tendidos al sol. Cinco indígenas reclutados para el tiempo que la excursión durase, agrupados en un rincón, con los brazos cruzados o inmóviles, esperaban la señal del jefe.

Con el grupo Dardentor, compuesto de nueve personas, la caravana sería de diez y seis excursionistas. Siete viajeros venidos de Orán, el señor Oriental entre ellos, que se apearon del tren dos días antes en Saida, iban a efectuar aquel viaje circular tan bien organizado. Viajera ninguna. Las señoras de Elissane y la de Desirandelle serían las únicas que representarían el elemento femenino.

Clovis Dardentor y sus compañeros, precedidos por Patricio, llegaron de los primeros a la estación. Poco después

aparecieron los demás turistas, de Orán la mayor parte, algunos de los que conocían a la señora de Elissane.

El señor Oriental, con su anteojo a la espalda y su saco en la mano, saludó a los ex pasajeros del *Argelés*, que le devolvieron el saludo. Aquella vez, Clovis se acercó a él con la mano extendida y la boca sonriente.

-¿Usted también?- preguntó.

-Sí, también- respondió el Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar.

-Veo que no ha olvidado usted su anteojo de larga vista. Tanto mejor, pues si nuestros guías se equivocan, será caso de abrir el ojo.

Patricio volvió el severo rostro, mientras Clovis y el señor Oriental se sacudían fuertemente la mano.

Entretanto Marcel Lornans desembarazaba a la señora y señorita de Elissane de los objetos que en las manos llevaban, el señor Desirandelle vigilaba que el equipaje fuera cuidadosamente colocado en la carreta. Agatocles acariciaba al mulo que había elegido, cuyas orejas se enderezaban nerviosamente. Juan Taconnat, pensativo, interrogaba aquel porvenir de quince días, al que se limitaba el viaje al través de los territorios del Sur de Orán. Formóse rápidamente la caravana. El primer carro, dotado de blandos almohadones y abrigado con cortinas, recibió a la señora de Elissane y su hija, a la de Desirandelle y su marido. En el segundo y tercero tomaron asiento cinco turistas que preferían la tran-

quilidad de aquel modo de transporte a la agitación de las caballerías.

Los dos parisienses montaron de un salto. Agatocles se izó pesadamente sobre su mulo.

-Mejor sería que subieras al carro le gritó su madre.- Tu padre te cedería el sitio.

Y el señor Desirandelle estaba dispuesto a favorecer esta combinación, que tenía la ventaja de poner a su hijo al lado de Luisa; pero Agatocles se obstinó en ir en su mulo, el que, no menos obstinado, se prometía, sin duda, jugarle alguna mala pasada.

El agente Derivas estaba ya a caballo y dos de los turistas también, cuando las miradas de todos se dirigieron a Clovis Dardentor.

El asombroso personaje, con la ayuda de su criado, acababa de echarse sobre los hombros el zerbani africano. Verdad que el fez o el turbante faltaban en su frente, ceñida por el casquete blanco de los turistas, pero sus polainas tenían estilo árabe y estaba magnífico con aquel traje aprobado por Patricio. Tal vez éste esperaba que ya su amo no se expresaría mas que en términos escogidos y con una elegancia completamente oriental.

El señor Dardentor cabalgó sobre la giba de uno de los dos camellos acostados, y el guía Moktani en el otro. Los dos animales se levantaron majestuosamente, y Clovis saludó con un gracioso ademán a sus compañeros de viaje.

-¡No hace nunca lo que los demás!- dijo la señora de Desirandelle.

-¡Con tal que no le suceda nada!- murmuró la joven.

-¡Qué hombre!- repetía Juan Taconnat a su primo.- ¡Qué honra ser hijo suyo!

-¡Al mismo tiempo que tenerle por padre!- replicó Lornans, cuyo pleonasmo fue acogido con una carcajada de su primo.

Patricio había montado con gran dignidad en su mulo, y el agente Derivas dio la señal de partida.

El orden de la caravana era el que sigue: a la cabeza, a caballo, el agente; después, en los dos camellos, Dardentor y el guía Moktani; Agatocles, procurando guardar el equilibrio en su mulo; en seguida los tres carros, en uno de los que iba el señor Oriental, y, por último, la carreta que transportaba a los indígenas con las provisiones, armas, equipajes, menos dos de aquellos, montados a retaguardia.

El trayecto de Saida a Daya no excede de cien kilómetros. El itinerario, cuidadosamente estudiado, indicaba una aldea a mitad del camino, a la que se debía llegar a las ocho de la noche, y donde se pasaría ésta, partiendo al siguiente día a fin de llegar a Daya por la noche. Una legua por hora permitiría transformar el viaje en un paseo al través de aquellos territorios de tan variado aspecto.

Al salir de Saida la caravana, abandonó inmediatamente el terreno de colonización por el territorio de Beni-Meniarin. Una vía de gran comunicación que se prolonga

hasta Daya se abría ante los turistas en dirección Oeste. No había más que seguir por ella.

El cielo estaba sembrado de nubes que arrojaba rápidamente la brisa NE. La temperatura era muy aceptable gracias al fresco de la atmósfera. El sol no enviaba más rayos que los precisos para producir el contraste de la luz y la sombra y dar valor a los viajeros.

La marcha se hacía al trotecillo de las cabalgaduras, pues el camino sube desde novecientos a mil cuatrocientos metros.

A algunos kilómetros, la caravana dejó las ruinas a la derecha y franqueó la extremidad del bosque Doui-Thabet, dirigiéndose hacia las fuentes del Oued-Hounet. Se rodeó entonces el bosque de los Djeffra-Cheraga, cuya superficie no es inferior a veintiún mil hectáreas.

Al Norte se desarrollan las vastas plantaciones de alfa, con sus talleres provistos de prensas hidráulicas, para comprimir la *stipa tendrissima*, el alfa en árabe. Esta gramínea, que resiste a la sequedad y al calor, sirve de alimento a los caballos y bestias, y sus hojas redondas son empleadas para la fabricación del esparto, sábanas, cordones, tapices, zapatos y sólido papel.

-Además- dijo el agente al señor Dardentor-, inmensas planicies de alfa inmensos bosques, montañas de las que se extrae el mineral de hierro, canteras que dan piedra y mármol se sucederán en nuestro camino.

-Y no nos quejaremos- respondió Dardentor.

-Sobre todo si los puntos de vista son pintorescos- añadió Marcel Lornans, pensando en otra cosa.

-¿Abundan los ríos en esta parte de la provincia?- preguntó Juan Taconnat.

-¡Hay más que venas en el cuerpo humano!- respondió el guía Moktani.

La región pertenece al Tell, nombre dado a aquella banda inclinada hacia el Mediterráneo Es la más favorecida de la provincia de Orán, donde los calores son excesivos y superiores a los de la antigua Berbería.

No obstante, la temperatura es soportable, lo mismo que sobre los Hauts-Plateaux de los pastos y lagos salados, pues más allá en el Sahara, el aire se carga de un polvo que ciega, y los reinos animal y vegetal son devorados por los ardores del sol africano.

Si el clima de la provincia es el más cálido de Argelia, es el más sano por efecto de las frecuentes brisas del NE. Tal vez también la porción del Tell de Orán que iba a recorrer la caravana es menos montañosa que el Tell de las provincias de Argel y Constantina. Mejor regadas sus llanuras, son más susceptibles de vegetación y su suelo es excelente, prestándose a toda clase de cultivo, y con especialidad al del algodón, cuando están impregnadas de sal, habiendo trescientas mil hectáreas en estas condiciones.

Por lo demás, bajo la cubierta de aquellos inmensos bosques, la caravana podía caminar sin temor alguno de los calores estivales, ya sofocantes en el mes de Mayo. ¡Y qué

vegetación, variada, poderosa, exuberante, se ofrecía ante los ojos! ¡Qué aire se respiraba, impregnado de los perfumes de las odoríferas plantas! Por todas partes juyubales, algarrobas, madroños, lentiscos, palmeras, mirtos, tomillos, espliego, y formando macizos toda la variedad de robles, de tan gran valor forestal, encinas, alcornoques, etc.; y además, tuyas, cedros, olmos, olivos salvajes, fresnos, pistachos, enebros, naranjos, eucaliptos, tan prósperos en Argelia, y millares de pinos de Alepo, sin hablar de los árboles de la resina.

Encantados, alegres, en este estado particular de los principios de un viaje, los excursionistas hicieron con entusiasmo la primera etapa de su itinerario. A su paso cantaban los pájaros, y el señor Dardentor pretendía que la amable Compañía de ferrocarriles Argelinos era quien había organizado aquel concierto. Su camello le conducía con los miramientos debidos a tan alto personaje, y aunque algunas veces un trote demasiado rápido hiciera que el jinete chocara contra las dos gibas del rumiante, aseguraba que jamás había encontrado montura de paso más suave y regular.

-¡Es superior a un caballo!- decía.

-¿Pero es verdad, señor Dardentor, que ese animal no le parece a usted muy duro?- preguntó Luisa.

-No, querida señorita. Él es el que debe encontrarme de una dureza de mármol de los Pirineos.

En ese instante, los caballeros se habían acercado a los carros y se cambiaron algunas palabras. Marcel Lornans y

Juan Taconnat pudieron hablar con la señora de Elissane y su hija, con gran disgusto de los Desirandelle, que no dejaban de vigilar a Agatocles, alguna vez en riña con su mulo.

-¡Ten cuidado con caerte!- le recomendaba su madre cuando el mulo daba alguna huída.

-¡Si cae se levantará!- respondió el señor Dardentor-. Vamos, Agatocles, procura no hacerte disparar.

-¡Hubiera preferido que viniera en el coche!- repetía el señor Desirandelle.

-¡Ah!... ¿Dónde va?- exclamó de repente Clovis Dardentor-, ¿Es que vuelve a Saida? ¡Eh, Agatocles, que equivocas el camino, hijo mío!

Efectivamente, a pesar de los esfuerzos del jinete, el mulo, saltando, retrocedía, sin querer oír nada.

Fue preciso detenerse algunos minutos, y Dardentor dio a Patricio el encargo de traer la bestia.

-¿A quién se aplica ese calificativo preguntó Juan Taconnat en voz baja-, al caballero o a la cabalgadura?

-A los dos- murmuró Marcel Lornans.

-Señores, señores, un poco de indulgencia- respondió Clovis Dardentor, que reprimía su risa con gran dificultad.

Pero seguramente Luisa oyó lo que decían, y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

Al fin calmóse la inquietud de la señora de Desirandelle. Patricio se había reunido en seguida con Agatocles y traía al desobediente animal.

- No es culpa mía- dijo el necio-, yo tiraba bien.

-¡No tires más!- respondió Dardentor, cuya estentórea voz espantó a los alados huéspedes de un macizo de lentiscos.

A las diez y media la caravana había franqueado el límite que separa Beni-Meniarin del Djafra-ben-Djafour. El paso del pequeño río tributario que alimenta los arroyos de la región septentrional se efectuó sin dificultad. Lo mismo sucedió algunos kilómetros más allá con el Fenouan, cuyas aguas corren en lo más espeso del bosque Cheraga.

Hacía veinte minutos que el sol había llegado al Meridiano cuando Moktani dio la señal de parada. El sitio era agradable para almorzar, bajo la sombra de las encinas, que no pueden traspasar los más fuertes rayos del sol, y a orillas del Oued-Fenouan, de límpidas y frescas aguas.

Apeáronse los jinetes de los caballos y mulos, que no tienen la costumbre de extenderse en el suelo; los dos camellos doblaron las rodillas, alargando sus cabezas sobre la hierba que tapizaba el camino. Clovis Dardentor y el guía echaron pie a tierra, y las bestias fueron a pacer no muy lejos, bajo la vigilancia de los indígenas; no faltaban abundantes y sustanciosos pastos. El carro fue descargado de las provisiones traídas de Saida, conservas variadas, carne fría, pan, apetitosas frutas, bananos, higos, peras, dátiles, etc. ¡Y qué apetito general, tan vivamente aguijoneado por el aire libre!

-¡Esta vez- observó Juan Taconnat- no habrá un capitán Bugarach que meta su barco entre las olas irritadas a la hora de almorzar!

-¿Cómo?... ¿Se habrá atrevido el capitán del *Argelés*?... preguntó el señor Desirandelle.

-Sí..., querido amigo... ¡Se ha atrevido!- exclamó el señor Dardentor.- ¡Y en interés de los accionistas de la Compañía! ¡Los dividendos ante todo! ¡Tanto mejor para los que tienen sólido el estómago, y se burlan del mareo como un marsuino de un golpe de mar!

La nariz de Patricio se había levantado tres veces.

-¡Pero aquí- continuó el señor Dardentor- el piso no se mueve, y no tenemos necesidad de una mesa especial!

Efectivamente: el servicio se había colocado sobre la hierba. No faltaba nada ni platos, ni vasos, ni tenedores, ni cuchillos... Todo estaba muy limpio.

No hay que decir que los turistas almorzaron juntos, lo que hizo mayor la intimidad. Cada uno se sentó en el sitio de su agrado. Marcel no muy cerca de Luisa por discreción, pero tampoco muy lejos, junto a su salvador, que le adoraba desde que le había arrancado a las «¡llamas turbulentas de un vagón incendiado!», frase soberbia que repetía el señor Dardentor.

Aquella vez en la campestre mesa no había sitio privilegiado, y el señor Oriental no tuvo que pensar en elegir lugar. Mantúvose algo alejado de la intimidad común, y gracias a la finura de vista, escogió los mejores trozos, por

más que algunos de ellos se los escatimó Juan Taconnat con la destreza de un prestidigitador, lo que dio origen a algún gestecillo de disgusto, que el señor Oriental no trató de disimular.

En resumen: aquella primera comida fue muy alegre. Nuestro héroe fue el que más lo demostró. No tardó en generalizarse la conversación. Se habló del viaje, de las sorpresas que les esperaban, de azares de un itinerario por una comarca tan interesante. Con este motivo la señora de Elissane preguntó si no había nada que temer de los leones de aquella región.

-¿Leones?- respondió Clovis Dardentor.- ¡Bah! ¿Es que somos tan pocos? ¿Es que en la carreta no hay carabinas, pistolas y municiones bastantes? ¿Es que mis amigos Marcel Lornans y Juan Taconnat no están acostumbrados al manejo de las armas de fuego? ¿Es que entre nuestros compañeros no los hay que hayan ganado los premios del tiro? Respecto a mí, sin alabarme, confieso que me siento capaz de agujerear a cuatrocientos metros mi cubreorejas.

-¡Hum!- dijo Patricio, a quien no gustó esta manera de designar un sombrero.

-Señoras- dijo entonces el agente Drivas-, pueden ustedes estar tranquilas en lo que se refiere a las fieras. No hay ataque que temer, puesto que sólo durante el día viajamos. Los leones, panteras, leopardos y hienas no abandonan sus escondrijos más que durante la noche, y al llegar ésta,

nuestra caravana estará siempre refugiada en algún pueblo europeo o árabe.

-¡Bah!- respondió Clovis Dardentor.- Me río yo de vuestras panteras como de un gato glotón; y en cuanto a vuestros leones... - añadió tendiendo el brazo a guisa de carabina, como si se hallase ante una bestia imaginaria- ¡Pum! ¡Pum! ¡En la caja de los sesos!

Patricio se apresuró a ir en busca de un plato que nadie le había pedido.

Por lo demás, el agente decía la verdad: durante el día no era de temer la agresión de las bestias feroces. Respecto a los demás habitantes de aquellos bosques, chacales, zorros, gacelas, avestruces, verracos, monos, con o sin cola, era inútil preocuparse de ellos, como tampoco de los escorpiones y víboras, muy raros en el Tell.

Sería ocioso advertir que el almuerzo fue regado con buenos vinos de Argelia, principalmente el blanco de Mascara, sin hablar del café y de los licores.

A la una y media la marcha continuó en el mismo orden. El camino penetraba más profundamente a través del bosque de Tendfeld, perdiéndose de vista las extensas exploraciones de alfa.

A la derecha dibujábanse las alturas conocidas con el nombre de Montañas de Hierro, de las que se extrae este excelente mineral.

No lejos existen pozos romanos, que se utilizan para la extracción del mismo.

Los senderos que cortan la zona forestal de la provincia eran frecuentados por los obreros empleados en las minas o en los depósitos de alfa. La mayor parte presentaba ese tipo morisco en que se mezcla la sangre de los antiguos líbanos, berberiscos, árabes, turcos y orientales, tanto los que habitan en los valles como los que viven en medio de las montañas, sobre los Hauts- Plateaux, en el límite del desierto. Pasaban en grupos, y, por su parte, no había por qué temer los ataques soñados por Juan Taconnat.

A las siete de la tarde los turistas llegaron al punto en que la carretera cruza con el camino vecinal de los alfacieros, el cual se aparta del camino de Sidi- bel- Abbes a Daya, y se prolonga hasta el Sur de los territorios de la Compañía franco- argelina.

Allí apareció una aldea, donde, conforme al itinerario, la caravana debía pasar la noche. Tres casas bastante limpias estaban dispuestas para recibirla. Después de comer, los lechos fueron repartidos, y aquella primera jornada de doce leguas dio a los viajeros diez horas de sosegado sueño.

A la mañana siguiente la caravana se puso nuevamente en marcha, y caminó de forma de hacer durante el día la segunda jornada hasta Daya.

Pero antes de partir, Clovis Dardentor, llamando aparte a los señores Desirandelle, tuvo con ellos la conversación siguiente:

-¡Ah, queridos amigos! ¿Y su hijo?... ¿Y la señorita Luisa? Me parece que el asunto no marcha bien. ¡Qué diablo! ¡Es preciso que aguce el ingenio!

-¡Qué quiere usted, señor Dardentor!- respondió el señor Desirandelle.- Es un mozo tan discreto... ¡tan prevenido!

-¡Prevenido!..- exclamó el otro.- ¡Vamos! ¿Acaso no debería ir de continuo junto al carro que ustedes ocupan, y aprovechar las paradas para ocuparse de su novia... hablarla... cumplimentarla por su buen humor y su buena cara..., en fin, sobre todo, ese montón de lisonjas que deben dirigirse a los jóvenes? ¡Si ese diablo de Agatocles no abre el pico!

-Señor Dardentor- respondió la señora de Desirandelle-, ¿me permite usted que le diga una cosa que me mortifica?

-Hable usted, señora mía.

-Pues bien: ha hecho usted mal en traer con usted a esos dos parisienses.

-¿A Juan y a Marcel? En primer lugar, yo no les he traído, sino que han venido solitos... Nadie podía impedirlo...

-Tanto peor, pues esto es muy enojoso.

-¿Y por qué?

-Porque uno de ellos fija su atención en Luisa más de lo que conviene, y esto lo ha notado ya la señora de Elissane.

-¿Y cuál de ellos?

-Ese señor Lornans... Ese fatuo, al que no puedo sufrir.

-¡Ni yo!- añadió el señor Desirandelle.

-¿Cómo?- exclamó Clovis.- ¡Mi amigo Marcel!... ¡El que yo he salvado delas turbulentas llamas!...

No añadió el fin de la frase.

-¡Vamos, amigos míos!- continuó. Eso no es cierto. Marcel no se ocupa de nuestra querida Luisa más que un hipopótamo de un ramo de violetas. Terminada la excursión, Juan Taconnat y él volverán a Orán, donde deben alistarse el 7.º de cazadores. ¡Ustedes han soñado todo esto! Además, si Marcel no hubiera venido, yo no hubiera tenido ocasión de...

Y su frase acabó en estas dos palabras: "¡Vagón incendiado!"

Evidentemente hablaba de buena fe, sin embargo, imposible negar su predilección por Lornans.

A las nueve la caravana penetró en el vasto bosque de la región, el de Zegla, que la carretera atraviesa diagonalmente, bajando hacia Daya, y que tiene una extensión de sesenta y ocho mil hectáreas.

Al mediodía terminóse la segunda jornada, y, lo mismo que la víspera, se almorzó a la fresca sombra de los árboles, a orillas del Oued-Sefioum.

Y tal era la disposición de ánimo del señor Dardentor, que no pensó en observar si Marcel Lornans se mostraba o no atento con Luisa.

Durante el almuerzo, advirtió que señor Oriental sacaba de su saco diversas confituras, de las que a nadie ofreció, y

que paladeó con la sensualidad de un *gourmet*. Como siempre, habíase servido los mejores trozos.

-No tiene necesidad de su anteojo para descubrirlos- dijo Juan Taconnat al señor Dardentor.

Por la tarde, a las tres, carruajes, caballos, camellos y mulos hicieron alto ante las ruinas berberiscas de Taourira, que interesaron a dos de los turistas, más arqueólogos que los demás.

Siguiendo su camino al SO., la caravana penetró en el territorio de Djafra-Thouama y Mehamid, regado por el Oued-Taoulila. No fue preciso desenganchar bestias para poder pasar.

El guía se mostraba muy inteligente con esa inteligencia que prevé las buenas propinas cuando el viaje se efectúa con general satisfacción. Al fin, el pueblo de Daya, en el extremo del bosque del mismo nombre, apareció en la penumbra del crepúsculo, a eso de las ocho.

Una buena posada dio hospitalidad a toda aquella gente, algo fatigada.

Antes de meterse en la cama, uno los parisienses dijo al otro:

-En fin, Marcel, si fuéramos atacados por las fieras, y tuviéramos la suerte de salvar al señor Dardentor de las garras un león o de una pantera, ¿no serviría esto de nada?

-Sí- respondió Marcel Lornans, medio dormido.- Sin embargo, te advierto que en un ataque de ese género no sería a él a quien yo pensaría salvar.

-¡Diablo!- dijo Juan Taconnat.

Y ya en la cama, oyendo ciertos aullidos que en torno de la posada resonaban, exclamó:

-¡Callad, bestias, que pasáis él día durmiendo!

Y después, antes de cerrar los ojos:

-Vamos, está escrito que yo no llegaré a ser hijo... ni aun nieto, de ese excelente hombre.

XIII

EN EL QUE SE MEZCLAN POR IGUALES DOSIS LA GRATITUD Y EL DESCORAZONAMIENTO DE JUAN TACONNAT.

Daya, la antigua Sidi-bel-Kheradji de los árabes, ahora una ciudad amurallada y protegida por cuatro fuertes, defiende la entrada de los Hauts- Plateaux de Orán.

A fin de que los turistas descansaran de las fatigas de los dos primeros días, el programa indicaba veinticuatro horas de parada en la capital. La caravana, pues, no debía volver a ponerse en camino hasta el segundo día.

Ningún inconveniente hubiera habido en prolongar la estancia; pues aquel punto, colocado a unos mil cuatrocientos metros de altura, en el flanco de montañas llenas de árboles y en medio de un bosque de pinos y encinas de catorce mil hectáreas, goza de un clima de una salubridad excepcional, siendo por este motivo muy solicitado por los europeos.

En esta ciudad de diez y seis a diez y siete mil habitantes, en su mayor parte indígenas, los franceses se reducen a los oficiales y soldados del puesto militar.

No hay para que hablar de la parada que los excursionistas hicieron en Daya. Las señoras no pasearon fuera de la ciudad. Los hombres se aventuraron un poco más lejos, por

las pendientes de las montañas y el interior de los frondosos bosques. Algunos bajaron por la llanura, hasta los bosques pantanosos que llevan el mismo nombre que el pueblo, y en los que se ven los pistachos y los juyubales salvajes.

Admirándolo siempre todo el señor Dardentor, fue el que arrastró á sus compañeros durante todo aquel día. Tal vez Marcel Lornans- hubiera preferido permanecer al lado de la señora y de la señorita Elissane, aunque tuviera que sufrir la insoportable presencia de los Desirandelle. Pero el salvador no podía separarse del salvado. Respecto a Juan Taconnat, su sitio estaba junto a Clovis, del que no se apartaba un paso.

Solamente Agatocles no tomó parte en esta excursión, gracias a la intervención del señor Dardentor, que sermoneó sobre el caso a los Desirandelle, padres. Era preciso que su hijo quedase junto a Luisa, puesto que las señoras no les acompañaban. Una franca explicación pondría en claro la situación de los novios. Había llegado el momento de provocar esta explicación, etc. Y Agatocles se había quedado.

¿Se efectuó la explicación? No se sabe. No obstante, por la noche, el señor Dardentor, llamando aparte a Luisa, la preguntó si se hallaba en disposición de partir al día siguiente.

-Desde las primeras horas- respondió la joven, cuyo rostro expresaba un indefinible disgusto.

-Agatocles le ha acompañado a usted todo el día..., y es a mí a quien usted debe...

-¡Ah! ¿A usted, señor Dardentor?

-Sí, yo he tenido esa excelente idea, y no dudo que esté usted satisfecha.

-¡Oh, señor Dardentor!...

Aquel *¡ah!* y aquel *¡oh!* decían mucho más de lo que se hubiera podido expresar en una conversación de dos horas. Sin embargo, nuestro héroe insistió en el asunto, haciendo que Luisa le confesara que no podía sufrir a Agatocles.

-¡Diablo!- murmuró al alejarse- ¡Esto va mal! ¡Bah! Aun no se ha pronunciado la última palabra. El corazón de una joven es un abismo...; y ¡qué bien he hecho en no hundir mi cabeza en uno de ellos!

Así razonaba Dardentor, sin que se le ocurriera que Marcel Lornans pudiera causar perjuicio al hijo de los Desirandelle. En su opinión, la notoria nulidad, la inconsciente tontería de su candidato, bastaban para explicar el desdén de Luisa Elissane.

Al siguiente día, a las siete, abandonaron el pueblo de Daya. La gente y las bestias estaban descansadas. El tiempo era favorable; el cielo, brumoso al amanecer, no tardaría en despejarse. Además, no era de presumir que lloviese. Las nubes se condensan tan raramente en las provincias de Orán, que en veinte años la altura media de las lluvias no ha alcanzado un metro, mitad de lo que ha caído en las otras provincias de Argelia. Felizmente, si el agua no viene del cielo, brota del suelo gracias a las múltiples ramificaciones de los ríos.

La distancia entre Daya y Sebdou es de unos setenta y cuatro kilómetros, siguiendo el camino que conduce desde Ras-el-Ma a Sebdou por El-Gor; y es preferible aceptar este rodeo a aventurarse en línea recta al través de las plantaciones de alfa del Oeste y de los cultivos indígenas, pues este accidentado país no ofrece a los viajeros la saludable sombra de los bosques limítrofes del Sur.

Desde Daya, el camino desciende hacia Sebdou. Partiendo al amanecer; Y andando rápidamente, la caravana esperaba llegar a El- Gor por la noche. Gran jornada, sin duda, interrumpida únicamente por el almuerzo al mediodía, y de la que los caballos, mulas y camellos hubieran tenido razón para quejarse, pero no lo hicieron.

El orden de costumbre fue mantenido en aquella comarca, donde abundan las fuentes, Ain-Sba, Ain-Bahiri, Ain-Sissa, afluyentes del Oued-Messoulen, y también las ruinas berberiscas, romanas y árabes. En las dos primeras horas, los turistas anduvieron los veinte kilómetros hasta Ras-el-Ma, una estación del camino de hierro en construcción que Sidi- bel- Abbes destaca hacia la región de los Hauts-Plateaux. Era el punto más al Sur que debían tocar durante el viaje circular.

No había más que seguir la extensa curva que une a Ras-el-Ma con El-Gor, y que es preciso no confundir con una estación del dicho camino de hierro.

Breve parada en aquel sitio, donde entonces trabajaban los obreros de la vía férrea, la que desde la estación de Ma-

genta se extiende por la ribera derecha del Oued-Hacaiba, subiendo por la costa novecientos cincuenta y cinco metros a mil ciento catorce. Penetraron primeramente en un bosquecillo de cuatro mil hectáreas, el bosque de Hacaiba, que el río de este nombre separa del bosque de Daya, y cuyas aguas están contenidas por una valla.

A las once y media hubo descanso en la orilla opuesta del bosque.

-Señores- dijo el agente Derivas después de haber conferenciado con el guía Moktani-: propongo a ustedes almorzar en este sitio.

-¡Proposición que es siempre bien acogida cuando uno se muere de hambre!- respondió Juan Taconnat.

-¡Y nosotros morimos de ella!- añadió Dardentor.- Yo tengo el baúl vacío.

-Aquí hay un río que nos dará agua clara y fresca- dijo Marcel Lornans,- y si el sitio es del gusto de estas señoras...

-La proposición de Moktani- dijo Derivas- debe ser aceptada por cuanto hasta el bosque de Ourgla, es decir, durante doce o quince kilómetros al través de las plantaciones de alfa, no tendremos sombra.

-Aceptado- respondió Dardentor.- Y que estas señoras no se asusten por un rato de camino al sol. Dentro del carro irán bien defendidas, y en cuanto a nosotros, bastará que miremos frente a frente al astro del día para hacerle bajar los ojos.

El almuerzo, lo mismo que el de la víspera, se compuso de las provisiones que conducía la carreta, renovadas en Daya, y que aseguraban el alimento hasta Sebdou.

La más grande intimidad existía entre los diversos miembros de la caravana, a excepción del señor Oriental, que se mantenía siempre alejado. No había, por lo demás, más que motivo de alegría por el modo como la excursión se efectuaba, y para felicitar a la Compañía, que lo había previsto todo a completa satisfacción de los excursionistas.

Marcel Lornans se distinguió por su cortesía. Instintivamente, Dardentor se sentía orgulloso de él, como un padre de su hijo. Se le escapó este grito:

-¡Eh, señoras... qué bien he hecho en salvar a mi querido Marcel y arrancarle!...

-De las turbulentas llamas de un vagón incendiado- no pudo menos de decir Juan.

-¡Perfectamente, perfectamente!- exclamó Dardentor.- Esa es mi frase... compuesta de soberbias palabras. ¿ Te agrada, Patricio?

Éste respondió sonriendo:

-Verdaderamente tiene un hermoso carácter, y cuándo el señor se expresa en esa forma académica...

-Vamos, señores- dijo Clovis levantando su vaso.- ¡ A la salud de estas señoras, y a la nuestra también! ¡No olvidemos, que estamos en el país de los... Siempre- bendita- Pompa!

-¡Esto no podía durar!- murmuró Patricio bajando la cabeza.

Inútil es decir que los señores de Desirandelle encontraban a Marcel cada vez más insoportable, más fatuo, más bellaco, y que se prometían hacer cambiar al señor Dardentor en este punto, cosa difícil en el estado en que este hombre expansivo se encontraba.

Al mediodía, la vajilla, cestas y botellas fueron colocadas de nuevo en la carreta, y los excursionistas se dispusieron a continuar el viaje.

Pero en este momento notóse la ausencia del señor Oriental.

-¡No veo al señor Oriental!- dijo el agente Derivas.

Nadie le veía, por más que hubiera tomado parte en la comida con la exactitud de su apetito de costumbre.

¿Qué le había sucedido?

-¡Señor Oriental!- gritó Clovis Dardentor con poderosa voz.- ¿Dónde se habrá metido ese coco con su telescopio? ¡Eh, señor Oriental!

Nadie respondió.

-No podemos abandonar a ese caballero- dijo la señora de Elissane.

Evidentemente, no podía ser. Pusióéronse en su busca, y bien pronto en un ángulo del bosque le vieron con su anteojo dirigido hacia el NO.

-No le molestemos- aconsejó Dardentor-, puesto que está en disposición de interrogar el horizonte. En este parti-

cular es capaz de prestarnos grandes servicios. Sólo con tomar la altura del sol, si nuestro guía se pierde, nos pondrá en buen camino.

-De la despensa- acabó Juan Taconnat.

-Perfectamente.

Una extensa explotación de alfa ocupa esta parte del territorio de Ouled-Balagh, que los excursionistas atravesaban subiendo hacia El-Gor. El camino, lleno de innumerables gramíneas, desarrollándose hasta perderse de vista, apenas si daba paso a los carruajes. Sólo en fila se podía avanzar.

El calor era intenso. Fue preciso cerrar los carros. Si alguna vez Marcel Lornans maldijo al astro radioso fue aquel día, puesto que la linda cara de Luisa desapareció tras de las cortinas. Clovis Dardentor, a caballo entre las dos jorobas del dromedario *(beduinando como un verdadero hijo de Mahoma),* no había conseguido hacer bajar los ojos al sol, y limpiándose la sudorosa frente, echaba tal vez de menos el «tabourka» árabe, que le hubiera protegido contra los rayos solares.

-¡Diablo!- exclamó-; quema hasta el rojo blanco esa sartén que va de un extremo a otro del horizonte. ¡Abrasa la sesera!...

-La cabeza, señor- observó Patricio.

Hacia el NO. se redondeaban las verdes alturas del bosque Ourgla, mientras al S. aparecía el enorme macizo de los Hauts-Plateaux.

A las tres se llegó al bosque en que la caravana iba a encontrar, bajo la impenetrable cubierta de las encinas, un aire saturado de aromas frescos y vivificantes.

El bosque Ourgla es uno de los más espaciosos de la región, pues no mide menos de setenta y cinco mil hectáreas. El camino le atravesaba en una extensión de once a doce kilómetros. Amplio por los acarreos que el Gobierno efectúa en la época de las talas, permite a los turistas reunirse a su gusto. Las cortinas de los carros fueron descorridas; los caballeros se acercaron. Alegres frases se cambiaron de uno a otro lado. El señor Dardentor repetía, en solicitud de felicitaciones que nadie le rehusó, excepto los Desirandelle, de peor humor que nunca:

-¡Eh, amigos míos! ¿ Quién es el hombre que les ha aconsejado a ustedes este delicioso viaje? ¿Está usted contenta, señora de Elissane, y usted, mi querida señorita Luisa? ¿Duda usted aún en abandonar su casa de la calle del Castillo Viejo?... ¡Vamos! No se puede cambiar este magnífico bosque por las calles de Orán. ¿Acaso el boulevard Oudinot o el paseo de Letang puede compararse con él?

No; tanto más cuanto que en aquel instante un grupo de monos pequeños escoltaba la caravana, balanceándose en los árboles, saltando de rama en rama, gritando y haciendo gestos. El señor Dardentor, deseoso de mostrar su destreza, emitió la idea de tirar sobre uno de aquellos animales con su escopeta. Como todos, sin duda, hubieran querido imitarle, la diversión hubiera producido el efecto de destruir toda la

banda; pero intervinieron las señoras, y no había medio de resistir a la señorita de Elissane pidiendo gracia para aquellas graciosas muestras de la fauna de Argel.

-Además- murmuró Taconnat al oído de Dardentor.- Al apuntar a un mono correría usted el riesgo de disparar sobre Agatocles.

-¡Oh, señor Taconnat! -murmuró Clovis... ¡Realmente usted aplasta a ese mozo... ¡Eso no es generoso!

Y como viese al hijo de Desirandelle, al que el mulo, en una brusca huída, acababa de enviar cuatro pasos atrás, sin causarle gran daño, añadió:

-Además, un mono no hubiera caído.

-Es verdad, y pido a los cuadrumanos que me perdonen la comparación.

Importaba, si se quería llegar a El-Gor antes de la noche, apresurar el paso durante las últimas horas de la tarde.

Las cabalgaduras pusiéronse, pues, al trote, lo que provocó numerosas sacudidas, pues el camino, aunque bueno para los carros de los cultivadores, dejaba algo que desear para una caravana de turistas. Sin embargo, no obstante las sacudidas de los carros y los falsos pasos de las bestias, no se oyó queja alguna.

Las señoras principalmente tenían prisa de llegar a El-Gor, es decir, a un sitio donde estuviesen en seguridad. La idea de caminar por el bosque después de la puesta del sol no les agradaba. Haber encontrado grupos de antílopes o gacelas o de monos, era encantador; pero de vez en cuando

oíanse a lo lejos aullidos feroces..., y cuando las fieras están en medio de las tinieblas...

-Señoras- dijo Clovis Dardentor con la intención de tranquilizarlas-, no se asusten ustedes, que no hay motivo. Si somos sorprendidos por la obscuridad en pleno bosque, les organizaré a ustedes un campamento al abrigo de los carruajes y se dormirá a la luz de la luna. ¡Seguro estoy que no tendría usted miedo, Luisa!

-Con usted, no, señor Dardentor...

-¿Ven ustedes esto? ¡Con el señor Dardentor, no! ¡Eh, señoras! Esta joven tiene confianza en mí... y hace bien.

-Por mucha confianza que se pueda tener en usted, señor Dardentor- respondió la señora de Desirandelle-, preferimos no vernos en el caso de hacer esa prueba.

Y la madre de Agatocles pronunció en tono seco estas palabras, que merecieron la aprobación de su marido.

-No teman ustedes, señoras- dijo Marcel Lornans.- En caso de necesidad, el señor Dardentor podría contar con todos nosotros y sacrificaríamos la vida antes de...

-¡De gran cosa serviría si nosotros perdíamos después la nuestra!- respondió el señor Desirandelle.

-¡Muy lógico, mi viejo amigo!- exclamó. Clovis-. Pero, en suma, no imagino qué peligro...

-El peligro de ser atacados por una banda de malhechores- respondió la señora de Desirandelle.

- No creo que hay nada que temer en ese punto- afirmó el agente.

-¿Qué sabe usted?- respondió la dama, que no quería darse a partido.- Además..., esas fieras que salen de noche...

-¡Tampoco, hay nada que temer!- exclamó Dardentor-. Se guardaría el campamento con centinelas y con hogueras mantenidas hasta el alba. Se le daría a Agatocles la carabina de Castibelza, y se le colocaría...

-Suplico a usted que deje a Agatocles donde está- respondió agriamente la señora de Desirandelle.

-¡Sea! Pero Marcel y Juan harían buenos centinelas.

-Aunque no lo dudamos, lo mejor es llegar a El- Gor- concluyó la señora de Elissane.

-Entonces, ¡adelante caballos, mulos, y camellos!- exclamó Clovis Dardentor.

-Que abran el compás...

-Nunca puede este hombre concluir de buena manera- pensó Patricio.

Y dio a su mulo un latigazo, que de buena gana hubiera dado a su amo.

En fin, la caravana marchó a tan buen paso, que a eso de las seis y media se detuvo en la orilla opuesta del bosque Ourgla. Cinco o seis kilómetros solamente quedaban para llegar a El Gor, donde se estaría antes de la noche.

En este sitio presentóse un paso de río menos fácil que los anteriores.

Un arroyo bastante ancho cortaba el camino. El Sar, tributario del Oued-Slissen, había tenido una crecida, sin duda

por efecto del rompimiento de una valla establecida a algunos kilómetros más arriba.

Los arroyos que la caravana había ya franqueado entre Saida y Daya apenas mojaban las patas de las bestias, es decir, que estaban casi secos.

Esta vez había de ochenta a noventa centímetros de agua, lo que no era para preocupar al guía, que conocía el paso.

Moktani eligió, pues, un sitio en que el declive de la arena permitía a los carros pasar. Como el agua no pasaría del cubo de las ruedas, las cajas quedarían intactas y los viajeros tenían la seguridad de ser transportados sin deterioro a la ribera derecha, distante unos cien metros.

El guía marchó a la cabeza, seguido por el agente Derivas y Clovis Dardentor. Desde lo alto de su gigantesca montura el último dominaba la superficie del río, semejante a un monstruo acuático de la época antediluviana.

A ambos lados del carro que conducía a las señoras cabalgaban Marcel Lornans a la derecha, y Juan Taconnat a la izquierda.

Seguían los demás carros que los turistas no habían abandonado. Los indígenas, montados en su carro, cerraban la caravana.

Preciso es advertir que ante la voluntad de su madre, expresamente formulada, Agatocles había tenido que abandonar su mulo y tomar asiento en el carro. La señora de Desirandelle no quería que su hijo se viera expuesto al dis-

gusto de un baño forzado en el Sar, en el caso que el desobediente animal se entregase a alguna fantástica cabriola, de que el jinete seguramente hubiera sido víctima.

Las cosas marchaban bien bajo la dirección de Moktani.

Como el lecho del río se profundizaba gradualmente, las bestias se hundían a medida que adelantaban, aunque el agua no les llegó al vientre ni aun cuando estuvieron en la mitad del río. Los caballeros levantaban las piernas, pero ni Dardentor ni el guía, en lo alto de sus camellos, se veían obligados a adoptar tal precaución.

La mitad de la distancia había sido franqueada cuando se oyó un grito.

Le dio Luisa al ver desaparecer a Juan Taconnat, cuyo caballo había caído, por efecto de una depresión de la derecha del paso, que el guía pudo evitar manteniéndose más alto. Al grito de Luisa detúvose la caravana.

Juan Taconnat, buen nadador, no hubiera corrido peligro alguno de haber soltado los estribos; pero, sorprendido por la caída, no tuvo tiempo de hacerlo y cayó sobre el ijar de su caballo, que se agitaba violentamente.

Marcel Lornans llevó vivamente su cabalgadura hacia la derecha en el momento en que su primo desaparecía.

-¡Juan!- gritó- ¡Juan!

Y aunque no supiese nadar, iba a intentar auxiliarle, a riesgo de ahogarse él mismo, cuando vio que otro le había precedido. Este otro era Clovis Dardentor.

Desde el lomo de su dromedario se había desembarazado de su zerbani, que le envolvía, y acababa de arrojarse al Sar, nadando hacia el sitio en que el agua se agitaba aún.

Inmóviles, sin aliento, espantados, todos miraban al valiente salvador. ¿No se engañaba respecto al poder de sus fuerzas? ¿No habría dos víctimas en vez de una?

Al cabo de algunos instantes, Dardentor reapareció arrastrando a Juan Taconnat medio sofocado, y al que había conseguido desenredar de los estribos. Traíale por el cuello y le levantaba la cabeza fuera del agua, mientras con su mano libre le llevaba hacia el vado.

Algunos momentos después la caravana llegaba a la opuesta orilla.

Los excursionistas se apearon de los carruajes y de los caballos, rodeando al joven, que no tardó en recobrar el conocimiento, mientras Clovis se sacudía como un perro, calado hasta los huesos.

Juan Taconnat comprendió entonces lo que había pasado, a quién debía la vida, y tendiendo la diestra a su salvador, en vez de darle las gracias, dijo:

-¡No tengo suerte!

Respuesta que no fue comprendida más que por su amigo Marcel.

Después, tras un grupo de árboles, a algunos pasos de la ribera, Clovis y Juan, a los que Patricio llevó alguna ropa sacada de sus maletas, se mudaban de pies a cabeza.

Después de una breve parada la caravana continuó su camino, y a las ocho y media de la noche terminaba su larga jornada a la aldea de El-Gor.

XIV

EN EL QUE TLEMCEN NO ES VISITADO CON EL CUIDADO QUE LA ENCANTADORA CIUDAD MERECE.

Sebdou, capital del círculo, población mixta de mil seiscientos habitantes, entre los que apenas se cuentan algunas docenas de franceses, está situada en medio de un país de gran belleza, clima excelente y sano, y campo de incomparable fertilidad. ¡Se dice hasta que fue la Tafraona de los indígenas! Y, sin embargo, Juan Taconnat «se burlaba de ella como un sollo de un mondadientes», como hubiera podido decir Clovis Dardentor, a riesgo de herir la delicadeza de su fiel criado.

En efecto: el pobre Juan estaba mal desde la llegada a El- Gor. Durante el resto del día no fue posible hacerle salir de su cuarto. El mismo Marcel se vio en la precisión de abandonarle a sí mismo. No quería ver ni recibir a nadie. Sentíase incapaz de expresar el reconocimiento que debía a Clovis. Si hubiera saltado al cuello de su salvador, le hubieran dado intenciones de estrangularle.

Resultado de esto: que únicamente Dardentor y Marcel, sin hablar de otros turistas, fieles al programa de su viaje, visitaron a conciencia a Sebdou.

Las señoras, no recobradas aún de su emoción y de sus fatigas, habían tomado la resolución de consagrar aquel día al descanso, resolución muy lamentada por Marcel Lornans, pues no vio a Luisa más que a las horas de almorzar y de comer.

Por lo demás, Sebdou no ofrece grandes curiosidades, bastando una hora para recorrer el pueblo. Sin embargo, Clovis Dardentor encontró en él el contingente habitual de hornos de cal, de tejares y molinos que funcionan en casi todas las ciudades de la provincia de Orán. Él y sus compañeros rodearon la muralla que ciñe la aldea, y que fue durante algunos años un punto avanzado de la colonia francesa. Pero como aquel día era jueves, había gran mercado árabe, y nuestro héroe mostró vivo interés en aquel movimiento comercial.

La caravana partió al día siguiente, 19 de Mayo, muy temprano, a fin de recorrer los cuarenta kilómetros que separan Sebdou de Tlemcen. Pasado el Oued-Merdja, un afluente de Tafna, internóse por una ancha explotación de alfa, atravesando arroyos de agua límpida, y después de franquear algunos bosques hizo alto para almorzar en un parador público situado a mil quinientos metros de altura, y continuando por el pueblo de Termi y las Montañas Negras, más allá del Oued-Sakat, llegó a Tlemcen.

Tras de jornada tan ruda, una buena fonda recibió a todos, que debían permanecer en ella treinta y seis horas.

Durante el camino, Juan Taconnat se mantuvo aparte, respondiendo apenas a las demostraciones casi paternales del señor Dardentor.

A su descorazonamiento mezclábase cierta dosis de vergüenza. ¡El salvado por el que quería salvar! Aquella mañana, después de haberse mostrado enfurruñado desde la víspera, saltó de su lecho y despertó a Marcel, apostrofándole de esta suerte:

-Y bien... ¿qué dices?

Nada podía decir el otro, pues dormía aun.

Su primo iba y venía por el cuarto, gesticulaba, cruzábase de brazos, lanzaba recriminaciones... ¡No!... ¡No podía tomar las cosas alegremente, como había prometido! Estaba decidido a tomarlas por el lado trágico...

Al fin, interrogado de nuevo, se enderezó Marcel, y no encontró nada que responder.

-Lo que te digo, Juan, es que tengas calma. Cuando se declara la desgracia de un modo tan categórico, lo mejor es someterse...

-¡O abdicar!...- respondió Juan-. Conozco esa divisa..., y no es la mía... ¡Es demasiado fuerte! ¡Cuando pienso que de las tres circunstancias que el Código exige se han presentado dos: las olas y las llamas! ¡Y que ese incalificable Dardentor, que hubiera podido ser envuelto por las llamas del tren o desaparecer bajo el agua del Sar, y al que tal vez tú o yo hubiéramos salvado, ha representado el papel de salvador!... ¡El incendio te ha escogido a ti... y el naufragio a mí!

-¿Quieres mi opinión, Juan?

-Venga, Marcel.

-¡Que encuentro esto chistoso!

-¡Ah! ¿Lo encuentras chistoso?

-¡Sí, y creo que si el tercer incidente se produjera, un combate en la última parte del viaje, mucho me engaño si no era el señor Dardentor el que nos salvara a ambos!

Juan Taconnat dio una patada en el suelo, derribó las sillas, golpeó sobre los cristales de las ventanas a riesgo de romperlos, y..., lo que parecía muy singular, ¡el furor era realmente serio en un fantaseador de su especie!

-Vamos, Juan- añadió Marcel.- Debías renunciar a hacerte adoptar por el señor Dardentor..., como yo por mi cuenta he renunciado...

-¡Nunca!

-Tanto más cuanto que ese émulo inmortal de Perrichon te ha salvado, y te va a adorar como a mí me adora...

-No tengo necesidad de su adoración, Marcel, sino de su adopción, y que Mahoma me estrangule si no encuentro el medio de conseguirla.

-¿Y cuál será ese medio, puesto que la suerte se te presenta siempre contraria?

-Le prepararé alguna trampa. Le arrojaré en el primer torrente que nos encontremos. Prenderé, si es preciso, fuego a su cuarto, a su casa. Reclutaré una banda de beduinos o de touaregs, que nos ataquen en el camino. En fin, le tenderé algún lazo...

-Y ¿sabes tú lo que sucederá con tus lazos?

-Sucederá...

-Que caerás tú en ellos y de ellos te sacará Dardentor, el protegido de las buenas hadas, el favorito de la Providencia, el prototipo del hombre de suerte, al que todo le ha salido bien en la vida, y para el que la diosa Fortuna mueve siempre su rueda en buen sentido.

-Yo sabré en la primera ocasión hacer que la manivela se tuerza.

-Además, Juan, ya estamos en Tlemcen.

-¿Y bien?...

-Y bien; dentro de tres o cuatro días estaremos en Orán, y lo más prudente será arrojar al olvido todas las ilusiones del porvenir, o ir a firmar nuestro alistamiento.

Al pronunciar estas palabras, la voz de Marcel estaba visiblemente alterada.

-Vaya, mi pobre amigo- respondió Juan.- ¡Yo creía que la señorita Luisa, Elissane!...

-¡Sí, Juan, sí! Pero ¿por qué soñar, si el sueño no se ha de convertir jamás en realidad? Por lo menos guardaré de esta joven un imperecedero recuerdo.

-¿Estás, pues, resignado?

-Lo estoy.

-¡Casi tanto como yo lo estoy a no ser el hijo adoptivo de Dardentor!- exclamó Juan.- Y si he de decirte lo que pienso, antójaseme que tú tienes más probabilidades de obtener tus deseos.

-¡Estás loco!

-No; pues, después de todo, la desgracia no se ha encarnizado contra ti como conmigo, y creo más fácil que la señorita Elissane se convierta en la señora de Lornans, que Juan Taconnat llegue a ser Juan Dardentor, aunque no se trate más que de un sencillo cambio de nombre.

Mientras los dos jóvenes se entregaban a esta conversación, que se prolongó hasta la hora del almuerzo, Clovis Dardentor, ayudado por Patricio, se ocupaba de su tocado. La visita a Tlemcen y sus alrededores no debía empezar hasta la tarde.

-Y bien, Patricio- preguntó el amo al criado-, ¿qué piensas de esos dos jóvenes?

-¿Los señores Taconnat y Marcel?

-Sí.

-Pues pienso que el uno hubiera perecido en las llamas y en el agua el otro, si el señor no hubiera expuesto su vida para arrancarles de una terrible muerte.

-¡Gran lástima hubiera sido, pues los dos jóvenes son dignos de una larga y feliz existencia! Con su amabilidad, su buen humor, su inteligencia y su gracia, harán camino en el mundo. ¿No es verdad, Patricio?

-Pienso exactamente lo mismo que el señor. Pero ¿me permitirá el señor una observación inspirada por mis reflexiones personales?

-Te lo permito si no se te va el santo al cielo y te extiendes mucho.

-Es que... Tal vez el señor comprenderá la justicia de mi observación.

-Pues, anda, sin preámbulos, y no des vueltas durante una hora alrededor del puchero.

-¡El puchero! ¡El puchero!- dijo Patricio...

-¿Te soltarás la rienda?

-¿Consentirá el señor en formular su juicio sobre el hijo del señor y la señora Desirandelle?

-¿Agatocles?... Es un bravo mozo... Un poco... y un mucho..., ...así..., vamos.

Una de esas naturalezas que no se despiertan hasta después del matrimonio... Tal vez está en bruto... Dame el peine de los bigotes.

- Aquí está, señor.

-¡Pero de la madera de los que se hacen los mejores maridos! Se le ha elegido un partido, excelente, y estoy seguro que ese matrimonio tiene la dicha asegurada. Pero no le veo la punta a tu observación.

-Ya saldrá naturalmente cuando el señor tenga a bien responderme a la segunda pregunta que su condescendencia me autorizará a dirigirle.

-Dirige lo que quieras.

-¿Qué piensa el señor de la señorita Elissane?

-¡Oh! ¡Encantadora!... ¡Deliciosa, buena, espiritual, inteligente, a la vez jovial y seria!... Las palabras me faltan... lo mismo que el cepillo del pelo. ¿Dónde está el cepillo?

-Aquí, señor.

-Si yo me casara, querría tener algo semejante...

-¿Un cepillo?

-¡No!, tonto... Una mujer como Luisa. Te lo repito. Agatocles puede vanagloriarse de haber tenido la suerte de sacar un famoso número.

-¿De modo que el señor cree poder afirmar que ese matrimonio es cosa hecha?

-Como si el alcalde les hubiera unido el uno al otro. Además, no hemos venido a Orán a otra cosa. Sin duda yo esperaba que los dos futuros hubieran intimado más durante el viaje. Pero la cosa se arreglará, Patricio. Acuérdate de lo que te digo. ¡Antes de tres semanas bailaremos en la boda... y yo haré un caballero solo con gran meneo de caderas!

La frase, tan impropia de una ceremonia nupcial, hizo mal efecto a Patricio.

-Vamos- añadió Dardentor.- Aún no sé nada de tu observación, inspirada por tus reflexiones personales...

-Personales... y me asombra que esta observación haya podido escapar a la perspicacia, del señor.

-Pero desembucha... ¿Cuál es tu observación?

-Tan justa es, que el señor mismo la hará... después de una tercera pregunta.

-¿Una tercera?

-Si el señor no quiere...

-Al grano, animal... ¡Cualquiera diría que pretendes ponerme rabioso!

-El señor sabe bien que soy incapaz de ninguna tentativa de ese género contra su persona.

-¿Quieres echar fuera o no la tercera pregunta?

-¿No ha notado el señor la conducta del señor Lornans desde la partida de Orán?

-¿De mi querido Marcel? Efectivamente; me ha parecido demostrar gran gratitud por el insignificante servicio que he tenido la dicha de prestarle, lo mismo que a su primo... aunque éste no lo ha demostrado tanto.

-Se trata del señor Lornans, y no del señor Taconnat- respondió Patricio-. ¿No ha notado el señor que parece que la señorita Elissane le agrada mucho, y que se ocupa de ella más de lo conveniente, tratándose de una joven casi en vísperas de casarse, y que el señor y la señora de Desirandelle están algo disgustados por esto, y no sin motivo?

-¿Tú has visto eso, Patricio?

-Si al señor no le disgusta...

-Sí. Esa buena señora de Desirandelle me ha hablado algo de ello. ¡Bah! Pura imaginación.

-Me atrevo a afirmar al señor que no ha sido la señora de Desirandelle la única persona que lo ha notado.

-¡Ni unos ni otros sabéis lo que decís!- exclamó Clovis Dardentor- Además, ¿en qué terminaría todo, dado caso que fuera cierto? No... He prometido concertar el matrimonio de Agatocles y Luisa... y se hará.

-Aunque para mí sea un disgusto no estar de acuerdo con el señor, debo persistir en mi idea.

-Persiste lo que quieras...

-¡Hay gentes que están ciegas!- dijo secamente Patricio.

-¡Pero si eso no tiene sentido común! ¡Marcel... un mozo al que he arrancado de las llamas turbulentas, solicitar a Luisa! Es como si pretendieras que ese glotón de Oriental pensara en pedir su mano.

-No he hablado del señor Oriental, que nada tiene que ver en este asunto particular del señor Lornans.

-¿Dónde está mi tubo?

-¿El tubo del señor?

- Sí..., mi sombrero.

-Aquí está el sombrero del señor, y no su...- respondió Patricio indignado.

-Y oye, Patricio. No sabes lo que dices, no entiendes jota, ¡te metes el dedo en la pupila hasta el codo!...

Y tomando su sombrero, dejó a Patricio, que se sacara como pudiera el dedo que a tal profundidad se había metido.

No obstante, tal vez nuestro héroe se sentía fatigado. ¡Aquel imbécil de Agatocles, que no hacía progreso alguno! Los Desirandelle, que se disponían a dirigirle reproches con él, haciéndole responsable de las ideas de Marcel Lornans, admitiendo que éstas fueran las que indicaban ciertos detalles que le vinieron a la memoria... En fin, se prometió observarlo todo.

Aquella mañana, durante el almuerzo, Clovis Dardentor no notó nada sospechoso. Descuidando un poco a Marcel,

dirigió todas sus frases a Juan Taconnat, su "último salvado", que respondía indolentemente.

Luisa mostróse con él muy afectuosa, y tal vez Clovis sospechó al fin que era demasiado encantadora para aquel imbécil, al que se quería hacer su marido..., y que parecían armonizarse como el azúcar y la sal...

-¿Señor Dardentor?- dijo la señora Desirandelle a los postres.

-Querida amiga...

-¿No hay camino de hierro entre Tlemcen y Sidi- bel-Abbes?

-Sí, pero está en construcción.

-¡Es una lástima!

-¿Por qué?

-Porque mi marido y yo hubiéramos preferido tomarle para regresar a Orán.

-¿Cómo- exclamó Clovis- hasta Sidi-bel-Abbes el camino es magnífico. No hay que temer ni fatiga ni peligro... para nadie...

Y sonrió a Marcel, que no advirtió su sonrisa, y a Juan Taconnat, que apretó los dientes como si sintiera deseos de morder.

-Sí- añadió el señor Desirandelle-, estamos muy fatigados del viaje, y es de lamentar que no se le pueda abreviar. La señora de Elissane y Luisa, lo mismo que nosotros, hubieran...

Antes que la frase estuviera terminada, Marcel Lornans había mirado a la joven, que le miró a él también. Dardentor tuvo que decirse: ¡Calla!... y recordando la frase del poeta: “Dios ha dado a la mujer la boca para hablar y los ojos para responder”, se preguntó qué respuesta habían dado los ojos de Luisa.

-¡Mil diablos!- murmuró.

-En fin, ¿qué quieren ustedes, amigos míos?- añadió.- El camino de hierro no funciona aun, y, no hay medio de dividir la caravana.

-¿No podríamos partir hoy mismo?- respondió el señor Desirandelle.

-¡Hoy!- exclamó Dardentor.- ¿ Marcharnos antes de haber visitado esta magnífica Tlemcen, sus almacenes, su ciudadela, sus sinagogas, sus mezquitas, sus paseos, sus alrededores, todas las maravillas que nuestro guía me ha indicado? ¡Apenas si bastarán dos días!

-Estas señoras están muy fatigadas para emprender esa excursión, Dardentor- respondió fríamente el señor Desirandelle-, y yo las haré compañía.... Un paseo por la ciudad será lo más que haremos. Libres quedan ustedes y esos señores... a los que ha salvado del turbión de las aguas y de las llamas, de visitar a conciencia esa magnífica Tlemcen. Pero sea lo que sea, está decidido que mañana a primera hora partiremos.

Esto era formal, y Clovis Dardentor, algo fastidiado de la burla del señor Desirandelle, viendo que los rostros de

Marcel y Luisa se obscurecían, y comprendiendo además que no había para qué insistir, abandonó a aquellas señoras, después de haber lanzado una última mirada a la entristecida joven.

-¿Viene usted, Marcel? ¿Viene usted, Juan?- preguntó.

-Le seguimos a usted- respondió el primero.

-¡Acabará por tutearnos!- murmuró el otro, no sin desdén.

En las condiciones en que se encontraban, no les quedaba más partido que seguir a Dardentor. En cuanto al hijo de los Desirandelle, había salido, y durante todo el día pudo vérsele en compañía del señor Oriental, frecuentando las tiendas de comestibles y las confiterías.

No había duda que el Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar había reconocido en el joven disposiciones naturales para el empleo de su boca.

Dado el estado moral de los dos parisienses, no podían interesarse gran cosa en aquella curiosa Tlemcen, la Bab-el-Gharb de los árabes, situada en medio del Isser, en el semicírculo del Tafna.

Y, no obstante, es tan linda que se la conoce con el nombre de la «Granada africana» La antigua Pomaria de los romanos, reemplazada por el Tagrartn al Oeste, se ha convertido en la moderna Tlemcen. Con su Joanne en la mano, el señor Dardentor tuvo buen cuidado de repetir que ya era floreciente en el siglo XV; industrial, comercial, artística, científica, bajo la influencia de las razas berberiscas; que

contaba entonces veinticinco mil familias; que era actualmente la quinta ciudad de Argelia con su población de veinticinco mil habitantes, de los que tres mil son franceses y tres mil judíos; que después de haber sido tomada por los turcos en 1553, por los franceses en 1836, y cedida después a Abel- el- Kader, fue definitivamente tomada en 1842; que constituía una capital estratégica de gran importancia en la frontera marroquí... Pero, a pesar de todos los esfuerzos de Dardentor, apenas si fue escuchado, y no obtuvo más que vagas respuestas.

Preguntábase el digno hombre si no hubiera sido mejor dejar a aquellos dos desesperados en su rincón... Pero les quería mucho y procuraba no demostrar mal humor, aunque más de una vez sintió deseos de preguntar a Marcel, poniéndole entre la espada y la pared:

-¿Es eso verdad? ¿Es serio?... Ábrame usted el corazón, y que yo lea dentro de él.

No lo hizo... ¿Para qué? Era un joven sin fortuna, que jamás sería aceptado por la práctica o interesada señora Elissane. Y además..., él..., el amigo de los Desirandelle...

Resultó de esto que Dardentor no sacó lo que esperaba de la ciudad, situada en una posición verdaderamente admirable, sobre una terraza a ochocientos metros de altura, en los flancos a pico del monte Termi, que sobresale de los macizos del Nadar, desde donde la vista se extiende sobre las planicies del Isser y del Tafna, zona de verdura de doce

kilómetros, verdadera selva de árboles seculares, y gran número de frutales y plantaciones de olivo por millares.

Inútil es decir que todas las ruedas de la Administración francesa funcionan en Tlemcen con regularidad de máquina. En lo que se refiere a establecimientos industriales, Dardentor pudo escoger entre los molinos de harina, fábricas de aceite y de telas. El mismo hizo la adquisición de un delicioso par de babuchas en una tienda de la plaza Cavaignac.

-Me parecen un poco pequeñas para usted- observó burlonamente Juan Taconnat.

-¡Diablo!

-Y un poco caras...

-¡Hay dinero!

-¿A quién las destina usted?,- preguntó Marcel Lornans.

-A una gentil persona- respondió Dardentor guiñando un ojo.

He ahí lo que no hubiera podido permitirse Marcel, que, no obstante, hubiera deseado gastar todo el dinero del viaje en un regalo para la joven.

Si en Tlemcen se encuentra todo el comercio del Oeste y de las tribus marroquíes, granos, bestias, pieles, tisús, plumas, la ciudad ofrece igualmente a los aficionados a antigüedades preciosos recuerdos.

Aquí y allá, numerosos restos de la arquitectura árabe; las ruinas de sus tres viejas murallas, reemplazadas por el moderno muro de cuatro kilómetros y nueve puertas; barrios moriscos de abovedadas callejas, restos de las sesenta

mezquitas que poseía en otra época. Preciso era que los dos jóvenes tuvieran una mirada para la venerable ciudadela, el Mechouar, antiguo palacio del siglo XII, y también para Kissaria, convertida en cuartel de spahis, donde se reunían los mercaderes genoveses, pisanos y provenzales. Además, ¿qué cosa más digna de contemplarse que las mezquitas, con su profusión de blancos minaretes, sus columnas de mosaico, sus pinturas, la mezquita de Djema-Kebir, la de Abdul-Hassim, cuyas tres bóvedas reposan sobre pilares de onix, y en la que los chicuelos árabes aprenden a leer, a escribir y la aritmética, en el mismo sitio en que murió Boabdil, el último de los reyes moros de Granada?

Los tres personajes atravesaron calles y franquearon plazas de regular dibujo; un barrio híbrido donde contrastaban las casas indígenas con las europeas, y otros barrios modernos. Por todas partes había fuentes, siendo la de la plaza de San Miguel la más linda de todas. La explanada de Mechouar, sombreada por cuatro hileras de árboles, ofreció, al fin, a los turistas, hasta el momento de regresar a la fonda, una vista incomparable del campo de los contornos.

Respecto a los alrededores de Tlemcen, sus aldeas agrícolas, las koubbas de Sidi-Daoudi y de Sidi-Abd-es-Salam, la resonante cascada de El-Ourit, por la que el Saf Saf se precipita desde una altura de ochenta metros, y otros tantos atractivos, Clovis Dardentor se limitó a admirarles en el texto oficial de su guía.

¡Sí! Precisos serían varios días para estudiar a Tlemcen y sus alrededores. Pero hubiera sido trabajo inútil proponer prolongar la estancia a gentes que no deseaban sino marcharse lo más pronto posible y por el más corto camino. Por mucha autoridad que Dardentor tuviera sobre sus compañeros de viaje, autoridad además disminuida, no se atrevió a hacer la proposición.

-Y bien, mi querido Marcel y mi querido Juan- ¿qué piensan ustedes de Tlemcen?

-Una hermosa ciudad- se contentó con responder distraídamente el primero.

-Hermosa... sí... - refunfuñó el segundo.

-Vaya... Bien hice en cogerle a usted, Marcel, por el cuello, y a usted, Juan, por el pantalón. ¡Qué de cosas soberbias no hubieran visto si no!

-Usted ha arriesgado su vida, señor Dardentor- dijo Marcel Lornans-, y crea usted que nuestra gratitud...

-¡Ah, señor Dardentor!- preguntó Juan Taconnat: - ¿es que tiene usted por costumbre salvar a los...

-¿Eh? Más de una vez me ha sucedido, y podría colgarme sobre el pecho una buena colección de medallas. Esto ha hecho que, a pesar de mi deseo de ser padre adoptante..., jamás he podido adoptar a nadie.

-Usted mismo es el que está en condiciones para ser adoptado- dijo Juan Taconnat.

-Como usted lo dice, niño- respondió Clovis.- Pero vamos andando.

Regresaron a la fonda. La comida fue triste. Los comensales tenían el aspecto de personas que han cerrado sus equipajes, y a los que el tren espera. A los postres Clovis se decidió a ofrecer las babuchas a Luisa.

-En recuerdo de Tlemcen, querida señorita- dijo.

La señora de Elissane agradeció con una sonrisa el regalo que a su hija hacía Clovis, mientras la señora de Desirandelle se mordía los labios y su esposo se encogía de hombros.

Respecto a Luisa, su rostro se serenó, un rayo de alegría brilló en sus ojos, y dijo:

-Gracias, señor Dardentor. ¿Me permite usted que le dé un abrazo?

-¡Diablo! No las he comprado más que para eso. ¡Un abrazo por cada babucha!

Y la joven abrazó muy gustosa a Clovis Dardentor.

XV

EN EL QUE AL FIN SE CUMPLE UNA DE LAS TRES CONDICIONES IMPUESTAS POR EL ARTICULO 345 DEL CÓDIGO CIVIL.

Realmente, tal vez era tiempo de terminar el viaje tan convenientemente organizado por la Compañía de ferrocarriles de Argel. Si los comienzos fueron buenos, amenazaba concluir mal, sobre todo por lo que se refiere al grupo Desirandelle.

Al abandonar a Tlemcen, la caravana estaba reducida a la mitad. Varios turistas habían deseado prolongar algunos días la escala en una ciudad digna de retenerlos. El agente Derivas quedó con ellos, y el señor Dardentor y los suyos, conducidos por el guía Moktani, tomaron la dirección hacia Sidi- bel- Abbes al amanecer del 21 de Mayo.

Conviene mencionar la presencia del señor Oriental, que sin duda tenía prisa por regresar a Orán. No dejaría de causar asombro al señor Dardentor y a los demás que la intención del sabio fuera redactar una relación científica, pues solamente se había servido de su anteojo para observar posiciones, y los demás instrumentos habían quedado en el fondo de su maleta.

La caravana no se componía, pues, más que de dos carros con bancos. El primero conducía a las señoras y al se-

ñor Desirandelle. En el segundo iban el señor Oriental, Agatocles, cansado de la poca comodidad del mulo, dos indígenas en calidad de criados, los equipajes y las provisiones de reserva. No se trataba más que de un almuerzo entre Tlemcen y la aldea Lamoricière, donde se haría alto durante la noche, y al siguiente día, de un almuerzo entre Lamoricière y Sidi- bel- Abbes, donde el guía contaba llegar hacia las ocho de la noche. Aquí se acabaría el viaje en caravana, y el camino de hierro conduciría a Orán a los excursionistas.

Advertiremos que el señor Dardentor y Moktani no se habían separado de sus camellos, excelentes bestias de las que no había por qué quejarse, ni los dos parisienses de sus caballos.

Un camino nacional atraviesa la parte comprendida entre Tlemcen y Sidi- bel- Abbes, y se une al de Tlélat, el que pone en comunicación a Orán con Argel. La distancia de Tlemcen a Sidi- bel- Abbes es de noventa y dos kilómetros, que pueden fácilmente recorrerse en dos días.

La caravana, pues, marchaba al través de un país más variado que la región sudoranesa de Saida a Sebdou. Menos bosques, pero más vastas exploraciones agrícolas, terrenos de colonización y la caprichosa red de los afluentes del Chouly y del Isser. Es éste uno de los grandes ríos de la Argelia, la vivificante arteria, cuyo curso de doscientos kilómetros prosigue hasta él, mar, siguiendo un valle donde prosperan los algodoneros merced a la inclinación de los Hauts- Plateaux y del Tell.

¡Pero qué cambio en el ánimo de estos turistas, tan unidos al salir de Orán por el camino de hierro y a la partida de Saida en caravana! El hielo se había formado. Los Desirandelle y la señora Elissane hablaban aparte en su carro, y Luisa oía cosas que la disgustaban. Marcel Lornans y Juan Taconnat, abandonándose a sus tristes pensamientos, caminaban tras Clovis Dardentor, respondiéndole apenas cuando se detenía para esperarles.

¡Infortunado Dardentor!... ¡Ahora parece recriminarle todo el mundo! Los Desirandelle, porque no suplicaba a Luisa que agradase a Agatocles; la señora de Elissane, porque no decidía a su hija a aquel matrimonio, desde antiguo concertado; Marcel Lornans, porque hubiera debido intervenir en favor del que había salvado; Juan Taconnat, porque lo había salvado, en vez de haberle dado a él ocasión para que lo salvase... En fin, sólo le quedaba el fiel Patricio, que parecía decirle:

-Sí... ¡Mire usted lo que son las cosas! ¡Su criado no se engañaba!

Pero no formulaba, este pensamiento, temeroso de obtener una contestación *dardentoriana* que le hubiese herido en lo más hondo de su ser.

Y bien... ¡Clovis Dardentor acabaría por enviarlos a todos al demonio!

-¡Veamos, Clovis- se decía.- ¿Es que debes algo a esta gente? ¿Es que es culpa tuya que las cosas no vayan a gusto de todos? ¿Tienes tú la culpa de que Agatocles no sea más

que un canario, aunque sus padres le miren como un fénix, y que Luisa haya acabado por estimar a este pájaro en su justo valor, pues al cabo es preciso rendirse a la evidencia? Comienzo a sospechar que Marcel quiero a la joven; pero... ¡voto a las dos gibas de mi camello, yo no puedo gritarles a ambos: venid, hijos míos, que yo os bendigo! ¡Y por si algo faltaba, ahí está ese alegre Juan, que ha dejado todo su buen humor en las aguas del Sar!... ¡Se diría que me recrimina por haberle sacado de allí! ¡Palabra de honor que todos ellos son a gimotear!... Pues bien...

Patricio acababa de apearse del carro con la intención de hablar a su amo, y le dijo:

-Temo que llueva, señor, y tal vez convendría...

-Más vale un mal tiempo que un «nada».

-¿Qué nada?- respondió Patricio preocupado por aquellas palabras.- Si el señor...

-¡Quita de ahí!...

Patricio volvió al carro más velozmente que había bajado.

Durante la mañana, entre una cálida lluvia que vertían las tormentosas nubes, se anduvo la docena de kilómetros que separa a Tlemcen de Ain-Fezza. Cuando cesó la lluvia se almorzó junto a una garganta llena de árboles, refrescada por las numerosas cascadas próximas, almuerzo sin intimidad, durante el que reinó visible disgusto. Se hubiera dicho que eran todos comensales a la mesa de una fonda, que no

se habían visto antes de sentarse ante su plato, y que no habían de volverse a ver después de la comida.

Bajo las fulgurantes miradas de los Desirandelle, Marcel Lornans procuraba no mirar a Luisa. En cuanto a Juan Taconnat, como no podía contar para la realización de sus planes con los accidentes del camino- carretera con sus piedras miliarias, su grava amontonada en los lados y sus canteros trabajando-, maldecía de la administración que había civilizado aquel país.

Dardentor, no obstante, intentó reanudar los lazos rotos, y lanzó algunos fuegos de artificio con la palabra, pero no resultaron.

-¡Decididamente me embrutecen!- murmuró.

A las once volvieron a ponerse en camino; franquearon por un puente el Chouly, rápido afluente del Isser, rodearon un bosquecillo con piedras, las ruinas de Hadjar-Roum, y sin incidente alguno, a las seis de la tarde llegaron al anexo de Lamoricière.

Después de una estancia tan breve en Tlemcen no había que hablar de detenerse mucho tiempo en este Ouled-Mimoun de doscientos habitantes, que lleva el nombre del ilustre general. Es notable, sobre todo por su fresco y fértil valle, pero no se encuentra comodidad de ningún género en la única posada de este sitio. Sirviéronse huevos pasados por agua... ¡Por fortuna, el agente Derivas no estaba allí, lo que evitó justas reclamaciones! En desquite, los turistas fueron obsequiados con una serenata indígena. Tal vez con

gusto hubieran renunciado al concierto; pero las instancias del señor Dardentor, cuyo mal humor hubiera sido imprudente sobrexcitar, les hizo resignarse.

La serenata se efectuó en el salón de la posada, y valía la pena ser oída. Era una *nouba*, reducida a tres instrumentos árabes: el *tebeul*, gran tambor que hacen resonar en su doble cara con dos palillos de madera; la *rheita*, flauta, en parte de metal y el *nouara*, compuesto de dos medias calabazas, con una piel seca extendida. Aunque la *nouba* va acompañada generalmente de danzas graciosas, aquella noche no figuraron en el programa.

Al terminar la fiesta, Dardentor exclamó con voz agria:

-¡Encantado! ¡Estoy encantado!

Y como nadie se atreviera a emitir opinión contraria, hizo que Moktani cumplimentase a los músicos indígenas, gratificándolos convenientemente.

¿Había quedado nuestro héroe tan satisfecho como aseguraba?

Esta era la cuestión. En todo caso hubo uno de los oyentes cuya satisfacción se puede afirmar que fue completa. ¡Sí!

Durante el concierto, uno de los dos primos- se adivina quién- pudo colocarse junto a la señorita Elissane. ¿Y quién sabe si no la dirigió entonces esas palabras que salen del corazón, y si hallaron eco en el de la joven?

Al siguiente día, muy de mañana, partida de los turistas, impacientes por llegar al término del viaje. Desde Lamori-

cière hasta Ain-Tellout, se siguió en una extensión de diez kilómetros el trazado del camino de hierro en proyecto. En este punto el camino le abandona y sube directamente hacia el NE., donde corta, a algunos kilómetros de Sidi-bel-Abbes, el camino de hierro en construcción, que desciende al Sud-Oranais.

Necesario fue, primeramente, atravesar extensas explotaciones de alfa y vastos campos de cultivo que se desarrollaban hasta el horizonte. Gran número de pozos se encontraban a lo largo del camino, bien que las primeras aguas del Mouzen y Zelienna fuesen ya abundantes. Los carros y caballos iban tan de prisa como era posible, a fin de terminar aquella jornada de cuarenta y cinco kilómetros en un solo día. No era cosa de detenerse en alegres conversaciones; aquellos sitios no ofrecen nada curioso, ni aun las ruinas romanas o berberiscas.

La temperatura era alta. Felizmente las nubes moderaban los ardores del sol, que de otro modo hubieran sido intolerables en aquella región sin árboles. Por todas partes campos y planicies sin sombra. Este camino siguióse hasta que la caravana se detuvo para almorzar. Fue esto a las once. Avanzando algunos kilómetros hacia la derecha, la orilla del bosque de los Ouled-Mimoun les hubiera ofrecido un sitio más a propósito. Pero no convenía dar este rodeo. Las provisiones fueron sacadas de las cestas. Los turistas se sentaron al borde del camino, formando diversos grupos. Uno le formaron los Desirandelle y los Elissane; otro Juan y

Marcel; éste, no acercándose a la joven, mostró una discreción que ella debió de agradecerle. Es probable que desde Lamoricière ambos caminaran más que la caravana, hacia un punto que no era precisamente Sidi-bel-Abbes.

En fin; Dardentor hubiera quedado solo de no aceptar la compañía del señor Oriental. Encontráronse juntos... Hablaron. ¿De qué? De todo. Del viaje que iba a terminarse, y en realidad sin grandes obstáculos... Ningún retraso, accidentes sin gravedad, desde la partida. Perfecta salud de los turistas..., tal vez algo de cansancio, en las señoras sobre todo. Cinco o seis horas de camino aún hasta Sidi-bel-Abbes, y no quedaría más que encajonarse en un vagón de primera clase e destino a Orán.

-¿Y usted está satisfecho, señor Oriental?- preguntó Clovis.

-Muy satisfecho, señor Dardentor. El viaje estaba admirablemente organizado, y la cuestión de alimentación ha sido resuelta de modo muy aceptable, hasta los pueblos más insignificantes.

-Me parece que para usted esa cuestión es de la mayor importancia.

-Sí, señor... y he conseguido procurarme diversas muestras de productos comestibles cuya existencia ignoraba.

-Pues en lo que a mí se refiere, esas preocupaciones de manducatoria...

-¡Hum!- dijo Patricio.

-Me dejan casi indiferente- continuó Clovis Dardentor.

-En mi opinión, deben, al contrario ocupar el primer puesto en la existencia- dijo el señor Oriental.

-Pues bien, querido amigo, permita usted creer que, si hubiéramos esperado algunos servicios de usted, no hubieran sido servicios culinarios, sino astronómicos.

-¿Astronómicos?- repitió el señor Oriental.

-Sí; por ejemplo: si nuestro guía hubiera extraviado..., si hubiera sido preciso recurrir a observaciones para encontrar el camino..., gracias a usted, que tomando la altura del sol...

-¡Tomar yo la altura del sol!

-Sin duda..., durante el día, o la de las estrellas durante la noche... Usted sabe bien las declinaciones.

-¿Qué declinación? Nominativo, *la rosa*; genitivo, *de la rosa*.

-¡Ah! ¡Encantador!- exclamó el señor Dardentor.

Y lanzó una carcajada que no repercutió en los demás grupos.

-En fin- añadió-, quiero decir que usted, por medio de sus instrumentos..., del sextante, como los marinos..., el sextante que debe usted tener en su maleta.

-¡Yo un sextante en mi maleta!

-Es probable, pues el anteojo es bueno para los paisajes..., pero cuando se trata del paso del sol por el meridiano...

-No le entiendo a usted.

-Pues ¿no es usted Presidente de Sociedad Astronómica de Montelimar?

-¡Gastronómica, caballero! ¡Sociedad gastronómica!- respondió orgullosamente el señor Oriental. Y esta respuesta, que explicaba perfectamente cosas inexplicables hasta entonces, consiguió desarrugar el ceño de Juan Taconnat, cuando el señor Dardentor se la hubo repetido.

-¡Pero ese animal de Patricio, que nos ha dicho a bordo del *Argelés*!...- exclamó.

-¿Cómo? ¿El señor no es astrónomo?- preguntó el digno criado.

-¡No!, ¡gastrónomo!..., ¿lo oyes?, ¡gastrónomo!

-Habré entendido mal al jefe del comedor- respondió Patricio.- Eso a cualquiera le pasa...

-¡Y yo he creído!...- exclamó Dardentor.- ¡Yo he tomado al señor Oriental por!...Vamos... ¡Esto es para acabar con la paciencia de cualquiera!... Calla. Vete a paseo...

Patricio se alejó muy confundido por aquel desprecio, y más humillado aun por las palabras vulgares que su amo le había dirigido, y que no le volvería a dirigir, pues Patricio abandonaría su servicio y buscaría acomodo en casa de algún miembro de la Academia, en casa de Zola, por ejemplo, si alguna vez...

Juan Taconnat se acercó.

-Perdónele usted, señor Dardentor- dijo.

-Y ¿por qué?

-Porque la cosa no vale la pena. Después de todo, un gastrónomo es un astrónomo adornado con las plumas del *g*.

Clovis Dardentor, al oír el chiste, lanzó una carcajada tan fuerte, que estuvo a punto de comprometer su digestión.

-¡Ah!..., ¡estos parisienses!- exclamó.- ¡No!, jamás se le hubiera ocurrido tal cosa a uno de Perpignan, y, sin embargo, los de Perpignan no son unos zotes... ¡no!

-Conformes- pensó Taconnat-, pero no se dejan salvar fácilmente.

Carros y caballos se pusieron en camino. A las explotaciones de alfa habían sucedido terrenos de colonización. A las dos se llegó a la aldea de Lamtar, precisamente en el punto donde hay un sendero que une el camino de gran comunicación de Ain-Temouchent y el camino nacional de Sidi- bel- Abbes. A las tres se llegó al puerto de Mouzen, al sitio en que confluye el río de este nombre con uno de sus afluentes; a las cuatro a la encrucijada, donde se unen los dos caminos dichos un poco más allá de Sidi-Kraled, a algunos kilómetros de Sidi-Lhassen, después de seguir el curso del Mekerra, nombre que toma el Sig en esta región.

Sidi-Lhassen no es más que un anexo de unos seiscientos habitantes, en su mayor parte alemanes e indígenas, y no había por qué detenerse allí.

De repente, eran las cuatro y media, el guía que marchaba a la cabeza notó que su camello se detenía bruscamente.

En vano le excitó con la voz; el animal, en vez de avanzar, retrocedió.

Casi en seguida, los caballos que los dos jóvenes montaban se encabritaron, estremeciéndose de terror pesar de la espuela y la brida retrocedían hacia el carro, cuyo tiro daba iguales muestras de espanto.

-¿Qué hay?- preguntó Clovis Dardentor.

Su camello acababa de reunirse a los otros olfateando alguna lejana emanación.

A la pregunta de Clovis respondieron dos formidables rugidos, sobre cuya naturaleza no había duda posible, y que estallaron en el bosque de Pinos a un centenar de pasos.

-¡Leones!- exclamó el guía.

Se comprenderá el terror que invadió a los viajeros. ¡Fieras en la vecindad, en pleno día, fieras que sin duda se disponían a atacarles!...

La señora de Elissane, la de Desirandelle y Luisa, espantadas, saltaron del carro, cuyas mulas procuraban romper las bridas para huir.

La primera idea, puramente instintiva, que acometió a las señoras, a los Desirandelle, padre e hijo, y al señor Oriental, fue la de desandar el camino y refugiarse en la última aldea, a varios kilómetros de allí.

-¡Quietos todos!- exclamó Clovis Dardentor, con tan imperiosa voz que obtuvo una obediencia pasiva.

Además, la señora Desirandelle acababa de perder el conocimiento.

El guía, los indígenas y el conductor ataron los caballos a fin de que no pudiesen escapar al través del campo.

Marcel Lornans habíase precipitado hacia el segundo carro, y con ayuda de Patricio sacó las armas, carabinas y pistolas, que en seguida fueron cargadas.

El señor Dardentor y Marcel Lornans cogieron las carabinas. Juan Taconnat y Moktani las pistolas. Todos estaban agrupados al pie de un macizo de terebintos, sobre el talud de la derecha del camino.

En aquel campo desierto no había auxilio que esperar.

Los rugidos estallaron de nuevo, y casi al instante, en la orilla del bosque, apareció una pareja de fieras.

Eran un león y una leona de talla colosal, cuya amarillenta piel destacábase vigorosamente sobre el verde sombrío de los pinos de Alepo.

¿Iban aquellos animales a arrojarse sobre la caravana, a la que miraban con resplandecientes ojos, o asustados del número retrocederían al bosque, dejando el paso libre?

Lo primero que hicieron fue dar algunos pasos, sin apresurarse y sin turbar el aire más que con sordos gruñidos.

-¡Que nadie se mueva!- repitió Dardentor- y que se nos deje hacer.

-Marcel Lornans arrojó una mirada a Luisa. La joven, pálido el rostro, las facciones contraídas, pero dueña de sí, procuraba tranquilizar a su madre. Juan Taconnat y su primo se colocaron junto a Clovis Dardentor y Moktani, a unos doce metros del macizo de terebintos.

Un minuto después, y como las fieras se hubieran acercado, sonó un tiro. Clovis había disparado sobre la leona; pero esta vez faltóle su habitual destreza, y la bestia, saltó, lanzando rabiosos rugidos,

-¡Soy un torpe!- exclamó Dardentor después de su golpe infructuoso.

Marcel Lornans no mereció tal reproche, pues el león fue tocado en el hombro; pero su espesa crin amortiguó el balazo, que no le hirió mortalmente, y redoblando su rabia se precipitó sobre el camino, sin que los tres pistoletazos que le disparó Juan le detuvieran,

Todo esto había pasado en algunos segundos, y las dos carabinas no habían podido ser cargadas de nuevo, cuando las fieras cayeron junto al macizo.

Marcel y Juan fueron derribados por la leona, cuyas garras se alzaban sobre ellos, cuando una bala de Moktani hizo volverse repentinamente al animal, que, tornando a la carga, se lanzó contra los dos jóvenes caídos en tierra.

La carabina de Dardentor sonó una segunda vez. La bala agujereó el pecho de la leona sin atravesarle el corazón, y a no haberse puesto los dos primos fuera de su alcance, no hubieran salido sanos y salvos.

No obstante, aunque herida de gravedad, la leona era aun temible. El león que acababa de reunírsela, se precipitó con ella hacia el grupo, donde el espanto de los caballos y mulas, añadía el desorden al terror.

Moktani, cogido por el león, fue arrastrado diez pasos, todo cubierto de sangre. Juan Taconnat, con la pistola en la mano, y Marcel Lornans, que había cargado su carabina, volvieron hacia el talud. Pero en aquel momento, dos tiros disparados casi a boca de jarro acabaron con la leona, que cayó inanimada después de un último salto.

El león, en el colmo del furor, dio un salto de veinte pies, y fue a caer sobre Clovis Dardentor, el que, no pudiendo servirse de su arma, rodó por tierra a riesgo de que la fiera le aplastara.

Juan corrió hacia él, a tres pasos del león (estad seguros que entonces no pensaba en las condiciones impuestas por el Código civil para la adopción), y apretó el gatillo de su pistola, cuyo último tiro falló.

En este momento, los caballos y mulos, en el paroxismo del espanto, rompiendo los lazos que les sujetaban, huyeron por el campo. Moktani, en la imposibilidad de servirse de su arma, se había arrastrado hasta el talud, y el señor Desirandelle, el señor Oriental y Agatocles permanecían delante de las señoras.

Clovis Dardentor no había podido levantarse, y la garra del león iba a bajarse sobre su pecho, cuando sonó un tiro.

La enorme fiera, con el cráneo perforado, echó atrás la cabeza y cayó muerta a los pies de Dardentor.

Quien había disparado contra el animal era Luisa Elissane, que arrebató la pistola a Moktani.

¡Salvado, salvado por ella!- exclamó el señor Dardentor.- ¡Y que estos leones no tenían piel de carnero, ni ruedas en las patas!

Y se levantó de un salto que no hubiera desdeñado el rey de los animales tendido en el suelo.

¡De forma que la joven había hecho lo que fue imposible para Juan Taconnat y Marcel Lornans! Verdad que, después de su hazaña, abandonáronla las fuerzas, y hubiera caído de no estar allí Marcel, que la recibió en sus brazos y la condujo al lado de su madre.

Todo peligro había desaparecido. ¿Qué hubiera podido Dardentor añadir a las primeras palabras que le brotaron del corazón? Ayudado por los indígenas, nuestro héroe se ocupó con Patricio de recoger las mulas y caballos, cosa que se logró al poco tiempo, pues los animales, calmados después de la muerte de las fieras, volvieron por sí mismas al camino.

Moktani, gravemente herido en el costado y en el brazo, fue depositado en uno de los carros, y Patricio tuvo que montar entre las dos gibas del camello de aquel, mostrándose *sportman* no menos distinguido que si hubiera cabalgado sobre un potro de pura sangre.

Cuando Marcel Lornans y Juan Taconnat subieron a caballo, el segundo dijo al primero:

-Y bien: ese terranova nos ha salvado de nuevo... Decididamente, con ese hombre nada se puede hacer.

-¡Nada!- respondió Marcel.

La caravana se puso en marcha. Media hora después llegó a Sidi- Lhassen, y a las siete se apeaba en la mejor fonda de Sidi-bel-Abbes.

Ante todo, avisóse a un médico para que auxiliase a Moktani; el médico manifestó que las heridas del guía no traerían malas consecuencias.

A las ocho comieron juntos; comida silenciosa, durante la cual, como por tácito acuerdo, no se hizo alusión alguna al ataque de las fieras.

Pero a los postres, el señor Dardentor se levantó, y dirigiéndose a Luisa con una seriedad extraña en él, la dijo:

-Señorita... usted me ha salvado.

-¡Oh, señor Dardentor!- respondió la joven ruborizándose.

-¡Sí! ¡Salvado! ¡Salvado en un combate en el que hubiera perecido sin la intervención de usted! Así, con el permiso de su madre, y puesto que usted llena las condiciones establecidas en el art. 345 del Código civil..., mi más vivo deseo sería adoptarla a usted...

-Caballero- respondió la señora de Elissane sorprendida de aquella proposición.

-No admito objeciones, Pues si usted no consiente...

-¿Si no consiento?...

-¡Me casaré con usted, y Luisa será hija mía!

XVI

EN EL QUE TERMINA ESTA NOVELA CON UN DESENLACE A GUSTO DE CLOVIS DARDENTOR.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, el tren de Sidi- bel- Abbes llevaba la fracción de la caravana que, después de un viaje de catorce días, volvía a su punto de partida.

Comprendía esta fracción al señor Dardentor, a la señora y señorita de Elissane, a los esposos Desirandelle, a su hijo Agatocles, a Juan Taconnat y a Marcel Lornans, sin contar a Patricio, que aspiraba a volver a su vida tranquila y regular en la casa de la plaza de la Loge, de Perpignan.

Quedaban en Sidi- bel- Abbes, por conveniencia o necesidad, el guía Moktani, que iba a ser cuidado con esmero después de haber sido recompensado largamente por el señor Dardentor, y los indígenas al servicio de la Compañía de ferrocarriles argelinos.

¿Y el señor Oriental? El Presidente de la Sociedad Gastronómica de Montelimar no era hombre que abandonase Sidi- bel- Abbes sin haber estudiado, desde el punto de vista comestible, una ciudad a la que se ha dado el nombre de «Biscuitville»

Es una ciudad importante, de diez y siete mil habitantes: cuatro mil franceses, mil quinientos judíos, y el resto indí-

genas. La ciudad, que estuvo á punto de ser capital de la provincia de Orán, es el antiguo dominio de los Beni-Amor, que tuvieron que pasar la frontera y refugiarse en Marruecos. Respecto a la ciudad moderna, que data de 1843, es bonita y próspera, con sus fértiles contornos regados por el Mekerra. Está construida sobre un escarpado del Tessala, y se hunde en la verdura a una altura de cuatrocientos setenta y dos metros.

Por muchos que sus atractivos sean, el señor Dardentor fue aquella vez el que mostró más prisa por partir.- ¡No!... ¡Jamás se había mostrado tan deseoso de regresar a Orán!

En efecto. No es de extrañar que la demanda hecha a la señora de Elissane fuera aceptada por ésta en principio, y sin que la excelente señora se viera en la obligación de casarse con el señor Dardentor. Un padre adoptivo con dos millones de capital, y resuelto a permanecer soltero, no se rehusa en ninguna parte de la tierra La señora de Elissane había manifestado un poco de resistencia, pero por fórmula y discreción únicamente; mas esto no había durado. La joven creyó oportuno decir:

-Reflexione usted, señor Dardentor.

-Todo está reflexionado, hija mía.

-Usted no puede sacrificarse así.

-Puedo y quiero, hijita.

-Usted se arrepentirá.

-¡Nunca!

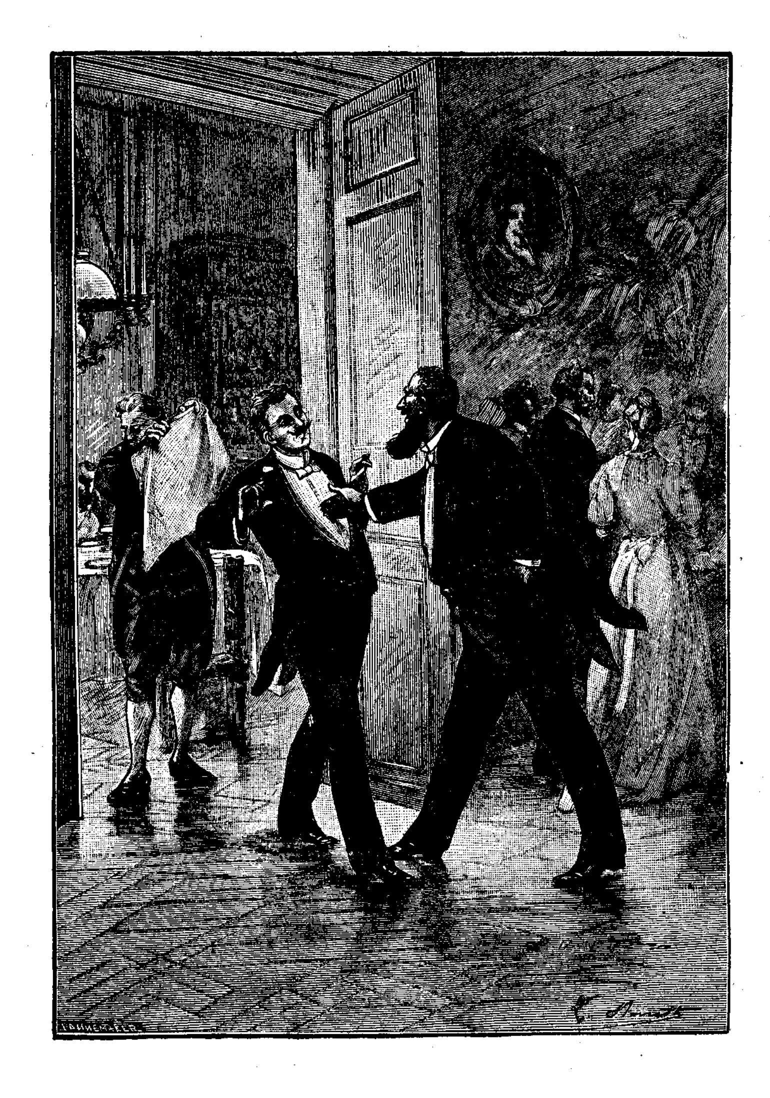
Y al fin la señora de Elissane, mujer práctica, comprendiendo las ventajas de la combinación, cosa bien fácil, agradeció con toda su alma los proyectos de Dardentor.

Los Desirandelle no cabían en sí de contentos. ¡Qué dote llevaría Luisa a su marido! ¡Qué fortuna más inesperada! ¡Qué heredera! Y todo para Agatocles, pues no dudaban ahora que su amigo, su compatriota Clovis Dardentor, interpondría su paternal influencia en provecho del joven. Este debía de ser su pensamiento secreto, y su hijo sería el yerno del rico Dardentor.

Así, pues, todos estaban conformes en regresar a Orán lo más pronto posible. He aquí lo que se refiere a Juan Taconnat y Marcel Lornans.

El primero, abandonado definitivamente el país de los sueños, donde su imaginación le había llevado, exclamó aquella mañana:

-¡Que diablo! ¡Viva Dardentor! Y puesto que ninguno de nosotros ha logrado ser hijo adoptivo, me alegro que la encantadora Luisa sea su hija. ¿Y tú, Marcel?



Éste no respondió.

-Pero añadió Juan- ¿esto es válido desde el punto de vista legal?

-¿El qué?

-Un combate contra leones...

-Que sea contra las fieras o contra los hombres, un combate siempre es un combate, y es evidente que Luisa ha salvado al seor Dardentor.

-¡Vaya! Pues mira, Marcel, creo que es una suerte que ni tú ni yo hayamos contribuido a salvar a ese bravo hombre, sino Luisa.

-¿Por qué?

-Porque nos hubiera querido adoptar a los tres, y en tal caso, ella se hubiera convertido en hermana nuestra..., y tú no podrías pensar en...

-Efectivamente; la ley prohíbe el matrimonio entre los... Pero ¡si yo no pienso en tal cosa!

-¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo!... ¿La quieres?

Sí, Juan... ¡con toda el alma!

-¡Lástima que no hayas salvado a ese bimillonario! Te hubiera adoptado como hijo..., y entonces...

-¡Sí! ¡Que desgracia!

Y los dos jóvenes sentían gran tristeza en el momento en que el tren, después de rodear por la parte Norte el importante macizo de Tessala, tomó a todo vapor la dirección de Orán.

Así, pues, el seor Dardentor nada había visto de Sidi-bel- Abbes, ni sus molinos de agua y de viento, ni sus yeserías, ni sus tonelerías, ni sus fábricas de ladrillos. No había explorado ni su barrio civil, ni su barrio militar, ni vagado por sus calles de ángulos rectos, plantadas de soberbios plátanos, ni bebido en sus numerosas y frescas fuentes, ni franqueado las cuatro puertas de su muralla, ni visitado su magnífico vivero de la puerta de Daya.

Después de haber seguido el Sig en una extensión de veinte kilómetros, pasado por la aldea de Trembles y la de San Luciano, tomado en Santa Bárbara de Tlelat la línea de Argel a Orán, el tren, tras un recorrido de sesenta y ocho kilómetros, se detuvo al mediodía en la estación de la capital.

Se había terminado el viaje circular, adicionado con algunos incidentes que la Compañía de los caminos de hierro de Argel no había previsto en su programa, y que los turistas recordarían siempre.

Y mientras el seor Dardentor y los dos parisienses se dirigían al hotel de la Plaza de la República, la seora de Elissane, su hija y los Desirandelle regresaban a la casa de la calle del Castillo Viejo después de catorce días de ausencia.

Con Clovis Dardentor las cosas no iban “a rastras”, si se nos permite emplear una tan vulgar locución, aunque Patricio se escandalice. Llevó a cabo sin dilaciones el negocio de la adopción, cuyas formalidades no dejan de ser complicadas. Si no tenía cincuenta años, si no había prestado a Luisa

servicio alguno durante la menor edad de ésta, era evidente que Luisa Elissane le había salvado la vida en un combate, conforme a lo establecido en el art. 345 del Código civil. Así, pues, las condiciones impuestas al adoptante y al adoptado estaban cumplidas.

Y como durante este período, Clovis era llamado sin cesar a la calle del Castillo Viejo, encontró muy práctico aceptar el ofrecimiento que de instalarse en su casa le hizo la seora de Elissane.

Púdose observar, no obstante, que durante el período mencionado, Clovis Dardentor, tan comunicativo hasta entonces, tornóse reservado, casi taciturno. Inquietáronse los Desirandelle, aunque nada pudiesen sospechar de las buenas intenciones de su amigo. Además, excitado por sus padres, Agatocles mostrábase muy otro que antes con una joven heredera que algún día había de poseer más centenares de miles de pesetas que años contaba entonces, y no la abandonaba un momento.

De todas estas circunstancias resultó que Juan Taconnat y Marcel Lornans se vieron separados de su antiguo salvador. Desde que éste había abandonado la fonda, sólo por casualidad le veían cuando se encontraban en la calle, siempre atareado y con un lío de papeles bajo el brazo. ¡Sí! Nuestro héroe no parecía recordar que les había salvado a los dos de las olas tumultuosas y de las llamas turbulentas, y otra vez, a los dos juntos, en el combate contra las fieras.

De aquí que una mañana, Juan Taconnat creyó deber expresarse en estos términos:

-Querido Marcel, ¡preciso es decidirse! ¡Puesto que hemos venido aquí para ser soldados, seamos soldados! ¿Cuándo quieres que vayamos al despacho del subintendente, y después al de reclutamiento?

-Mañana- respondió Marcel Lornans.

Y al día siguiente cuando Juan Taconnat renovó su proposición, obtuvo igual respuesta.

Lo que más entristecía a Marcel Lornans era la falta de ocasión para volver a ver a Luisa. La joven no salía. Las reuniones en la casa de la calle del Castillo Viejo habían cesado. Se anunciaba como próximo el matrimonio de Agatocles Desirandelle con Luisa Elissane. Marcel Lornans se desesperaba.

Una mañana, Clovis Dardentor se presentó en la fonda para visitar a los dos jóvenes.

-Y bien, amigos míos- preguntó sin más preámbulos-, ¿y ese alistamiento?

-Mañana- respondió Marcel Lornans.

-Sí, mañana- añadió Juan Taconnat; mañana sin falta, querido señor Dardentor.

-¿Mañana?- repitió éste- ¡No, qué diablo! Tienen ustedes tiempo... Esperen ustedes... Nada apremia. Quiero que asistan ustedes a una fiesta que daré...

-¿Para celebrar el matrimonio del señor Desirandelle y de la señorita de Elissane?- preguntó Marcel Lornans, cuyo rostro se alteró visiblemente.

-No... - respondió Dardentor-. Se trata de la fiesta de adopción antes del matrimonio... Cuento con ustedes... Buenos días.

Y se alejó sin añadir más: tan atareado estaba.

Efectivamente: nuestro héroe había tenido que domiciliarse en el cantón de Orán, cuyo juez de paz debía levantar el acta de adopción. Ante este juez se habían presentado la señora y señorita de Elissane de una parte, y de la otra Clovis Dardentor, con sus actas de nacimiento y las piezas relatando el cumplimiento de las condiciones exigidas para el adoptante y para el adoptado.

El juez, después de recibido el consentimiento, había redactado el contrato. Formóse el expediente, uniéronse a él las actas de nacimiento y de consentimiento, y los certificados necesarios, y, finalmente, el legajo llegó a manos del procurador de la República por medio de un abogado.

-¡Qué idas y venidas! ¡Qué botes y rebotes!...repetía Dardentor-. ¡Es para revolver los hígados!

Después, en vista de las piezas, el Tribunal de primera instancia declaró que había lugar a la adopción, fallo que fue transmitido con los autos a la Audiencia de Argel, cuya sentencia fue la misma... ¡Y entretanto pasaban semanas y semanas! ¡Y los dos parisienses pasaban todos los días por las oficinas militares sin entrar en ellas!

-¡Vamos!- se repetía Dardentor-. ¡Lo más breve para tener un hijo es casarse!

En fin, admitida la adopción, la sentencia fue publicada en los sitios designados al efecto, y en el número de ejemplares que la sentencia indicaba por la parte más diligente-Clovis-, que efectuó esta publicación por medio de copias impresas, con el timbre fiscal.

Después, expedición de la sentencia al oficial del estado civil de la municipalidad de Orán, el cual la inscribe entre las actas de nacimiento de la fecha de la presentación, formalidad que debe ser cumplida en el plazo de tres meses, sin lo que la adopción carecería de validez.

No se esperó tres meses ni tres días.

-¡Ya está!- exclamó Clovis.

El total exigió un desembolso de unas trescientas pesetas, y Dardentor hubiera sacrificado el doble o el triple porque todo fuera más de prisa.

El día de la ceremonia llegó al fin, y la fiesta anunciada celebróse en el salón de la fonda, pues el comedor de la señora de Elissane no hubiera sido suficiente para los invitados. Allí se encontraron Juan Taconnat, Marcel Lornans, los amigos, los conocidos y hasta el señor Oriental, de regreso a Orán, y al que Clovis había dirigido una invitación, acogida como se merecía.

Pero con extrema sorpresa de unos y extrema satisfacción de otros, los Desirandelle no figuraban en el número de los invitados.

¡No! La víspera, disgustados, furiosos, maldiciendo a Dardentor hasta en las generaciones más lejanas que formaran los descendientes de su hija adoptiva, habían partido a bordo del *Argelés*, donde el capitán Bugarach y el doctor Bruno no habían de arruinarse por alimentarlos, pues hasta Agatocles había perdido el apetito.

No es preciso decir que la comida fue magnífica, y en ella reinaron el entusiasmo y el buen humor; que Marcel Lornans encontró a Luisa en todo el esplendor de su belleza; que Juan Taconnat había compuesto una canción sobre la partida del pequeño Agatocles, pero que se la calló por creerlo conveniente; que el señor Oriental comió de todo, pero con moderación, y bebió de todo, pero con discreción.

Sí... La alocución de Clovis antes de los postres fue notabilísima. ¡Cuán bien hicieron los Desirandelle embarcándose la víspera, y qué cara hubieran puesto en aquel solemne instante!

-Señoras y señores: Mucho les agradezco que se hayan prestado a toma parte en esta ceremonia, que viene a coronar el mayor de mis deseos...

Por este principio, Patricio pudo esperar que el discurso acabara de un modo conveniente.

-Sepan ustedes además que, si la comida les ha agradado, el postre será aun mejor, gracias a la aparición de un plato nuevo que no figura en la lista...

Patricio comenzó a sentir algo de inquietud.

-¡Ah!... ¡Ah... ¡Un plato nuevo!- dijo el señor Oriental con alegría.

-¡No tengo que presentar a ustedes nuestra encantadora Luisa, a quien su excelente madre me ha permitido adoptar y que, permaneciendo, hija suya, ha llegado a serlo mía.

Unánimes aplausos y algunas lágrimas en los ojos femeninos del auditorio.

-Ahora bien: con el consentimiento de su madre es a Luisa a quien ofrezco a los postres, como un manjar de la mesa de los dioses...

Descorazonamiento del señor Oriental que escondió su lengua.

-¿Y a quién, amigos míos? A uno de nuestros comensalesAl bravo mozo Marcel Lornans, que por este hecho se convertirá en hijo mío.

-¿Y yo?- no pudo- menos de gritar Juan Taconnat.

-¡Tú serás mi sobrino!.... Y ahora, música... ¡Pum, pam, pum!... ¡A toda orquesta!

Patricio se había tapado el rostro con la servilleta.

¿Es preciso añadir que Marcel Lornans se casó la siguiente semana con Luisa, que ni él ni Juan Taconnat figuraron nunca en las listas del 7º de cazadores de África?

Pero se dirá: esto acaba como un *vaudeville.* Pero ¿qué es esta novela más que un *vaudeville* sin canciones, y con el desenlace obligado de una boda en el momento en que cae el telón?

FIN